SECRETOS DE ALCOBA DE LAS

GEISHAS

EL ARTE JAPONÉS DEL SEXO



Carmen Domingo
con Wasanabi Yokoo y Keiko Arai



SECRETOS DE ALCOBA DE LAS

GEISHAS

EL ARTE JAPONÉS DEL SEXO

Carmen Domingo

con la colaboración de Wasanabi Yokoo y Keiko Arai



1.ª edición, otoño 2006

Secretos de alcoba de las geishas

Diseño de cubierta: P&M
Ilustración de Yolanda Yurdinguio, a partir de una pintura clásica de Utamaro
Ilustraciones: de interior: Paula Leiva, Donna Ikkanda (Artville), High Res, archivo Océano Ambar
Agradecimientos: Keiko Arai, Wasanabi Yokoo.

Milanesat, 21-23 - 08017 Barcelona
Tel.: 93 280 20 20* - Fax: 93 203 17 91
www.oceano.com

ISBN-13: 978-84-7556-428-9
ISBN-10: 84-7556-428-3
Depósito Legal: B-45185-XLIX
Impreso en España - Printed in Spain
90016460010906

Las *geishas*, un desfile deslumbrador de ropa y actitudes femeninas, y el *haryukai* (el mundo de las flores y los sauces), un mundo secreto de amor y de lujo, han tenido un papel muy importante en la estructurada sociedad del Japón tradicional, dominada tradicionalmente por los hombres. En ésta, las geishas han asumido un papel distinto del de las esposas hasta hacerse complementarias y en algunos casos indispensables.
Esta situación tan especial ha dado lugar a cuadros eróticos irrepetibles en un marco de sensualidad único, exaltado por la excitación asociada a la espera del amante y los juegos sexuales prohibidos, practicados tras las paredes de papel de arroz.
Pero… ¿quiénes eran las geishas en realidad? ¿De dónde proceden? ¿Eran prostitutas expertas en todo tipo de asuntos amorosos o tan sólo encantadoras mujeres de compañía?
¿Cuáles eran sus técnicas para conquistar a los hombres?
En este libro vamos a descubrir alguno de sus más íntimos secretos de alcoba guardados desde hace siglos, y repasaremos los ocultos conocimientos que poseían acerca de milenarias prácticas sexuales que se practican todavía en la actualidad.

Índice



Introducción
Palabras de amor japonés

«La vida humana es limitada, pero la pasión amorosa inagotable.»

SAIKAKU, *La historia del tonelero que se enamoró.*

Si Occidente ha sido, desde siempre, el encargado de describir los «movimientos» del corazón y los sentimientos que lo embargan, Oriente, tradicionalmente, se ha encargado de explorar todas las partes del cuerpo humano sin dejar ni un resquicio, y, a partir de ahí, con sutiles artes amatorias se ha propuesto estremecer nuestros corazones desde el disfrute de la carne. Y cuando hablo de cuerpo y carne me refiero a todo lo específico del ser humano, a las diferencias sexuales que nos caracterizan como hombre o mujer, y a cada una de nuestras especificidades, que nos permiten disfrutar de modo distinto a unos y otros y, si queremos, hacer complementarios nuestros cuerpos.

Por eso, desde siempre, en Oriente, hacer el amor es algo tan natural como comer o beber. Más incluso, hacer el amor es reproducir el primer acto que practicaron los dioses, el de la creación y, por eso, debemos encontrar el secreto divino que habita en nuestra carne mortal y nos acerca a ellos aprendiendo a practicarlo y conociendo sus secretos. Cuando un cuerpo se encuentra con otro y hace que viva en toda su plenitud, se acerca más a la divinidad.

Una de las cosas que más llama la atención cuando, desde Occidente, uno se acerca a la cultura japonesa es la importancia que los japoneses le dan a los detalles. Un rasgo que se refleja muy claramente, por ejemplo, a través del propio idioma japonés.

En nuestra sociedad, tal vez en todas las sociedades occidentales de hoy en día, tendemos a pasar por alto detalles que nos parecen nimios. Sin embargo, para un japonés es tanto o más importante la taza en la que bebe té, como la calidad del té que se está tomando. La presentación de un plato de comida dice mucho más del cocinero que su sabor. O el papel con el que está envuelto un regalo es más interesante que lo que la caja contiene en su interior.

Lo mismo pasa llegado el momento de hablar de los sentimientos. Allí donde en español utilizamos la palabra «amor», tanto en contextos sensuales como sexuales, en japonés se debe elegir entre distintas palabras.

Ai representa el amor entre esposos, entre padres e hijos, o hijos y padres. El compuesto *ai-joo* nos habla, sin embargo, del cariño que existe entre los dos sexos, o por los niños, o incluso por una mascota. *Koi* se utiliza, por lo general, para designar el amor entre dos sexos, pero un amor más exaltado, más sensual y con relación de pareja que el designado por *ai*. *Ren-jo* nos sirve también para hablar de las ataduras amorosas; *Omoi* significa el pensamiento amoroso, el sentimiento afectivo que nos nace del interior. *Nasake* hace referencia a la ternura, la piedad... Como vemos, un sinfín de palabras que, dentro del terreno amoroso, deben utilizarse en un momento diferente y no deben confundirse.

Del mismo modo minucioso y detallado, el arte de la seducción japonesa va más allá de lo que puede entenderse en Occidente como seducción. Cada gesto o cada movimiento son determinantes porque la seducción está en todas partes, en todos los detalles, en cualquier gesto, en lo que salta a simple vista como un sencillo vestido o una

sombra de ojos, pero también en el dibujo que se esconde tras un pliegue de ese vestido, la ropa que se intuye bajo la falda, unos pies desnudos o la mirada insinuante que asoma tras el maquillaje. La esencia del arte japonés de la seducción está en saber ver más allá de la superficie, ahondar en ella y mirar en su interior, y entonces… una vez dentro, dejarse llevar por ella.

Al mismo tiempo, el placer en Japón es tratar de crear algo precioso y exquisito que nos permita escapar de lo cotidiano, ya sea a través de la belleza delicada de la geisha inaccesible, o de las exóticas posturas a las que podemos forzar nuestro cuerpo practicando el *shibari* (*bondage*); compartiendo el placer de mirar los dibujos de los eróticos *shunga*; conociendo la vida de las *geishas* o aprendiendo a colocarnos un kimono para hacer a la mujer más atractiva.

En este libro, a través de una parte de la historia de Japón, conoceremos el nacimiento de las cortesanas, la evolución de la prostitución, los secretos sexuales de las *yûjos* –prostitutas–, el nacimiento de los libros de almohada, la existencia de los antiguos barrios de placer, la erótica de las *geishas*… Exploraremos, a lo largo de las páginas, en los conocimientos de los secretos sensuales de algunas de las más fascinantes mujeres de la historia de Japón y conoceremos cómo llegan a adquirir sus habilidades y cuáles son éstas. Y al final, conseguiremos desvelar todos los secretos de una figura clave que desde Occidente se mira con una atracción por lo prohibido difícil de explicar: las *geishas*, el mayor exponente de sensualidad y erotismo japonés de todos los tiempos; estas mujeres que con su blanco rostro, sus labios rojos, sus elaborados peinados, sus preciosos kimonos y sus amplios conocimientos culturales y musicales, siempre han estado rodeadas de un aura de misterio y belleza.

Vamos a adentrarnos en el mundo de las mujeres más atractivas y sensuales del País del Sol Naciente para conocer los secretos de su milenario encanto.



Prostitutas y geishas

> «El órgano sexual de la mujer siempre está a punto. Sin tener que ver con las sensaciones, está siempre a punto. El órgano sexual del hombre, sin embargo, está a veces preparado y a veces no. Cuando acompaña un pensamiento placentero, se tensa de un salto, pero cuando hay un sentimiento de disgusto, se viene abajo y no quiere ponerse en juego.»
>
> MORI, OGAI, *Vita sexualis.*

En 1600, el *shogun* —gobernador militar de Japón en la época medieval— Tokugawa triunfó sobre sus rivales y estableció Edo (convertida, desde 1868, en Tokio, la capital del este) como centro de su dictadura militar. Durante los casi tres siglos que duró el periodo Edo, cada uno de los shogunes que se hacía con el poder controlaba, a la vez, todos los aspectos de la vida de sus súbditos: viajes, trabajos, comida, familias… y, cómo no, también el placer.

Durante estos años de luchas y combates, los ejércitos estaban en constante movimiento. Y fue en aquella misma época, durante el gobierno de Tokugawa, y precisamente por las inestabilidades militares, cuando muchos hombres no tuvieron más remedio que mantenerse solteros debido a sus deberes de servilismo hacia su señor, que les obligaba a acompañarlo a todas las batallas, permaneciendo no sólo lejos de sus pueblos de origen, sino también sin residencia fija. Nació, entonces, un nuevo tipo de mujeres que reflejaban un tipo de ideal femenino japonés, formado para ofrecer compañía a los

hombres, pero, en este caso, sin aspiraciones al matrimonio, porque no podían asentarse y formar una familia. Esta nueva «profesión» tuvo nombre y reglas casi desde sus mismos inicios y se consideró, en ese momento, como un servicio necesario. Así, la prostitución —aunque no se utilizó esta palabra— poco a poco se hizo legal, por necesaria, y estuvo reglada. Las mujeres que trabajaban para entretener a los hombres eran registradas como tales y tenían sus límites, horarios, deberes y obligaciones.

En ese momento, hace más de 400 años, nacieron lo que más adelante serían las *geishas* (llamadas *geiko* en Kioto), aunque durante el siglo XVII y hasta la segunda mitad del XVIII no podemos hablar de ellas como tal. Sus antecesoras, las *tayû* o cortesanas de alto rango, fueron las encargadas de ejercer esa función de entretenimiento dentro de la sociedad. Las *tayû* encabezaban el grupo de cortesanas —*yûjo*— que trabajaban en los barrios de placer, por encima de un complicado entramado de mujeres dedicadas, también, a entretener a los hombres, pero en categorías inferiores. Eran las «stars» de la época, con un amplio nivel cultural y grandes dotes artísticas, en contadas ocasiones aparecían en público y nunca mostraban ni un centímetro de su piel, manteniendo el secreto de su encanto. El erotismo de la época relacionaba la abundancia de ropaje con la inaccesibilidad de la mujer y por tanto, incrementaba de este modo su atractivo.

Con el tiempo, el progresivo cambio de «obligaciones» de las *tayû* y la aparición de otro grupo de mujeres que ocuparon poco a poco su lugar, dio lugar al nacimiento de un nuevo grupo de entretenimiento: las *geishas*. Se estableció entonces la diferenciación entre las mujeres que vendían su cuerpo y las que vendían su arte.

Una vez formadas las *geishas* como grupo aparte, se guiaron por una serie de normas que las definió como mujeres dedicadas a entretener con sus artes, pero alejadas de los placeres del cuerpo con sus clientes. Las *geishas* empezaban su «carrera» desde niñas, como simples sirvientas, educadas, alimentadas y formadas en una casa reservada sólo a

ellas. Aprendían entonces los usos y las maneras para ser las acompañantes perfectas; aprendían música, a tocar el *koto* y el *shamisen* y practicaban el arte de la conversación, así como a estar bellas en todo momento y ser las mejores confidentes. De este modo, ser *geisha* acabó convirtiéndose, poco a poco, en una feliz forma de vivir bajo la protección de los ricos y poderosos. Se establecieron de esta manera las diferencias entre las *geishas* y las *yûjo* (prostitutas); mientras las segundas se ganaban la vida manteniendo relaciones sexuales con sus clientes, para las primeras estaba oficialmente prohibido.

Sin embargo, a pesar de la existencia de una prohibición explícita, las *geishas* pronto empezaron a llevar a cabo su profesión rozando los límites de lo legal. De hecho, no son pocas las que presumían ante sus clientes de poseer los conocimientos sobre la práctica de las 48 posturas sexuales como parte de su repertorio profesional. Sin embargo, el mantenimiento de reglas, tradición y costumbres ancestrales acabó convirtiéndolas en las guardianas de la herencia cultural de Japón hasta la actualidad.

Mucho antes de la existencia de las *tayû*, las primeras predecesoras de las *geishas* actuales de las que merece la pena hacerse eco como grupo de mujeres diferenciado, son



Vida sexual leída

La vida real de las *yûjo* no aparece ni siquiera reflejada en la literatura popular del periodo Edo. La producción y circulación de literatura popular, muy abundante en aquella época, estaba limitada a la población culta, hombres en su mayoría, especialmente en el caso de la literatura erótica. Los textos describen con todo tipo de detalles, incluso con imágenes, las ideas y las normas de la sexualidad, pero apenas prestan atención a la vida real de las prostitutas, que eran las máximas conocedoras y transmisoras de este arte.



las *saburuko* —mujeres sin hogar estable que subsistían a cambio de favores sexuales— surgidas a finales del siglo VII y las *shirabyôshi* —hijas de familias aristocráticas venidas a menos pero con amplios conocimientos artísticos y musicales que utilizaban para establecer relaciones con los hombres—, éstas tuvieron su momento de mayor importancia en el siglo XII.

Un detalle curioso es que estas cortesanas aristocráticas solían vestir con ropas y capas propias de hombre, y al igual que ellos, también llevaban espadas para protegerse. Además, sus canciones y sus bailes solían tener un contenido muy erótico para así atraer a muchos más hombres.

Durante el periodo Edo (lo veremos con detalle más adelante), la prostitución era una actividad legal y estaba controlada directamente por el gobierno japonés. Tanto en el barrio de Shimabara, como en el de Yoshiwara, los dos distritos mayores con prostitución legal de Kioto y Tokio respectivamente, estaban establecidas unas zonas delimitadas donde se podía intercambiar dinero por placer sin ningún problema, y así siguieron funcionando hasta el año 1957, momento en el que la prostitución se declaró ilegal en toda la isla de Japón.



Mancebos

Curiosamente, también había prostitución masculina en el periodo Edo, pero en otro barrio de la ciudad. Existían mancebos —muchos de los cuales se estaban preparando para ser actores de *kabuki*— que establecían relaciones con otros hombres (la mayoría de ellos monjes budistas), aunque también mantenían relaciones con mujeres. Incluso está documentado el caso de un matrimonio que compró a un joven para compartirlo.

LOS BARRIOS DE PLACER

Entre los siglos XVII y XIX, los japoneses vivieron uno de los mayores estallidos de exaltación del amor, la pasión, la naturaleza y los encantos de la vida cotidiana de toda su historia. De hecho, como hemos visto, se consideraba que el negocio del ocio, especialmente el que implicaba a las mujeres, era uno de los más necesarios para un buen funcionamiento de la sociedad y, por eso, se requería un control estricto por parte del gobierno de aquellos que estuvieran involucrados en él, porque, aunque estaba claro que era beneficioso, no quería que se descontrolase. Para que la prostitución se ejerciera de forma legal, los locales debían poseer las licencias adecuadas y tener un registro de las mujeres que trabajaran en él. Las damas de la noche ilegales, es decir, las clandestinas, no profesionales y por tanto no censadas, suponían un constante problema para las autoridades, que querían tener controladas a todas las prostitutas. No obstante, éstas, a pesar de las dificultades que tenían, nunca desaparecieron por completo y continuaron trabajando.



Un pequeño barrio del placer

En el año 1589, cuando Hideyoshi Toyotomi gobernaba Japón, un tal Saburoemon Hara pidió permiso para abrir un burdel. Una vez concedido, empezó a construir un barrio cercado por vallas en la zona de Nijô Yanagi-Machi (Kioto), siguiendo el estilo de los barrios de placer que ya existían en la dinastía china Ming. Este barrio se convertiría en el primero de los barrios de placer vallados de Japón, y su diseño sería la base del famoso barrio del placer Yoshiwara, en Edo (Tokio). En 1641, el barrio fue trasladado al sur de la ciudad, a Suzakuno, ya que se encontraba demasiado cerca del Palacio Imperial, y entonces se le empezó a conocer como el «Shimabara de Kioto».



Shimabara (Kioto), Shinmachi (Osaka), Maruyama (Nagasaki) y Yoshiwara (Edo) —considerado el más importante de todos los barrios de placer—, eran las zonas donde se podía practicar la prostitución bajo control. Además de las prostitutas registradas,

se permitía trabajar dentro de los barrios a otros tipos de mujeres, animadoras y camareras, en las áreas designadas para el ocio. Dentro de esta categoría se inscribieron posteriormente las *geishas*, a quienes en ese mismo momento se les prohibió mantener relaciones sexuales con los clientes.

YOSHIWARA

El proceso de construcción de la ciudad de Edo fue largo y laborioso. Primero involucró a un gran número de trabajadores de la construcción y luego atrajo a todo tipo de personas procedentes de todo el archipiélago, muchas de ellas para ingresar en el ejército del shogun. Al establecerse, posteriormente, como capital política, los señores de provincias debían abrir y mantener despachos en ella, y trasladarse allí en años alternos, con sus escoltas de samurais.

Estos hombres trabajaban en turnos de doce horas, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, sin posibilidad de retorno a su región de procedencia. Como los miembros de las clases más bajas de samurais no tenían permiso para llevarse con ellos a sus mujeres (debían dejarlas en casa y visitarlas muy de vez en cuando), empezaron a buscar alternativas para su soledad. Así, la consecuente superpoblación de hombres solos en una gran ciudad provocó la llegada de un buen número de mujeres, también solas, dispuestas a compartir, a cambio de dinero, sus ratos de placer con ellas, además de propiciar el aumento de uniones homosexuales entre los guerreros.

La historia del barrio de Yoshiwara se remonta, pues, al año 1612, cuando Shoji Jimenon, el propietario de un burdel en Edo, preocupado por la proliferación de prostitutas llegadas de todas partes, hizo una petición al gobierno Tokugawa para agruparlas



a todas y establecer un área delimitada para los burdeles. Su intención estaba tan clara para los orientales como lejos está de la moralidad occidental. No se trataba de ocultarlas, como hace la moral cristiana, sino de «rentabilizar» su trabajo y evitar nefastas consecuencias derivadas de su trabajo. Así explicó Shoji su demanda: «Aquellos que frecuentan las casas de mujeres tienden a gastar más dinero del que su situación les permite, y olvidan su profesión. Llegan, incluso, a desatender sus obligaciones hacia sus patronos o familias. Si mi propuesta es aceptada, las cortesanas estarán localizadas en una zona en la que pueden ser supervisadas y controladas. No se les permitirá a los clientes más que



Gadgets y amuletos

Con la modernización de Japón entró también el espíritu pudoroso propio de la moral victoriana en el País del Sol Naciente y los amuletos protectores de muchos prostíbulos (un enorme falo) tuvieron que retirarse de las puertas para no ofender a los visitantes extranjeros.

El pueblo japonés es principalmente usuario de todo tipo de elementos protectores, y cualquier negocio precisa de algún objeto portador de la buena suerte. Así, los dueños de las casas de té y demás negocios del «ocio» masculino tomaron como símbolo propio el gesto de las prostitutas llamando a los clientes (el brazo levantado y la mano hacia afuera haciendo un movimiento de llamada con los dedos) y pusieron a un gato haciendo el mismo movimiento en la puerta de sus locales.

permanecer un día con ellas y una sola noche» —explicó en un primer momento. Y luego añadió: —«Además, algunos adoptan niñas de familias pobres y, cuando crecen, las hacen prostituirse para sacar beneficios de ellas. Si la prostitución está localizada en una zona, nosotros mismos nos encargaremos de averiguar el origen y la procedencia de cada una de las chicas, para que cesen estas prácticas» —y por último dijo: —«Aunque en la actualidad el país no sufre guerras, todos sabemos que los guerreros sin guerras siguen cometiendo barbaridades por su cuenta. Las personas sin domicilio fijo, hasta que deciden volver a su casa, se pasan los días enteros en las casas de placer. El gobierno, aunque quiera, no los puede controlar. Ni tampoco sus planes y reacciones. Si juntamos las casas de placer en un solo barrio, podemos no sólo tenerlos controlados, sino también conocer su procedencia e intenciones y evitar de este modo algún conato de violencia».

Con este discurso, Shoji pretendía, además, dos cosas: evitar una proliferación no controlada de prostitutas, que tendría efectos negativos evidentes en el negocio, y, al mismo tiempo, mantener a todos los elementos considerados subversivos para el régimen concentrados en un único lugar que se pudiera controlar.

La petición tardó cuatro años en ser atendida y le fue concedida en 1617, otorgándole algo más de 200 metros cuadrados de terreno para crearlo.

Yoshiwara se situó originalmente dentro de Edo, cerca del castillo del *shogun*. El barrio del placer entró en funcionamiento en 1618, en 1640 había ya 25 casas de prostitución, 997 prostitutas censadas y 36 casas de té, y se establecieron unos requisitos mínimos para poder trabajar en él. En 1657, el gobierno ordenó que el barrio del placer se trasladase más lejos del centro de la ciudad, a una zona distante dos horas en barco o en palanquín desde su ubicación original, y que aumentase su tamaño. El viaje servía como rito de transición de un mundo al otro.

Una vez localizado y vallado, se establecieron una serie de normas tanto de uso interno, como para los clientes:

- No se permitía la existencia de burdeles fuera del barrio, y por tanto no se podía trabajar fuera.
- Los clientes no podían permanecer en un burdel más de 24 horas seguidas, ni mantener más de una relación.
- Las cortesanas no podían llevar vestidos lujosos con bordados de oro y plata.
- Los edificios del barrio no podían tener una apariencia llamativa y sus habitantes debían cumplir con los mismos deberes que en otras zonas de Edo.
- Si el dueño de una de las casas de prostitución consideraba que la conducta de un cliente era digna de reprobación, debía informar de ello al shogunato.



Para reconocer aquellas casas

En Yoshiwara se distinguían tres tipos de mansiones de *yûjos*: las grandes casas, con numerosas habitaciones y reservadas a las *yûjos* de alto rango; las casas medianas, para las de medio rango, y las casas pequeñas, donde vivían las *yûjos* de una clase más baja. Cada una de las casas se identificaba por el picaporte.

Y con esta normativa ya en vigor, Yoshiwara abrió sus puertas en noviembre de 1618, aunque no se completó hasta 1626. En sus primeros momentos, se miró en el espejo de Shimabara, tanto en lo referente a las costumbres como a las tradiciones. Pero con el tiempo, Yoshiwara crearía las suyas propias, convirtiéndose no sólo en un barrio de placer sino en un centro de cultura que daría cabida a todas las formas de arte. Al aproximarse a la zona, el caminante veía una ciudad rodeada por un curso de agua y con una sola puerta al fondo resguardada por dos guardianes. Como la mayor parte de los barrios de placer, Yoshiwara fue rodeado por un muro de madera y un foso, dejando una única puerta de entrada y de salida, conocida como *ômon* (Gran Puerta).



De esta forma controlaban las horas de acceso, se impedía a los clientes marcharse sin pagar y se evitaba que las prostitutas se escapasen, pues muchas de ellas habían llegado allí en contra de su



Sexo o arte

Yoshiwara no surge exclusivamente como un lugar de placer, sino que traspasa estos límites para convertirse en un centro generador de conocimiento. Unida a esa cultura aparece la geisha. Legalmente, les estaba totalmente prohibido ejercer la prostitución y tenían que limitarse al arte, y, por tanto, no debían competir con las *oiran* y otras cortesanas de menor rango.

voluntad. Una vez en la puerta, los samurais que querían entrar debían dejar sus armas, de manera que todos fuesen tratados con igualdad dentro de los confines de este barrio donde el dinero era la única ley y las armas no podían utilizarse.

A lo largo del periodo Edo, el gobierno Tokugawa hizo muchos cambios en las normativas, haciéndolas en algunos casos más estrictas. Pero esto sólo era una cuestión económica para el gobierno, y raramente una preocupación ética. La cuestión principal eran las licencias, puesto que una práctica con licencia podría ser gravada con impuestos. Los locales sin licencia eran a menudo objeto de controles policiales.

En su afán de ordenarlo todo, también establecieron una serie de categorías entre las cortesanas, y cómo éstas debían ser expuestas tras los barrotes de madera para ser seleccionadas por los clientes. Esa ubicación la aprovechaban para ser coquetas, provocando la líbido de los viandantes y asegurándose un cliente. El interesado elegía a la chica que quería y después entraba a la casa para discutir el precio con el patrón, dentro del margen establecido por la categoría en la que se encontraba situada la cortesana.

El rango más alto de las cortesanas lo ocupaban las *tayû*, las únicas que podían ser costeadas por las grandes fortunas. Estas mujeres reunían una serie de características que las distinguían del resto, además de la belleza: una refinada educación, el conocimiento

de la literatura clásica, de la música y de los instrumentos tradicionales, y, además, hablaban chino y japonés. El siguiente rango era ocupado por las *kôshi*. Éstas nunca estaban expuestas a la vista de todos, sino que eran elegidas por catálogo. Tanto ellas como las *tayû* podían decidir si querían o no acceder a la petición de los clientes. *Las reglas del placer del amor*, enciclopedia erótica de 18 volúmenes escrita en 1678, ya especifica claramente que en el barrio de placer de Kioto, es la prostituta la que accede o no a mantener relaciones sexuales con un hombre. Independientemente de que éste sea o no un gran señor, sin su consentimiento no se sigue adelante.

Estas dos clases de prostitutas fueron sustituidas en el siglo XVIII por un nuevo rango, las *sancha*, antiguas hijas de las casas de baño especializadas en masajes. Así, hasta un total de siete clases diferenciadas de cortesanas, cada una con su tarifa y trabajo e incluidas en el catálogo que se usaba para decidir la compañía deseada.

La situación de Yoshiwara a cierta distancia del centro de la ciudad, condiciona el concepto de lo que una urbe debería ser y de cómo sus ciudadanos deberían comportarse, incluyendo costumbres y rituales.

El flujo de hombres hacia Edo continuó cuando la ciudad se convirtió posteriormente en Tokio. La urbanización en Japón tomó una forma diferente de la que se dio, por ejemplo, en Inglaterra. Si allí los hombres se trasladaron desde el campo a las áreas urbanas con toda su familia, causando problemas como pobreza, chabolismo y crimen, la migración en el Japón fue exclusivamente de hombres solteros. Este «urbanismo de solteros» dio origen a ciertas características particulares en la formación de la ciudad japonesa. De este modo, el centro de la ciudad se creó para satisfacer las demandas de los solteros, no de las familias.

El emplazamiento original de Yoshiwara fue cambiado en el año 1657, a raíz de su destrucción por el incendio Meireki. Se renombró como Shin Yoshiwara (Nuevo



Yoshiwara) para diferenciarlo del barrio original, y luego fue rebautizado como Moto Yoshiwara (Yoshiwara Original). En el interior del recinto se plantaron varios sauces, símbolo de prostitución en China, y cerezos en la calle principal, Shin-Yoshiwara Nakanochô.

En uno de los libros publicados en esa época y escrito por uno de los grandes conocedores del barrio, el autor estableció una serie de reglas que los clientes debían seguir con las *yûjos* para evitar que los engañaran:

- El dinero es un tesoro supremo, pero no te permite lograr el amor.
- Todo lo que la *yûjo* te diga al oído, es falso.
- No te enamores nunca de una *yûjo*.
- Por la mañana, iros de la casa de placer sin demostrar que esa separación os supone ningún tipo de dolor.
- Hasta los 40 puedes enamorarte de las *yûjos*, pero a partir de entonces frecuentar Yoshiwara tiene que ser un simple entretenimiento.
- Aunque pidas en matrimonio a una *yûjo,* no creas que se ha enamorado de ti.
- Yoshiwara es el lugar perfecto para que el hombre suavice su espíritu, su coraje y su energía.

En el momento más álgido de prosperidad en Yoshiwara, había más de 4.000 prostitutas viviendo en el recinto amurallado. Las prostitutas se vendían o se alquilaban por un cierto número de años a los patrones de las casas de placer, principalmente por sus padres, y casi siempre a una edad temprana. Además, se les cobraba la comida y el vestido que necesitaban de tal manera que su deuda creciese automáticamente y se viesen forzadas a trabajar durante más tiempo, quizá toda su vida. Estaban confinadas en una zona pequeña y amurallada de la ciudad, llevando una vida muy insalubre.

Después de trabajar toda la noche, se les permitía dormir durante las primeras horas de la mañana. Por la tarde, empezarían a mostrarse en el escaparate para, con suerte, encontrar un cliente para toda la noche, en lugar de tener que aceptar múltiples. Una sesión breve podría durar 20 minutos. Una anciana encendía un palo de incienso en la puerta de su habitación, después de cada cliente (la palabra japonesa para «palo de incienso» significa también «uno detrás de otro»). Las prostitutas estaban mal nutridas a causa de la mala alimentación, la falta de ejercicio y cuidados. Las enfermedades venéreas, a las que también estaban expuestas, podían resultar fatales; por eso, la vida útil de una prostituta era relativamente corta: duraba entre los 15 y 19 años. Al llegar a los 20, la mayoría estaban agotadas o enfermas y debían salir del barrio, lo que suponía en casi todos los casos un serio problema porque llevaban años sin vivir en sociedad. Las prostitutas que conseguían sobrevivir trabajando después de los 20 años, veían caer su valor en el mercado, trasladándose a un segmento inferior de la industria.

Las prostitutas no eran siquiera tratadas como mercancía duradera, como se desprende del poco interés que mostraban sus gestores por su mantenimiento. No se reproducían a sí mismas como clase, aun cuando algunas de ellas quedaban embarazadas. Este hecho prueba la existencia de un amplio suministro de niñas jóvenes, procedentes de familias pobres, para sustituirlas.

LAS *YÛJO*: UNA VIDA DESTINADA AL PLACER

La literatura Edo, sin mencionar la prostitución, establece una clasificación de las mujeres en dos categorías bien diferenciadas: las *jionna*, literalmente mujer de la tierra y las *yûjo*, mujer del placer. Así pues, para el hombre japonés de los siglos XVII y XVIII,

el sexo con la esposa debía realizarse tan sólo para procrear, o sea, mujer de la tierra, mientras que el sexo practicado con las *yûjo* era para disfrutar, o sea, puro placer. Las prostitutas, lógicamente, pertenecían a la segunda categoría, mientras que el resto de las mujeres, la gran mayoría, pertenecía a la primera. La dependencia absoluta de la esposa respecto de su marido se mantenía también como una costumbre inflexible en el antiguo Japón hasta la última reorganización, como lo prueba el texto confucionista *Onna Daigaku —La enciclopedia de la mujer—* escrita por Kaibara Ekken (1630), importante médico y filósofo de la época.

La segunda categoría no era apta para el matrimonio; mientras que la primera sí. En otras palabras, a las prostitutas se les prohibía estrictamente la procreación y el matrimonio, mientras que el resto de mujeres debían casarse y luego eran forzadas a tener hijos. Esto situaba a las mujeres de Edo en una paradoja inextricable: los hombres admiraban a las prostitutas, mujeres de placer, a veces incluso como a diosas del erotismo y la sexualidad, y la relación con ellas se consideraba uno de los medios al alcance del hombre para conseguir acercarse o llegar al mundo celestial; mientras que despreciaban a las mujeres de la categoría apta para el matrimonio, considerándolas sin interés ni atractivo como simples mujeres de la tierra. La fertilidad y la maternidad se igualaban a aburrimiento y falta de sofisticación, oscuridad y fealdad, ataduras terrenas y restricciones sociales, obligaciones y seriedad. Y por lo tanto, poco atractiva y sin interés sexual.

En definitiva, unos gustos y una situación de la mujer que así expresaba Mori Ogai (1862-1922) en su novela autobiográfica sobre el despertar al sexo, y a mucho más que el sexo: «...La mujer no tiene opción a pronunciarse sobre sus gustos. Basta con que el hombre, como protagonista, manifieste lo que le gusta o disgusta. Así, puede decirse que el padre de la joven es el vendedor, y uno es el comprador, mientras que la joven recibe el trato de una mercancía cualquiera. Si esto se escribiera en términos de derecho



Cortesanas

En los barrios del placer había muchas clases de cortesanas, aunque eran conocidas en general como *yûjo*. En concreto, en Shimabara las clases principales en los primeros tiempos eran *tayû* y *hashi-jôrô*, las primeras de clase alta y las últimas muy modestas. Cuando se inauguró Yoshiwara, se añadieron tres clases: *koshi-jôrô*, *tsubone-jôrô* y *kirimise-jôrô*; situadas entre las existentes; la clase más baja de todas siguió siendo la *hashi-jôrô*, aunque más adelante, a finales del periodo Genroku, tanto éstas como las *tsubone-jôrô* acabarían por desaparecer, dando lugar a dos nuevas clases, *sancha-jôrô* y *umecha-jôrô*, situadas en la parte más baja de la escala. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII, los gustos de los clientes cambiaron y las *sancha-jôrô*, ganaron popularidad. Parecía que iban a hacerse dueñas y señoras de los barrios, pero pronto surgió una nueva clase de cortesanas de clase alta: las *yobidashi*, también conocidas como *oiran*.

romano, habría que decir tajantemente que la mujer, a semejanza de un esclavo, se considera *res* —una cosa—. Y la verdad es que yo tengo ganas de salir a comprar una bonita muñeca.» *(Vita sexualis)*.

Como parte de su iniciación, las *yûjo* debían aprender el *toko no higi*, el esoterismo de dormitorio. Eran una serie de conocimientos que transmitían las mujeres mayores a las jóvenes para que éstas aprendieran todo tipo de prácticas sexuales con el fin de satisfacer al máximo a sus futuros clientes. Además de algunas técnicas embellecedoras, como la depilación. Por higiene, y algo de coquetería, las cortesanas se depilaban el cuerpo entero quemándose los pelos superfluos con mechas fabricadas con hojas secas, siguiendo un remedio cauterizador que procede de la medicina china tradicional.

Así, por ejemplo, una joven *yûjo* era instruida, con la ayuda de un pene erecto artificial, sobre cómo dar gusto a los hombres, así como las diferentes formas de lograr que el hombre alcanzara el clímax rápidamente, por ejemplo, fingiendo un orgasmo de manera convincente; o las distintas posturas con las que alcanzar mayor placer en el coito, entre otras cosas relacionadas con el placer sexual.

Las *yûjo* también debían conocer el uso de afrodisiacos naturales, como los tritones carbonizados, las anguilas, el jengibre y la raíz de loto, entre otros ingredientes. También aprendían pequeños trucos de alcoba como el uso de anillos secos de babosa de mar que, colocados alrededor del pene, prolongaban la erección masculina. Además, ella debía aprender a conservar su fuerza y a disfrutar del sexo sólo cuando le apeteciera. En uno de los libros de almohada más conocidos del momento, *Manual de almohada para poseer a las mujeres (*siglo XVII), se citaban una serie de alimentos indispensables para aumentar la libido en los hombres: anguila, pulpo, salmón, pimienta de China, ostras, ballena, nenúfar, sésamo, carpa, pulpo, huevos…

Sin embargo, las *yûjo* eran amantes orgullosas de sus técnicas y celosas de sus secretos, y se pasaban los conocimientos de generación en generación, sin que se transmitieran fuera de sus mujeres. Ya en aquel entonces, una de sus señas de identidad que las diferenciaba de otras mujeres era que llevaban el vello púbico rasurado y se suponía que un hombre experimentado debía ser capaz de conocer el grado de las habilidades sexuales de una mujer con una simple ojeada al corte de su sexo.

A pesar de ello, no todos los hombres podían pagar el servicio de prostitutas siempre que lo requerían y por eso, en muchos casos, debían conformarse simplemente con mirar los *shunga*, típicos grabados eróticos que normalmente se publicaban en forma de pliegos y que cumplían una función parecida a la que cumplen hoy en día las revistas pornográficas.

LA RITUALIZACIÓN DEL SEXO

El sexo en los barrios del placer estaba cargado de rituales y protocolos, sobre todo si lo que se quería era tener una relación con una *tayû* de alto rango. Hacer el amor con una prostituta no era una aventura casual de una sola noche, sino que tener relaciones sexuales requería seguir un proceso largo y ritualizado.

Durante el periodo Edo, dinero y sexo estaban unidos, es decir, el sexo se había mercantilizado. El acceso al sexo estaba desde hacía tiempo limitado según clase social y capacidad adquisitiva. Si uno disponía de poco dinero, no existía el negocio del sexo. Con la introducción de una economía basada en la moneda de cambio, la mercantilización del sexo hizo mensurable el placer sexual, haciéndolo por tanto acumulable, como el dinero. En los tiempos del novelista Saikaku (siglo XVII), se publicaban catálogos de prostitutas —parecidos a los catálogos de venta por correo que conocemos hoy— donde se describía y clasificaba a las mujeres, quién es quién en tal o cual barrio, cuáles eran sus características y lo que cobraba por un rato de compañía. La prostituta era accesible a cualquiera que se la pudiese permitir.

Los barrios de placer oficiales eran lugares de entretenimiento. Los señores feudales, los hombres de letras y los sabios disfrutaban reuniéndose en ellos. Yoshiwara era,



Veneno erótico

El pez fugu es una peligrosa delicia de gourmets que se degusta en los banquetes de las *geishas.* Comer fugu tiene dos extremos: el placer (estimula la libido) y la muerte (su veneno, la tetratoxina, puede matar hasta 15 personas).

de todos ellos, el que tenía mejor reputación. Era un lugar mundano, social y cultural, donde tenía lugar el desarrollo de la verdadera cultura japonesa. Aquellos que frecuentaban el barrio para tener relaciones con prostitutas no buscaban sólo el placer, sino que eran sensibles a todos los preámbulos que tenían lugar. De modo que, por lo general, no les molestaba esperar los tres encuentros preceptivos antes de mantener relaciones con una mujer.

Una vez el cliente había elegido entre la oferta del catálogo, la casa a la que quería asistir y la mujer con quien quería compartir un rato de placer, empezaba un proceso en el que debía tener paciencia, antes de poder encontrarse con la mujer escogida, sobre todo si ésta se encontraba entre las *yûjo* de grado más alto, o sea las *tayûs*. Antes de poder disfrutar, existían tres pasos previos:

- **Primer encuentro**

El patrón de la casa empieza a enseñarle una por una todas las prostitutas. «Desgraciadamente no podemos ofreceros de momento la elegida —dice uno de los textos, reflejando los comentarios más habituales—, pero mientras tanto podemos enseñaros algunas de las especialidades del establecimiento.»

En esa primera noche, el cliente tiene sólo un breve encuentro con algunas de las chicas de la casa de placer que le ofrecerán comida y bebida, pero no le estará permitido ver ni conocer a la elegida.

En este primer encuentro, las *geishas* entretienen al cliente con la música de su *shamisen* y su conversación, mientras le ofrecen sake y comida.

Ya en ese momento, las *geishas* vivían en muchas de estas casas con un contrato en el que no se les permitía ejercer la prostitución ni, por supuesto, mantener relaciones sexuales con los clientes.



Al acabar el horario pactado, el cliente debe pagarles a todos los que le han atendido lo mismo que pagaría por la prostituta que ha ido buscando y que todavía no ha sido suya. El cliente se dispone, entonces, a abandonar Yoshiwara, antes de las doce de la noche según el horario establecido por ley. Tampoco puede quedarse en ninguna otra casa de placer satisfaciendo sus deseos, porque también así transgrediría el código establecido.

Si, por su impaciencia, acabase por ceder a sus instintos sexuales y fuese sorprendido haciendo el amor con otra mujer en el mismo barrio del placer, las colegas y doncellas de la primera prostituta, a la que ha abandonado, le castigarían con violencia, y, además, tendría que pagar una compensación económica por su «infidelidad». De este modo describirá un autor anónimo de *haikus* este primer encuentro amoroso… fallido:

«Nada pasa
Ni conocimiento, ni gracia
El primer día, es sólo una ceremonia.»

• Segundo encuentro

Para solidificar la relación, tendrá que visitarla otra vez más, al día siguiente o unos días después. Poco se sabe de este segundo encuentro que haga variar lo que sucedió en el primero. Salvo que, en este caso, la cortesana intenta averiguar, antes de acceder a mantener relaciones con él, si el cliente tiene unas perversiones o actitudes que no le plazcan. En este encuentro, ya es la cortesana elegida una de las que entretiene al cliente, mostrándole, entre otros, algunos de los juguetes eróticos que podrían acabar utilizando, mientras que en el encuentro anterior no los ve. También un *haiku* se hace eco de este segundo encuentro:

«El día de retorno
La *tayû* se acerca unos centímetros al cliente
Pero sólo para sentarse.»

• Tercer encuentro

En el tercer encuentro, el cliente intercambia vasos de sake con ella hasta en nueve ocasiones consecutivas, siguiendo las costumbres ancestrales del ritual japonés sobre el llamado «matrimonio de visitas». De hecho, la ceremonia nupcial tradicional japonesa culmina cuando la novia y el novio toman tres sorbos de sake en cada una de las tazas esmaltadas que le ofrece el otro y luego se los ofrecen al revés, al otro. Es el llamado *sansankubo* —tres veces tres, nueve veces—, que es la expresión utilizada para referirse a una boda.

Es entonces cuando la cortesana se acerca al cliente y empieza a realizar ciertas caricias preliminares mientras le invita a comer, señal inequívoca de que la jornada promete cierta dosis de placeres. Al terminar la comida, el cliente es trasladado a una habitación distinta a la que ha pasado durante las dos noches anteriores y ahora sí, a solas con la cortesana. De esta forma, el cliente ya queda aceptado como «pareja estable».

Antes de entrar en «acción», la cortesana coge un papel muy fino, casi transparente (*misugami*) que sirve no sólo para asegurar la higiene personal, sino también como método contraceptivo.

Otro de los usos de este papel consiste en colocárselo entre los dientes mientras hacen el amor, para evitar de este modo cualquier grito o suspiro que evidencie placer. Que el cliente ignore si la cortesana ha disfrutado, hace que éste no tenga poder sobre ella. Así, no habrá en ningún caso un cuarto encuentro con la cortesana, por más que lo solicite:

«Después de haber confirmado
Que su cliente se ha enamorado de ella
La *yûjo* le pide el colchón.»

LA INFIDELIDAD DE UNA *YÛJO*

Los ciudadanos de Edo eran muy conscientes de la paradoja cultural de amor y sexo en que vivían. Puesto que una prostituta estaba bien considerada para el sexo pero no para el matrimonio, amar seriamente a una prostituta o casarse con ella era afrontar las reglas y confundir lo real con lo irreal.

Una gloriosa prostituta de alto rango, esposada, se transfería de la categoría de *yûjo* a la de *jionna*, de mujer de placer a mujer de la tierra, si se casaba y acababa por ser esposa maldita, y dejaba de resultar atractiva para los hombres desde ese mismo momento. Por lo tanto, no se entendía que una mujer quisiera cambiar a una condición considerada más baja. La categoría cultural de *yûjo* idealiza a las mujeres alejándolas de su propia sexualidad, y las convierte en artefactos culturales no aptos para casarse. Veamos sino un ejemplo en uno de los textos de Saikaku Ihara:

> «Tras el inicio del mundo, no se había conocido nunca un ejemplo de prostituta como ella. No tenía necesidad de arreglarse o peinarse para atraer todas las miradas. Su cara natural, sus pies desnudos, su cuerpo esbelto y carnoso, su piel blanca como la nieve y su mirada clara llena de dulzura. Yûguiri sabía satisfacer a sus clientes y realizaba su trabajo con honor, como si se tratara de una misión sublime. Ella bebía sake con sobriedad, cantaba bien, sabía tocar el *koto* y el *shamisen*, conversaba con gracia y escribía notablemente. En fin, esta mujer esencialmente sensible no necesitaba nada más.»



¿Lo sabías?

En realidad, el arte del erotismo solamente se llevaba a la práctica en los barrios de placer. En ellos se habían desarrollado a la perfección las 48 posturas sexuales, de acuerdo con las 48 técnicas básicas de la lucha sumo. Incluyendo algunas posturas acrobáticas imposibles de poner en práctica, pero que daban más atractivo a la soñada relación.

Por eso, la vida de los barrios de placer estaba llena de paradojas, por querer demostrar que se poseía el estatus esperado. Así, si una *yûjo* quería cambiar de rango, como entraba dentro del terreno de lo irreal, tenía que demostrar que su atrevimiento era real para poder romper las reglas. La frontera entre lo real y lo irreal era establecida por el propio cuerpo, que en este caso se simbolizaba por el dedo meñique. Para demostrarlo, la *yûjo* ofrecía como ofrenda y muestra de su verdadero amor su propio dedo cortado de la mano. Esta ofrenda se realizaba cuando eran acusadas de ser infieles a un cliente. Igual que a ellos se les exigía fidelidad mientras duraba la relación con una cortesana, a las *yûjos* se les exigía reciprocidad. Por sorprendente que parezca, la fidelidad de la prostituta es una paradoja real, mientras que la parte del cuerpo es un objeto real. No pocas prostitutas perdieron varios dedos en este juego.

Por su parte, la *yûjo* distinguía dos categorías de hombre: amantes y clientes. Si se enamoraba seriamente de un cliente, lo convertía en amante. Para ello, lo mantenía cerca por su cuenta, acumulando una deuda que podía en algunos casos resultar elevadísima.

Pero esto suponía también una ruptura de las reglas, puesto que requería que el cliente se saliera del juego, dejando de participar en él.

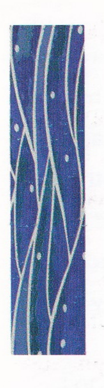
La formación refinada del Tao del sexo durante el periodo Edo lleva a una visión cínica de la sexualidad. La única salida de esta paradoja es unir lo real con lo irreal por medio de la muerte. La muerte pone fin al dilema entre el juego y la vida real..La muerte inspirada por el amor es por ello un motivo recurrente y dominante en la literatura Edo, perfectamente reflejada por Monzaemon Chikamatsu, el gran autor de teatro *kabuki*, que creó numerosas tragedias de amor en el siglo XVIII. El fatal desenlace de la paradoja entre lo real y lo irreal es resultado del gran vacío entre el ideal cultural y la realidad de la vida de las *yûjo*.

LAS *GEISHAS*: ARTE, PLACER Y SEXO

Las *geishas* prosperaron como grupo diferenciado de las *yûjos* dentro de Yoshiwara y empezaron a dominar con gran agudeza y fluidez el arte de la conversación y el entretenimiento masculino con el conocimiento de todas las artes: música, canto, baile… luego ampliaron sus cualidades hacia la diplomacia y la capacidad para resolver situaciones difíciles en las que acababan por ser confidentes de sus clientes.

En un primer momento, la distinción entre *geishas* y prostitutas fue respetada estrictamente en Yoshiwara. Cada casa de té tenía a sus *geishas* que entretenían a los clientes con sus artes y, pasado el rato, se iban y dejaban vía libre a la *yûjo* que brillaba por sus conocimientos del erotismo y de las 48 posturas sexuales.

En cada barrio de placer existía un *kenban* —supervisor— que era el encargado de que se cumplieran las normas y de controlar, por ejemplo, si una *geisha* osaba vender su cuerpo a un cliente. En este caso, la casa de té debía cesar su actividad de inmediato. Estos castigos estaban pensados para proteger las actividades de las *yûjos*.



Arte refinado

La palabra *geisha* deriva de dos kanjis –ideogramas– que significan «arte» y «persona»; por ello se consideran artistas y es un error considerarlas prostitutas. Según la historia, el oficio de estas mujeres milenarias surgió como vía para contrarrestar la carencia de sensibilidad y amor que existía para ese momento en la sociedad japonesa. Y acabó por convertirse en la encarnación de la mujer más refinada, inteligente y cultivada de todo Japón.

La futura *geisha* crecía en la *oki-ya* (casa de *geishas*), y estudiaba en una escuela para aprendices de *geishas* donde aprendía todo lo que haría de ella una figura preciosa e irremplazable a los ojos de los hombres. Allí aprendía a llevar maravillosos kimonos de seda, a maquillarse cubriendo su cara con un polvo blanco, destacando el negro de sus ojos y el rojo de sus labios, a moverse de forma grácil bajo una pesada peluca negra, a hacer gestos que insinuaran actitudes seductoras...

Aprendía también a ser maestra de todas las artes: música, danza, canto, el arte de la ceremonia del té, el baile del abanico... En definitiva, se convertía en un ser tremendamente culto y refinado capaz de seducir a un hombre con la sola mirada de soslayo de sus ojos maquillados, de caminar y coquetear con aire seductor, de cautivar con baladas de amor sólo conocidas por ellas... Además, se convertía en toda una maestra del arte de la seducción y del erotismo más refinado transmitido en la sociedad japonesa de madres a hijas durante siglos.

Fue en Kioto, donde las *geishas* se llaman *geikos*, la ciudad en la que se creó la primera *oki-ya* —casa de *geishas*—. En los primeros tiempos, las niñas-aprendizas eran directamente vendidas a una *oka-san* —la persona encargada de estas casas de *geishas*—

para que las instruyeran en las distintas artes e hicieran de la joven una cotizada *geisha* en el futuro.

Vender a sus hijas para que fueran *geishas* les aseguraba a las familias japonesas —caso de triunfar ésta profesionalmente— un alto rango social, fama, poderío, bienestar económico y protección social, al mismo tiempo que salvaba a las pequeñas de la pobreza en la que vivían.

> «No nací ni me eduqué para ser una de las famosas *geishas* de Kioto. Ni tan siquiera nací en Kioto. Soy hija de un pescador de Yoroido, un pueblecito de la costa del Mar de Japón. (...) La mayoría de la gente prefiere seguir imaginándose que mi madre y mi abuela fueron también *geishas* y que yo empecé a prepararme para serlo en cuanto me destetaron, y otras fantasías imposibles por el estilo.
>
> En realidad, un día, hace muchos años, le estaba sirviendo sake a un hombre que mencionó de pasada que había estado en Yoroido la semana anterior. Justo en ese momento me sentí igual que se debe sentir un pájaro cuando se encuentra al otro lado del océano con una criatura que conoce su nido. No pude contenerme más y le dije sin pensar en las consecuencias:
>
> —¡Yoroido! De ahí soy yo.



¡Pobre! Su cara se convirtió en un muestrario de muecas. Hizo lo posible por sonreír, sin conseguirlo, porque no podía dejar de mostrar una turbada sorpresa.

—¿Yoroido? Seguro que no estamos hablando del mismo lugar.

Para entonces, ya hacía mucho tiempo que había desarrollado mi «Noh»; la llamo así porque cuando la pongo parezco una máscara del teatro Noh, de esas que son totalmente hieráticas. La ventaja que tiene es que los hombres la interpretan como quieren; no te puedes imaginar lo útil que me ha sido. En ese momento, pensé que lo mejor sería usarla, y como era de esperar, funcionó. El hombre suspiró profundamente y se bebió de un trago la copa de sake que acababa de servirle. Luego soltó una carcajada de alivio, creo yo, más que de otra cosa.



—¡Qué idea! —dijo riendo—. ¡Tú de un poblacho como Yoroido! Eso sería como pensar en hacer té en un cubo —y cuando volvió a reírse, me dijo—: Por eso eres tan divertida, Sayuri-san. A veces, casi consigues que me tome en serio las bromitas que me haces.»

(Arthur Golden,
Memorias de una geisha).

El contrato que establece la *oka-san* con las familias de las futuras *geishas* le permite a la joven tener la posibilidad de ganar en el futuro su propia libertad, aunque sólo si con su trabajo consigue ganar el triple de dinero de lo que han gastado en ella, tanto en su manutención como en su educación. Por eso, no todas las *geishas* llegaban a ser libres.

El significado de la palabra *geisha*, en realidad, no denota género. De hecho, las primeras *geishas* no fueron mujeres, sino hombres. Estos previamente habían formado parte del grupo conocido como *taikomochi* (que podría traducirse como «el que lleva un tambor»).

Los *taikomochi* se habían dedicado a entretener a sus clientes con baile, música y charla desde hacía un siglo. Eran muchachitos encargados de distraer con sus dotes de bailarines y comediantes a los clientes que iban a refinados bares y restaurantes. Estos hombres, sin embargo, no cubrían el amplio abanico de actividades artísticas que posteriormente sería una de la señas de identidad de las *geishas*, aunque también trabajaban dentro de los barrios de placer, entreteniendo a los clientes en sus banquetes antes de que estos se retiraran a pasar la noche con las cortesanas, o recurriendo ellos mismos a ofrecer favores sexuales. Tanto antes como en la actualidad, el tema homosexual entre los *taikomochi* es una cuestión considerada tabú.



El lazo delante o detrás

La diferencia entre una *geisha* y una prostituta se observa en la forma de llevar el *obi* (cinturón que sujeta el kimono con un gran lazo). El *obi* de una prostituta se ata delante, alguien que debe estar atando y desatando continuamente su *obi* no puede detenerse en abrocharlo detrás, que es el lugar en el que se lo abrochan las *geishas*.



Habilidades diversas

La denominación de *geisha* designaba, en realidad, a distintos tipos de mujeres: las *shiro* (blancas) que eran las que se dedicaban al entretenimiento, mientras que las *geishas korobi,* eran las que se «revolcaban» con los clientes. Las *geishas kido* (puerta) permanecían en la puerta de la entrada a los festivales o de las casas de alterne, tocando el *shamisen* para atraer a los clientes hacia su local, mientras que las *geishas joro* (prostitutas) eran contratadas por sus habilidades amatorias.

Otro momento importante en el desarrollo de las *geishas* femeninas fue la aparición de las *odoriko.* Hacia el año 1680, comenzó a ser frecuente que muchas jovencitas fueran enviadas por sus padres a recibir clases de baile, para poder obtener dinero después a cambio de estos servicios. Aunque al principio estas jovencitas no comerciaban con favores sexuales, sino sólo con el baile, a lo largo de los años muchas se convirtieron en prostitutas que, además, sabían bailar.

En el año 1743, un grupo de *odoriko* de Edo fue arrestado junto con otras prostitutas ilegales y se las envió a trabajar a Yoshiwara. Asimismo, en 1753 otro grupo de *odoriko* fue enviado a trabajar dentro de los muros del barrio de placer, límites a los que debían ceñirse. Fue en esa época cuando estas mujeres, aunque todavía eran prostitutas, comenzaron a autodenominarse «*geishas*», en memoria de los *geishas* masculinos de los barrios de placer, y empezaron a separar el arte del sexo.

Hubo que aguardar hasta mediados del periodo Edo para que surgieran las *onna geisha* (*geishas* damas) que cumplirían las mismas funciones que los *taikomochi* o los *honko,* y que acabarían por ser el único referente, además de recrear un clima de placer

y belleza a partir de las artes. En poco tiempo, las *geishas* lograron crear una atmósfera de belleza y sensualidad a su alrededor y consiguieron divertir graciosamente a la concurrencia con la interpretación de sofisticadas artes que sólo ellas conocían.

Las *geishas* femeninas enseguida sobrepasaron en número a los *geishas* masculinos, el término pronto pasó a referirse sólo a mujeres y los hombres acabaron por dispersarse. Con la posterior desaparición de las *tayû,* las *geishas* pasarían a colocarse en el centro de la escena y ya en 1779 las *geishas* femeninas se habían vuelto tan populares y demandadas que incluso se convirtieron en rivales de las cortesanas, robándoles muchos de sus clientes.

El desarrollo de la profesión de las mujeres *geishas* tuvo lugar al mismo tiempo que la introducción del *shamisen* (instrumento de cuerda característico de las *geishas*) en la sociedad japonesa. Este instrumento se hizo muy popular a lo largo y ancho de Japón. A pesar de que las cortesanas también incluyeron el arte de tocar *shamisen* entre sus habilidades más preciadas, acabaron dejándolo de lado, y dando vía libre a los *geishas* hombres para dedicarse a la parte musical del entretenimiento. Más tarde fueron las *geishas* mujer las que se convirtieron en maestras de este instrumento.

En 1750, Kikuya, una famosa prostituta que trabajaba en el distrito de Fukugawa, en Edo y muy conocida por sus dotes para el *shamisen* y el canto, fue la primera en auto-



Desde el siglo XVIII

La primera edición de la guía *Yoshiwara saïken* data de 1716. En ella se indican los nombres de las *yûjos* que trabajan en el barrio, sus salarios, las casas a las que pertenecen... En la edición de 1768, la palabra *geisha* aparece por primera vez. Sin embargo, la profesión no será reconocida como tal hasta 1779.



proclamarse *geisha*. Y de ella se dice que fue la primera *geisha* mujer de la historia. Al contrario que las cortesanas y prostitutas, las *geishas* eran mujeres independientes que vivían de sus dotes artísticas. También vivían en barrios estructurados, pero estos no estaban vallados. La prostitución, tradicionalmente asociada al quehacer de las *geishas*, formó parte de los rituales tiempo después. Educadas desde pequeñas en el arte de servir el té, de la danza y de los secretos amatorios, eran apreciadas más por su valor ornamental que por sus cualidades como personas.

Las *geishas* recibían apodos que denotaban su grado de adiestramiento. Las principiantes solían ser llamadas *mayko*. Ocultas bajo sus ropajes, tocados y maquillaje, era prácticamente imposible conocer la verdadera identidad de cualquiera de ellas.

La *geisha* mujer, además de entretener a los clientes con la música y la danza, si es que estaba de acuerdo y así lo disponía, podía protagonizar una escena de alcoba con algún favorito con la misma destreza con la que tañía el arpa-laúd japonés o *koto*.

Más tarde, muchas ejercieron directamente la prostitución y poco importarían entonces la vastedad de su repertorio de artes tradicionales y primarían sus conocimientos sexuales.

A las *geishas* de los locales que poseían licencia no se les permitía tener relaciones con los clientes de las *yûjo*. Y, a pesar de ello, suponían una «amenaza» para muchas cortesanas. Como resultado de todo esto, en 1779, un propietario de un burdel que estaba preocupado a causa de la amenaza que las *geishas* suponían para la estructura regulada de Yoshiwara, así como por el hecho de que no pagaban ningún tipo de impuestos, tuvo la idea de registrar a todas las *geishas*. En ese momento, se creó el primer *kenban* o registro de *geishas*, un sistema de organización y control que todavía sigue vigente en la actualidad. Se reconoció que las *geishas* practicaban otro tipo de profesión, y les proporcionaron e impusieron normas de conducta:



Discreción delimitada

Las casas de placer podían ejercer sus actividades a escondidas y con una rigurosa discreción. Este tipo de establecimientos debía, en principio, ser declarado, añadirlo a la lista de servicios públicos, y situarse en barrios especializados. Los barrios de placer estaban delimitados.

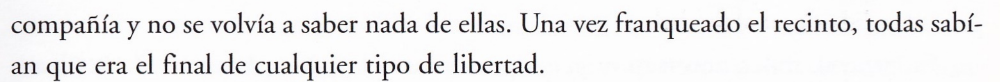


Era Meiji

En 1870, el nuevo Emperador Meiji abandonó Kioto como capital imperial y se instaló en Tokio. La Era Meiji, que duró hasta la Primera Guerra Mundial, fue una de las épocas de mayor popularidad y prosperidad de las *geishas*. Se calcula que en 1905 había 2.300 *geishas* en Tokio.
Después de 1975 abandonaron su posición de vanguardia y su imagen se relacionó con el pasado feudal japonés y por tanto con la tradición, lo que provocó el descenso progresivo de las *geishas*.

- No llevarían un kimono vistoso, ni peinetas u horquillas con joyas en el cabello.
- No debían sentarse junto a los clientes ni insinuárseles para reemplazar a las *yûjo*.
- Si una *yûjo* acusaba a una *geisha* de haberle robado un cliente, el *kenban* podía abrir una investigación y si se concluía que la *geisha* era culpable, podía ser suspendida de su actividad.

Este sistema de control de las *geishas* fue tan efectivo en Yoshiwara que pronto fue adoptado en el resto de los barrios de placer en Japón. Estas reglas, a pesar de lo estrictas que eran, lejos de menoscabar la importancia de las *geishas*, creó las condiciones perfectas para su definitivo despegue, ya que las distinguió definitivamente de las cortesanas, en un momento en el que la excesiva ritualización de las costumbres de éstas, las conversaciones estereotipadas y la también excesiva ornamentación de sus kimonos, peinados y maquillaje estaban empezando a cansar a los hombres que acudían a los barrios de placer, que buscaban algo más sencillo, algo que encontraron en la elegancia, el ingenio, y las artes. Las *geishas* acabarían imponiéndose.



Entre 1780 y 1790, tuvo lugar en Japón un periodo de miseria y hambre; el arroz, almacenado por comerciantes con pocos escrúpulos, alcanzó precios de locura. Durante estos años, las niñas a partir de cinco años solían ser secuestradas y vendidas; muchas de ellas pertenecían a familias arruinadas y acababan por ser recluidas a la fuerza en los barrios de placer de las grandes ciudades. Del Shimabara de Kioto, al Shinmachi de Osaka, pasando por el Yoshiwara de Edo o Maruyama de Nagasaki, las jóvenes desaparecían una a una y para siempre detrás de las hermosas fachadas de las casas de compañía y no se volvía a saber nada de ellas. Una vez franqueado el recinto, todas sabían que era el final de cualquier tipo de libertad.

Pocas eran las que podían salir de la casa de placer con la cabeza alta y el corazón libre; o sea, compradas de nuevo por un hombre rico que aceptase cancelar la deuda, casi inextinguible, contraída con los derechos de su educación, e irse a vivir con él. Este sistema, como vemos, condenaba de por vida a una niña a la prostitución. Superada la treintena, si no habían encontrado marido entre sus clientes —lo que era muy difícil— la mayor parte de las cortesanas abandonaba la protección de la casa para convertirse en *teppo* (prostituta de bajo rango), condenada a vender lo que le quedaba de sus encantos en las calles colindantes a su antigua prisión, porque no podía regresar a una casa familiar de la que desconocía, incluso, su ubicación real.



Los aprendizajes

Normalmente, el tiempo de servicio en una *okiya* es de 5 ó 6 años. Este tiempo, incluye las etapas de aprendiza, *maiko* y *geisha*. Una vez devuelto todo el dinero invertido por la *okiya*, la *geisha* puede abandonarla y convertirse en *jimae*, en una *geisha* independiente. Momento en el que empezará a disfrutar de una vida un poco más relajada, lejos de la constante supervisión de la *okâsan*.

LOS *HANAMACHI*

Una vez establecidas las *geishas* como tales, se agruparon y crearon sus propios distritos donde reagruparse, eran los llamados *hanamachi* —ciudad de las flores—, unos barrios discretos, muy acordes a la estética minimalista japonesa, en los que apenas se distinguían las entradas de las casas, y mucho menos se evidenciaba su función.

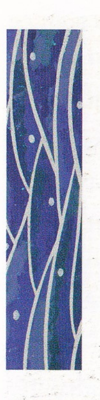
En general, todos tienen su origen a principios del periodo Edo (1603-1868), un momento histórico de paz, prosperidad y auge cultural, en que empezaron a surgir las llamadas casas de té alrededor de los templos más importantes. Eran, y son en algún caso todavía en la actualidad, barrios de arquitectura acentuadamente japonesa.

En ellos surgieron las *ocha-ya*, casas de estilo tradicional con salas adaptadas para banquetes, reuniones y fiestas donde se celebran los banquetes a los que acuden a trabajar las *maikos* y las *geishas*. Además de las *ocha-ya*, en el *hanamachi* encontramos las *oki-ya*, casas de estilo tradicional donde viven y estudian las *maiko* y las *geishas*. En la actualidad, muchas *ocha-ya* y *oki-ya* están en el mismo edificio. Cada *geisha* deberá estar inscrita en una única *oki-ya*, que será la casa para la que trabaje, y nunca en más de una;

aunque no es muy frecuente, ésta puede variar con el paso de los años. La estructura jerárquica es parecida a la de una familia real, aunque formada sólo por mujeres: la *okami* (madre-jefa de la *okiya*), las *onêsan* (hermanas mayores, las *geishas* más experimentadas), las *maikos* (o aprendices de *geisha*) y por último, y en el más bajo estatus, las niñas recién entradas. Una *okiya* suele alojar a unas cuatro *maikos* y unas cuatro o cinco *geishas*. La *okâsan*, que funciona como una especie de madre, es la que vigila, ayuda y enseña a las *maikos*. Les enseña qué decir y qué hacer en según qué circunstancias, qué kimono escoger para cada ocasión, cómo comportarse, etcétera. Asimismo, se encarga de dar alojamiento, comida y establece el salario de las *maikos* y *geishas* que no son independientes y se encarga además de comprar kimonos, establecer las citas con los clientes... Y por último, designa las hermanas mayores a cada una de las *maikos*.

En la *okiya* se empieza trabajar muy temprano, y se acaba a altas horas de la noche, las horas de trabajo dependen de la antigüedad y de la categoría a la que se pertenezca. Las *maikos* y *geishas* que viven en ella tienen que levantarse temprano para empezar a estudiar. Es entonces cuando toman lecciones de baile o música y practican la ceremonia del té. Al mediodía vuelven a casa y poco después empiezan a arreglarse para los banquetes de la noche, que suelen empezar hacia las seis de la tarde y durar varias horas. Cenan antes de salir, ya que normalmente ni las *maikos* ni las *geishas* comen durante el banquete: se dedican solamente a atender a sus invitados, que son los que comen.

El trabajo de una *geisha* y de una *maiko* se realiza en una de las casas de té del *hanamachi* y consiste en entretener a los clientes durante el *o-zashiki* —los banquetes. Esta palabra también hace referencia a las salas tradicionales en las que se encuentran, con el suelo de tatami donde se celebran dichos banquetes, que se encuentran en las mismas casas de té, las *ochaya*. En estas salas, los clientes pueden disfrutar de las habilidades artísticas de *geishas* y *maikos*, en un ambiente único. «Algunas *geishas* consideran que sus



Ozashiki

El *ozashiki* es un banquete de ambiente relajado en el cual los clientes pueden hablar de cualquier tema, por más secreto o privado que sea, ya que saben que pueden confiar en la discreción de las *maikos* y *geishas* reunidas allí. Allí se lleva a rajatabla la práctica *ichigen-san okotowari,* es decir, el no aceptar a desconocidos en los banquetes, ya que estos no combinarían bien con la atmósfera de relajación basada en la confianza que es la base de todo *ozashiki.*

vidas profesionales están formadas por dos aspectos: el *gei* o arte, y el *zashiki*, las fiestas a las que acuden noche tras noche y por las que se les paga. Las *geishas* que se muestran más contentas con su trabajo son, por supuesto —explica Liza Dalby en su libro *Geisha*— aquellas para las que estos dos conceptos coinciden.»

En un *ozashiki*, los invitados se sientan siguiendo un orden establecido tradicionalmente y determinado por su edad y su rango. Cuando todos los invitados están sentados, aparecen las *maikos* y las *geishas*, a quienes hacen una reverencia y un saludo desde la puerta y entran prácticamente sin hacer ruido. Entonces empiezan con las reverencias formales y se disponen a sentarse con ellos en la sala.

A continuación, hace su entrada la *okâsan*, para dar una bienvenida formal a los invitados y proponer un brindis entre todos: es el principio oficial del banquete que acaba de empezar.

Cuando uno de los clientes con los que trabaja la *geisha* le resulta más atractivo que los demás puede querer mantener otro tipo de relaciones con él, más íntimas. Sin embargo, se mantendrá discreta en su elección, porque su reputación y su «caché» están



en juego. Éste hará de *danna* —protector— si también quiere mantener una relación con ella, y le hará una proposición honesta que, tras una ceremonia, ella aceptará.

Es la única forma de que la *geisha* tenga protección económica y gane de verdad dinero para poder cubrir, de este modo, las deudas creadas con la *okiya* derivadas de su aprendizaje: maquillaje, lecciones de música, gastos médicos, kimonos, instrumentos, etc. Empezará entonces una etapa, más o menos larga y placentera, dependiendo de la relación que establezca con su *danna*, en la que la *geisha* recibirá multitud de regalos de parte de su protector. Además, el *danna* deberá seguir pagando la tarifa habitual de la *geisha* cada vez que pase un rato con ella e, incluso, en muchas ocasiones, lo más frecuente es que pague más de lo habitual. Por todo eso, el *danna* tiene derecho a una serie de «privilegios añadidos» con ella en los que la *geisha* hará gala de todos los secretos que ha apren-



Aprendizaje

Cuando una chica está preparada para convertirse en aprendiz de *geisha* debe establecer una relación con una *geisha* más experimentada. La «hermana mayor» no tiene porqué ser mucho mayor que ella, basta con que tenga un día más de edad. Cuando dos chicas se convierten en hermanas, se lleva a cabo una ceremonia que parece la de un matrimonio. Después de la cual se llaman una a la otra hermana mayor y hermana pequeña, como en una verdadera familia.
La hermana mayor enseña a su cadete todos los trucos de seducción y erotismo que conoce. Durante el día, le presenta a todas las dueñas de las casas de té del *hanamachi* y por la noche a todos sus clientes y protectores, los *danna*. Si la hermana pequeña comete algún error, éste recaerá sobre la hermana mayor, porque su destino está en sus manos, para lo bueno y para lo malo.

dido durante su preparación. Será el momento de desplegar sus encantos más ocultos. Una *geisha* de prestigio tiene derecho a tener 3 ó 4 *dannas* a lo largo de toda su carrera.



Con protección

En Japón, durante el periodo Edo se conocían dos tipos de preservativos. El ***Ka-wagata o Kyota*** que se fabricaba en cuero delgado y el ***Kabutogata*** que estaba hecho de carey o cuernos.

CONTRACEPCIÓN Y ENFERMEDADES VENÉREAS

Las *yûjos* intentaban por todos los medios, como no podía ser de otra manera, no quedarse embarazadas. Una de las medidas contraceptivas más utilizadas consistía en introducir en la vagina unos papeles muy finos y suaves utilizados para reforzarla, fabricados en Yoshino, en la prefectura de Nara. Así explica su existencia este *haiku* satírico:

«Si la caja del pastel
está realzada
el pastel es, como poco,
de buena calidad; igual que el sexo de la yûjo.»

También utilizaban algunas de las plantas empleadas en la medicina tradicional china: el *moxa*. Se lo ponían en zonas concretas del cuerpo y lo encendían, tenía unos efectos comparables a los de la acupuntura. Además, y por sorprendente que parezca, ya

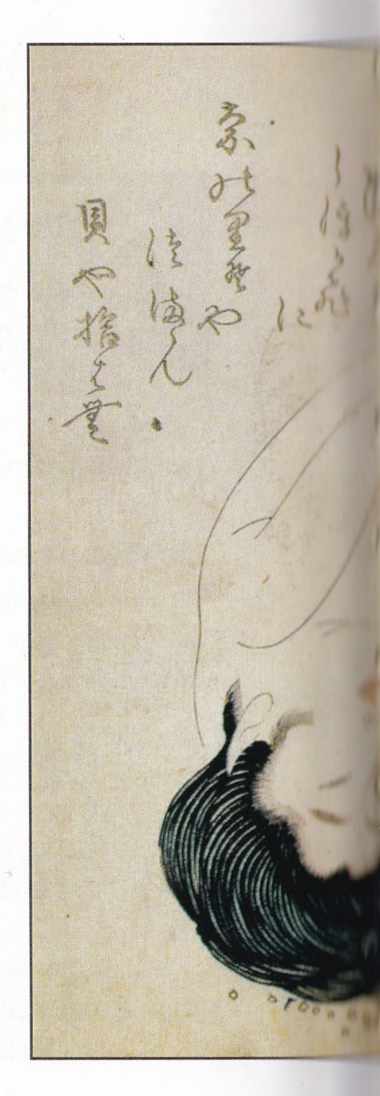
existía, entonces, un medicamento llamado píldora del primer día, que provocaba un aborto si te la tomabas poco después de haber confirmado el embarazo.

La realidad es que nada provocaba mayor enfado en el dueño de una de las casas de placer que el hecho de que una *yûjo* le confesara que estaba embarazada, y debía evitarse a toda costa. El aborto era, claro está, inevitable.

La mayoría de mujeres que abortaban eran prostitutas. Pero también lo hacían mujeres de todas las clases sociales, antes de traer al mundo, por ejemplo, a un niño fruto de un adulterio. Si una mujer se quedaba encinta de su amante, se lo confesaba a éste, y era su mujer legal la que la acompañaba a abortar.

Otro de los grandes problemas de la prostitución eran las enfermedades venéreas. Por eso, ya en 1873 el shogunato estableció una nueva ley según la cual los clientes japoneses de las casas de placer debían someterse a un control médico bimensual. Sin embargo, eso no libraba a las *yûjos* de contraer enfermedades sexuales, que recurrían entonces a una serie de remedios de la medicina tradicional:

- El bulbo de flor de lis; lo hervían y bebían su jugo.
- Tomar aguas termales sulfurosas. Para asistir a los baños no se debía precisar la enfermedad que se tenía.
- Rezar en el templo de Inari Kasamori, en Edo. Inari, dios de las cosechas, también protegía contra la sífilis y las enfermedades de transmisión sexual.




催馬楽

Si las *yûjos* de categoría alta contraían una enfermedad, ellas mismas corrían con los gastos derivados y durante el tratamiento se mantenían aisladas del resto de mujeres en una habitación oscura, recibiendo el tratamiento y la atención de sus compañeras. A las cortesanas que eran de clase baja, sin embargo, sus patrones las aislaban en situaciones insalubres y en muchas ocasiones las dejaban morirse de hambre sin volverse a preocupar de ellas.

EL ROMANCE DE GENJI

La época Heian (794-1192) se caracterizó por las grandes narraciones, entre las que destacó el *Romance de Genji* (*Genji Monogatari*). Escrito por una dama de compañía de la emperatriz, Murasaki Shikibu, está considerada como una de las obras maestras de la literatura de todos los países y todos los tiempos. En él vemos cómo, a través de las emociones humanas y las bellezas de la naturaleza, la autora nos relata la vida y aventuras amorosas del príncipe Genji, hijo del emperador y hombre de rara belleza física y extremadamente sensible y refinado, y las de sus descendientes, a lo largo de los 54 capítulos que componen el texto moderno.

Genji es la suma de los ideales de la sofisticada sociedad cortesana japonesa del periodo Heian, donde la virtud sólo se lograba si se alcanzaba el conocimiento de la íntima belleza de las cosas materiales y espirituales. Por eso, numerosas *yûjos (*no olvidemos los amplios conocimientos culturales que tenían), se ponían sobrenombres de alguna de las heroínas de la novela: Mariposa, Flor nocturna, Nube discreta… Incluso las prostitutas de mejor rango utilizaban estos nombres. Solas, vendidas por sus padres, pobres… al ponerse este apodo podían intentar disimular sus orígenes y hacerse pasar por una

princesa cultivada, o por una dama de alto rango. Sin embargo, para disimular el origen hacía falta algo más que cambiar de nombre y comprarse vestidos suntuosos y caros, también había que saber hablar como una dama distinguida. Y, para superar las costumbres dialectales que en muchos casos delataban su humilde procedencia, nada mejor que inventarse un lenguaje propio que las distinguiera del resto de las mujeres; y esa fue la función que cumplió el *sato-kotoba*: el idioma del barrio de las casas de placer. Se ignora el origen de este lenguaje, pero los clientes podían no llegar a entender ni una palabra de la conversación que mantenían las cortesanas entre ellas. El *sato-kotoba* no tardó en hacer el efecto deseado y los clientes llegaban a creerse que se encontraban frente a las heroínas de la famosa obra, puesto que hablaban con el lenguaje de las princesas.



Los clientes

Durante el periodo Edo, la literatura erótica popular produjo muchas parodias de la historia de Genji. Primero porque la época de Genji era la del «ritual de matrimonio de visitas», y segundo, porque Genji era un héroe simbólico del Tao del amor. Las normas y las costumbres del amor existían porque se consideraba el sexo un acto cultural. El refinado sistema de estadios en el arte del amor era más un conjunto de formas y actitudes que un placer.

La literatura popular ridiculizaba siempre a aquellos que no sabían seguir el código cultural. Eran escarnecidos y culpados por su ignorancia y su inocencia. Revelaban más sobre los clientes que sobre las prostitutas, y servían por tanto como guías de comportamiento en los barrios del placer. Siendo esta literatura propia de la clase mercantil, los clientes de la clase samurai eran a menudo caricaturizados como provincianos y poco refinados.

LOS CELOS TAMBIÉN EXISTEN

Es evidente que, a pesar de que la japonesa es una sociedad en que tradicionalmente el hecho de «compartir» hombre era no sólo bastante frecuente, sino que también estaba tolerado por la familia, los celos tenían que acabar saliendo por alguna parte. «Las *geishas* muestran respeto por la esposa y a la esposa le toca responder gentilmente del mismo modo que haría con cualquier persona que contribuyera a mejorar los negocios de su esposo o a su éxito social. A pesar de que entre los japoneses la frontera entre el ámbito del hogar y el público no es tan nítida como antiguamente, sigue existiendo. Las *geishas* y las esposas se ven unas a las otras desde lados opuestos de esta frontera» —explica Liza Dalby en su libro *Geisha*. Como vemos, aunque la cultura nipona, en general, acepta con toda normalidad la existencia de las *geishas*, no es menos cierto que algunas de sus mujeres no acaban de asumirlo de la misma manera que sus compañeros, que en definitiva son los que resultan beneficiados de una relación con posibilidades de ampliarse a varias.

De hecho, y si hacemos caso a los argumentos de las obras de teatro *kabuki* o *nôh*, en Japón si una mujer es celosa es algo terrible, tan terrible que se convierte inesperadamente en un demonio de la que existen mil y una representaciones.

En la película *Onmyoji*, de Yojiro Takita (2001), en la que se desarrolla un drama de la época Heian, hay un momento en el que una dama de la Corte imperial está tan celosa de otra que le crecen unos cuernos y colmillos para manifestar su estado de ánimo. De hecho, esta aparición de cuernos, que puede parecer que roza el ridículo, se enmarca dentro de una tradición japonesa que también encontramos en las obras de teatro. En el teatro *nôh* existe no una, ni dos máscaras dedicadas a este tema, sino hasta once máscaras distintas, todas ellas indicando un grado diferente de los celos en la mujer.



Fidelidad y divorcio

En la sociedad japonesa del periodo Edo existía una amplia tasa de divorcio, tanto entre los hombres como entre las mujeres, hasta que el gobierno Meiji introdujo el código civil imperial a finales del siglo XIX. En ese momento, las clases populares no valoraban su virginidad y les preocupaba poco la fidelidad de las mujeres casadas.

Igual que los *O-bake*, una serie de animales de la mitología japonesa capaces de cambiar de forma según sus necesidades, los *kitsune* (hombres zorro alados), o los *tanuki* (mapaches), las mujeres engañadas tienen poderes mágicos especiales; una mujer celosa pasa a tener una serie de poderes que, tanto viva como muerta, puede utilizar en contra de su rival. Principalmente, se trata de un poder de transformación en demonio y la capacidad de, una vez muerta, poseer el cuerpo de otra mujer para ejecutar la venganza en su nombre.



Es tal la cantidad de obras de teatro *nôh* que tienen como argumento una mujer demente u obsesionada, que forman ellas solas una categoría determinada llamada *kyoyo*. En ellas, la temática siempre gira en torno a espíritus atormentados de las mujeres celosas. En una de ellas se toma un episodio del *Genji monogatari* en el que la concubina de Genji está embarazada, pero una extraña enfermedad la mantiene en cama permanentemente. Se contratan enton-



ces, ante la falta de resultado de los médicos, los servicios de un exorcista que descubre cuál es el espíritu que se ha apoderado de la dama. Se dan cuenta entonces de que otra mujer la ha embrujado, una concubina que fue abandonada por Genji tiempo atrás. Realizan un exorcismo y el espíritu sale y explica su historia y cómo se había visto obligada a atacarla. Se convierte entonces en un *hanya*, que les ataca y es derrotado.

El teatro *nôh* incluye, no solamente el efecto de la máscara en el momento de la interpretación, con la cual identificamos al personaje y a veces sus emociones, sino tam-

bién un vestuario concreto que nos transmite su estado de ánimo y su situación personal, y nos da las claves para conocer la vida interior de quien está bajo la máscara.

Podemos identificar a este tipo de mujeres que viven bajo el estigma de una obsesión por el ser amado, que las está carcomiendo por dentro. Así vemos una especie de triángulos en el diseño de sus kimonos. Los triángulos son una clara representación simbólica de las escamas de la serpiente, que es el animal identificado con los celos y las obsesiones varias.

La fuerte influencia de este tipo de diseños en los kimonos se ve claramente representada en una de las películas más conocidas de Nagisa Oshima, *El imperio de los sentidos*, donde toda la trama se centra en la obsesión de una mujer por el falo de su amado. La protagonista, a medida que va avanzando en su paranoia hacia el amado, cambia su *nagajuban* (ropa interior) por una con un diseño de triángulos, en el más profundo estilo *nôh*. La mujer se está convirtiendo en un ser dominado por un sentimiento destructivo, hasta su pelo y su rostro están dispuestos de tal forma que se convierte en una máscara inexpresiva —y eso se ve perfectamente en el cartel de la película.



Nueva visión

En japonés, *uki* significa fluctuante o flotante, *yo* es mundo y *e* significa cuadro. *Ukiyo-e*, el mundo flotante, fue originariamente el término budista usado para describir la esencia del desapego terrenal y la caducidad de la vida. En el siglo XVII se adoptó para designar la naciente visión estética y cultural que podría compararse al *carpe diem* occidental en el que el placer en todas sus formas era considerado un fin en sí mismo.



Pero no hay un solo tipo de mujeres, sino que hay diferentes niveles de mujeres celosas. El grado inicial es el de *deigan*, una mujer que está celosa y se siente engañada pero no está segura de la verdad de sus celos. En este caso, solamente sus dientes y sus ojos se han puesto dorados, y sus cabellos están despeinados (prueba de la alteración que tienen sus sentimientos). Cuando la mujer, al final, descubre que su marido o pareja realmente está «frecuentando» a otra mujer, su ira crece y corre al templo a pedir que los dioses la conviertan en un demonio para castigar al marido infiel. Entonces, su piel bajo el maquillaje blanco se tiñe de rojo y ya no puede disimularlo más: su rabia se acaba desbordando y se convierte en una *hashihime*.

En este momento, nuestra mujer experimenta los primeros síntomas de su transformación en demonio y no puede ocultar ni dominar sus actos. Es entonces cuando se utiliza la máscara *namanari*, semi-demonio. En este caso, el demonio serpiente está en el interior de la mujer, eliminando lo poco de humana que le queda, dando paso a la máscara *shinya*, la serpiente.

Por último, la transformación completa en demonio la convierte en la terrible *hanya*, una ser destructivo y cruel, sediento de venganza, que es capaz de hacer cualquier cosa para demostrarlo.

Por curioso y sorprendente que parezca, frente a las distintas representaciones de los celos femeninos, sólo hay una máscara para representar a los hombres celosos, pero más que por ese sentimiento es por una venganza o por la ira.



El ideal de belleza japonés

«Nuestros antepasados consideraban a la mujer a la manera de los objetos de laca en polvo de oro o de nácar, como un ser inseparable de la oscuridad, y hasta donde fuese posible se esforzaban en sumergirla por completo en la sombra; de ahí las largas mangas, los largos vestidos que eclipsaban las manos y los pies, de tal manera que la única parte a la vista, es decir, la cabeza y el cuello, estaban investidas de una importancia embriagadora.»

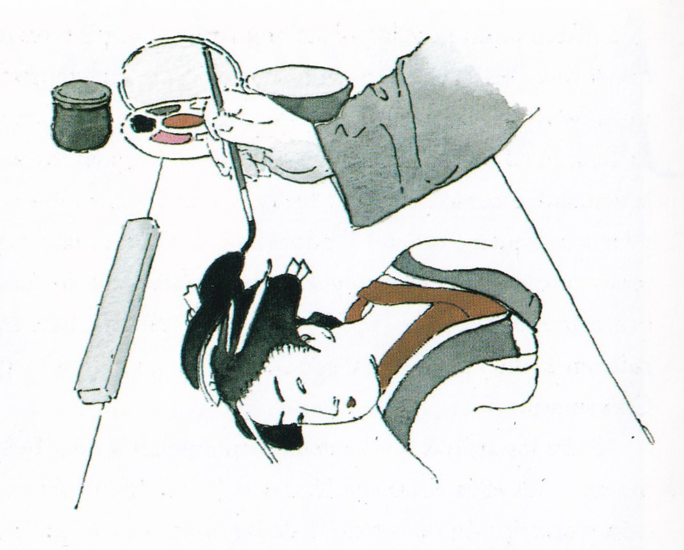
JUNICHIRO TANIZAKI, *El elogio de la sombra.*

Hemos ido viendo cómo el mundo de los placeres tuvo su máximo esplendor en la cultura popular del periodo Edo. Tan importante fue el disfrute en ese momento que cuando se crearon los barrios de placer, rápidamente se convirtieron en los centros de moda de todas las ciudades. En ellos se ofrecía no sólo sexo, amoríos de una noche, o una gran cantidad de placeres sensoriales aprovechando los amplios conocimientos de las prostitutas, sino también el arte de la elegancia, una gran cultura y mucho refinamiento.

Fue en 1661, cuando un escritor llamado Ryoi Asai acuñó una palabra para esta nueva forma de vivir: *ukiyo*, el mundo flotante. De ahí procede el término *ukiyo-e*, dado a las pinturas del mundo flotante, que son grabados en madera en los que se reflejan, principalmente, escenas cotidianas de cortesanas, prostitutas, y más tarde de las *geishas*.

El arte del *ukiyo-e* tuvo su máximo esplendor entre 1680 y mediados del siglo XIX. Su desarrollo coincide con el momento de perfeccionamiento de las técnicas de impre-

sión desarrolladas en otros países y llegadas a Japón, que producían imágenes a buen precio para los mercaderes y los gremios que florecieron bajo la dinastía Tokugawa. El arte de la *geisha* también nace en este periodo y ella será una de las más retratadas.



Ukiyo-e dio lugar a un amplio mercado de ilustraciones de moda, calendarios, libros, guías de viaje, retratos y, también pornografía y material que promocionaba el teatro *kabuki*, los burdeles, los salones de té y los restaurantes más frecuentados.

El arte japonés fue el vehículo utilizado para expresar esta nueva concepción de la vida. Las famosas cortesanas *yûjo* de los barrios del placer del antiguo Tokio fueron obje-



El grabado ukiyo-e

El *ukiyo-e* se elabora en tres etapas. En un primer lugar, el pintor crea el diseño en una hoja de papel de arroz. Después, el dibujo se calca en el anverso de un bloc de madera, normalmente de cerezo, ligeramente convexo. A continuación, la madera se graba siguiendo los trazos del dibujo y se tinta, permitiendo que se imprima en papel que será el *ukiyo-e* propiamente dicho.

to de fascinación para la población urbana. Los pintores de la época las tomaron igual que a otras bellas mujeres y establecieron las características de uno de los principales tipos de *ukiyo-e*, el conocido como *bijinga*, que significa «retrato de una mujer bella». La feminidad y el modelo de belleza que transmiten los *ukiyo-e* se han mantenido hasta la actualidad como ideales de belleza nipona y ejemplos a seguir para conseguir encandilar a cualquier hombre. Y poco después dieron lugar a otro tipo de dibujos, éstos de más alto contenido erótico y sexual, los *shunga*, en los que las imágenes que se reflejaban eran siempre de las distintas prácticas sexuales. Este arte también estuvo bien reflejado en la literatura de la época, y sus representantes principales fueron Saikaku y Chikamasu.

Entre los artistas que se dedicaban a pintar a estas bellas mujeres, destaca por encima de todos ellos Kitagawa Utamaro (1753-1806), famoso por su espléndida concepción y descripción de la belleza de las mujeres de la época en las tiendas, las casas de té y los barrios del placer de Edo.

LA BELLEZA DE LAS MUJERES DE LOS *UKIYO-E*

En algunos casos, el retrato de estas bellas mujeres empezaba siendo un solo cuadro y acababa siendo una serie en la que se podían ver descripciones de su vida diaria y su comportamiento en el contexto de la intimidad familiar o con sus amantes.

Las «mujeres bellas» retratadas en los *ukiyo-e* equivaldrían a las modelos actuales y, por eso, fueron las que marcaron las tendencias de la vanguardia y la moda de su tiempo. El atractivo de algunas *geishas* fue también la fuente de inspiración para los aspirantes a pintores de la época.



Pero el maestro por excelencia es Utamaro. Sus cuadros describen con extremada delicadeza el ideal de belleza japonés que ha sobrevivido a través de los siglos hasta la actualidad. Una de sus más famosas series de dibujos es *Diez tipos de fisonomía en las mujeres*, en la que aparecen mujeres posando que muestran la parte superior de su cuerpo enseñando majestuosamente su cuello desnudo como claro reclamo erótico. También creó una serie de cinco piezas titulada *Poemas de amor seleccionados*, y *Diez retratos de mujeres contemporáneas en la plenitud de su belleza*. Todos ellos nos dan indicaciones, más que precisas, sobre cuál era el ideal de belleza más buscado y qué perseguían los hombres.

En los retratos de mujeres bellas de Utamaro, los objetos del fondo aparecen minimizados o simplemente no existen porque no son relevantes. Sólo se trataba de reflejar en sus pinturas lo que consideraba importante en una mujer, con una suave línea uniforme y precisa y una espectacular armonía de colores, para destacar sólo aquellos rasgos considerados más sensuales.

En uno de sus grabados más conocidos, una mujer que acaba de salir de la bañera muestra uno de sus pechos, sin disimulo y como algo natural. Parece que ha echado un rápido vistazo hacia atrás y, en la expresión de su cara, Utamaro parece haber detectado un signo de libertinaje y aprovecha el momento para captarla.

Utamaro hizo muchos retratos. Otro de los más conocidos refleja a tres mujeres que se habían ganado la reputación de grandes bellezas durante la era Kansei (1789-1800). Sus nombres eran Tomimoto Toyohina, Naniwaya Okita, y Takashima Ohisa. También aparecen juntas en algunos de sus cuadros, como en el titulado *Tres bellezas de Edo*, en el que sujetan abanicos con los caracteres chinos para la nieve, la luna y las flores, respectivamente. El artista colocó a las tres mujeres en una especie de «competición de belleza». En la parte superior del grabado aparece la *geisha* Toyohina, en el centro está

Okita, la familia de la cual llevaba una tienda de té detrás del templo de Asakusa Kannon, y en la parte inferior del cuadro aparece Ohisa, hija de un tendero de té en el distrito de Hirokoji, cerca del puente Ryogoku, dos de los centros de placer con más actividad económica de la época. A primera vista, parece que las tres mujeres están dibujadas en una posición muy parecida, pero en realidad, Utamaro trata de mostrar las diferentes cualidades de cada una de ellas.

El hecho de que haya tantos tipos de pinturas de mujeres bellas refleja la gran demanda popular que existía y se entiende mejor el gran éxito alcanzado por los barrios de placer de las grandes ciudades. Muchas de las cortesanas pasaban horas observando estos cuadros para lograr captar la esencia de esa belleza y la sensibilidad de su pueblo para poder convertirse en criaturas misteriosas y deseables.



LOS *SHUNGA*

Los *shunga* se encuentran dentro del arte de los *ukiyo-e*, y literalmente podemos traducirlos por ilustraciones de primavera propias del arte erótico de Edo. En estos dibujos se desarrolló la representación más refinada y detallada del arte erótico del País del Sol Naciente, y están llenos de connotaciones sobre el placer sensual del

reencuentro amoroso, caracterizados por su diversidad de posiciones, posturas y exageración de los genitales en los varones. Los autores querían representar el disfrute del cuerpo compartido por hombre y mujer, prestando especial atención, aunque podamos pensar lo contrario, al placer de esta última.

Es uno de los géneros pictóricos más serios, ya que se trata de enseñar, tanto a través de imágenes placenteras como a través de la relación de una pareja (hombre-mujer y otras combinaciones, porque podemos encontrar imágenes de sexo en grupo, homosexualidad, onanismo...) una forma de acercarse a los dioses a través de la unión de los cuerpos.

Nunca los japoneses a lo largo de su historia han querido ver obscenidad en un acto que practican los mismos dioses el día de la creación del Universo, y en ningún momento, a pesar de la crudeza de muchas de las escenas reflejadas, se pretende que el destinatario se mueva entre la vulgaridad y lo zafio, sino al contrario, que disfrute con la bella estética del momento. Por eso, los *majura-e* —lo veremos más adelante— eran centro de atención de los jóvenes, muchachas sobre todo, aunque también chicos, que entra-



Probar primero

El «ritual del matrimonio de visitas» era una práctica muy frecuente en el Japón feudal que consistía en que cuando una hija recibía la visita de un «candidato» a marido, los padres fingían ignorancia y lo dejaban pasar una noche con ella disimulando su presencia. Sin embargo, cuando pensaba que habían encontrado la pareja adecuada para su hija lo hacían público. El matrimonio tenía lugar cuando la relación había sido aprobada públicamente, pero la relación sexual no tenía porqué esperar a sellarlo.

ban en la edad del «deseo» e, ignorantes en su mayoría de muchos de los aspectos del amor carnal, incluso con desconocimiento de las partes de su propio cuerpo, buscaban obtener información lo más exacta posible y buenos consejos sobre cómo actuar llegado el momento para poder alcanzar el placer.

Los *shunga* basaban su repertorio no sólo en los amoríos de los samurais con famosas cortesanas o jóvenes *edokkos*, también tenían una relación muy estrecha con la literatura y los sucesos de la época. «Los *shunga* —opina Richard Lane, autor de *El tema erótico en los dibujos y pintura japonesa*— son un reflejo de los gustos y costumbres de esos tiempos. Ellos tienen sus propias convenciones y exageraciones...»

Los términos «pornografía» y «obscenidad» son heredados directamente del patrimonio cultural de la tradición judeo-cristiana, donde el «placer de la carne» es considerado pecado y no un componente natural de la condición del hombre, así que en Japón no afectaron para nada.

De hecho, no deja de ser curioso, como comenta Focault, que la historia de la sexualidad deba leerse en primer término como la crónica de una represión creciente en Occidente. Mientras que en Oriente, en cambio, pasa lo contrario, y los aspectos relacionados con la sexualidad del hombre se contemplaban en su real dimensión. El sexo en el arte no era más que la representación para aprender a llevar a cabo una función natural, acaso el mayor placer del hombre, o para disfrutar con ella.

Muchas y muy variadas eran las imágenes de *shunga.* Desde el dibujo de un hombre realizando un acto sexual con una mujer o con una *onnagata*, hasta un hombre vestido de mujer, pasando por imágenes del sexo en grupo, de dos hombres o de dos mujeres. También existían muchas imágenes de mujeres usando un consolador. Como vemos, cualquiera de las disciplinas sexuales entre hombres y mujeres podía ser objeto de un *shunga*.



Arte erótico bajo la almohada

Entre los siglos XVII y XIX, los *shunga* convirtieron Japón en uno de los máximos exponentes del arte erótico. Las pinturas, de carácter explícito, ilustraban los «libros de almohada»; pequeños manuales de sexo que eran celosamente guardados en cajas laqueadas, bajo la almohada de los amantes.

¿Por qué lo que en una cultura fue considerado erótico, en otra pasa a ser considerado pornográfico u obsceno? La religión fue la encargada de establecer esta diferencia. Por tradición cultural, y pese a los esfuerzos de San Francisco Javier, Japón no es un país con una tradición moral parecida a la católica, sino que está influido por el budismo y el sintoísmo, religiones ambas que no condenan la libre práctica del sexo. Por tanto, no hay nada que recriminar, ni sitio alguno que pida cuenta por tus pecados. La sexualidad se entiende de otro modo. El tema de la sensualidad está inherente, si nos fijamos, en casi la totalidad de su arte. En el Japón tradicional tenemos las concubinas por ejemplo, en contraste con una sociedad cristiana enteramente monógama.

Tanto el *makura-e* como cualquier otra temática del *ukiyo-e* (o estampas del mundo flotante), escapaban al discurso con que son evaluados en la actualidad este tipo de imágenes. No sólo carecían de crítica alguna por parte de la sociedad, sino que además eran ampliamente utilizados por todo el mundo.

Los precedentes de la escuela *Ukiyo-e* datan de 1650, cuando empezaron a popularizarse en la pintura los temas de género erótico y sexual y aparecen los primeros libros ilustrados —libros de almohada—, especialmente asociados con las guías populares de entretenimiento o los libros eróticos. Esta expresión de una nueva cultura urbana, la de los ricos comerciantes, termina por designar cualquier pintura o grabado de temáti-



ca erótica bajo el término *shunga*. Y justo a partir de ese momento, del pincel de los más grandes maestros nipones, empezaron a surgir verdaderas obras maestras en las cuales la inspiración narrativa se disputaba con la permisividad más provocadora. Cuerpos capturados por el éxtasis, acrobacias dignas de los más audaces, bajorrelieves eróticos de la estatuaria india, coitos descritos con todo detalle... nada parecía obstaculizar la inspiración de los creadores de estas sugerentes imágenes secretas (*higa*). Supuestamente, ¿no estimulaban el deseo y educaban a los jóvenes esposos en el arte del sexo?

Publicados en forma de manuales, muchos eran verdaderas guías para cortesanas. Sus lectores variaban, desde el ciudadano que no frecuentaba los prostíbulos, hasta el monje, casto sólo en la teoría occidental, pasando por el novio que las compra para su futura esposa.

En resumen, una sociedad ávida de satisfacciones inmediatas alejada de la moral confucionista. Poco después, las imágenes sustituyen el acto sexual del disfrute y el placer por coitos violentos y dibujos más oscuros. La restauración Meiji no es el mejor momento de hacer apologías del placer. En esta época, el sexo se vuelve triste y su representación angustiada. El sexo corre paralelo a la vida.

LOS *MAKURA-E* O LIBROS DE ALMOHADA

Otras de las obras que constituyeron una buena aproximación a las prácticas sexuales de los japoneses del periodo Edo en adelante son los libros de almohada o *makura-e*. Muchos han llegado a ser utilizados como una obra de anatomía, dado el detalle empleado en sus dibujos. Estos manuales se inspiran en los antiguos tratados medicinales chinos que habían servido como ayuda antes de «irse a la cama» a muchas parejas. Los japoneses se inspiraron en ellos y los vulgarizaron haciéndolos accesibles a más personas. Así, los manuales japoneses no se contentan con explicar y exhibir distintas posiciones, procuran, además, mostrar minuciosas representaciones del cuerpo humano y particularmente de los órganos sexuales, con textos y narraciones que enlazan los dibujos:

> «Aunque la mujer debe observar las reglas del bienestar: belleza, dulzura y armonía, la que debe respetar más es el amor. Así, desde su más tierna edad, ella debe frecuentar amigos cariñosos y nunca entrar en insolencias personales.»
>
> *Manual de almohada para poseer a las mujeres*





La más fina técnica amatoria

La escuela de arte erótico japonés que narró, desde el siglo XVII hasta el XIX, la más fina técnica amatoria para hombres y mujeres eran los libros de almohada —*makura-e*—, ilustrados con impresiones de los *shunga*. Estos pequeños manuales, se guardaban dentro de las tradicionales cajas laqueadas, bajo la almohadilla de las mujeres. Los amantes solían intercambiarlos, y también eran considerados excelentes regalos de bodas.

En estos libros podemos encontrar imágenes en las que se indican las diversas posiciones sexuales de hombres y mujeres y, de este modo, cuando una pareja los consulta puede escoger cuál de ellas quiere poner en práctica en cada momento o leer sus explicaciones y divertirse con sus narraciones cortas.

Además, sus textos suponen un buen número de enseñanzas: una lista de las maneras de calcular la resistencia del sexo femenino basándose en su aspecto; una descripción detallada del órgano masculino y femenino, fijándose en sus detalles más nimios; explicaciones sobre cómo facilitar la erección y cómo lograr que ésta se prolongue más tiempo; con qué juguetes sexuales podemos alcanzar mayor placer; dibujos de las distintas formas de *harigatas* (vibradores); accesorios útiles para mantener el vigor y aumentar el placer, etc.

Junto a estos dibujos, normalmente encontramos breves notas explicativas, lo que nos induce a pensar que la naturaleza de estas obras, su origen, no era del todo decorativo, sino también práctico. Son obras muy evocadoras que a cualquiera pueden recordar de inmediato al famoso *Kama Sutra*, pero mucho más perfeccionado.

Los *makura-e* son un fenómeno popular que se origina y responde a la cultura urbana que se desarrolla en el Japón a partir del siglo XVII. Se trata de producciones gráficas donde se representan tanto genitales como actos sexualmente explícitos, con una deliberada intención por parte de los productores de provocar o bien un aprendizaje o una estimulación sexual de los lectores.

El *shunga*, y por ende el *makura-e*, era una producción centrada basicamente en lo comercial, dedicada y dispuesta sobre todo a satisfacer la increíble demanda de materiales impresos de aquella época, tanto literarios como visuales, por una amplia masa popular que consumía profusamente obras de carácter erótico o sexual de una manera muy similar a como hoy en día se consumen las películas y libros eróticos o las revistas de chismes.

Estas obras ofrecían al público todo aquello que iba buscando por los barrios de placer y que no siempre podía tener a su alcance, facilitándole de esta manera la estimulación sexual que podía realizarse en dos campos básicos que dependían de las necesidades y deseos del consumidor: o bien en el plano de la fantasía, o en el del acto físico propiamente dicho (fuera éste en forma de autoerotismo o bien en combinación con una pareja o grupo). El aumento de este tipo de publicaciones coincide con el auge de la prostitución.

En el caso de Japón, este auge está determinado también por el surgimiento de los barrios de placer, donde el «comercio de cuerpos» fue autorizado y regulado por el gobierno del shogun, y cuya primera área se inaugura en 1585 en el barrio Shinchi de Osaka (véase el capítulo *Prostitutas y geishas*).

La trasgresión será uno de los pilares básicos de esta producción, que deberá ser contextualizada para elevar su efectividad. La mayoría de estos grabados descubre las relaciones entre hombres y prostitutas, cuando, al contrario, un porcentaje considerable de



los personajes femeninos que aparecen son mujeres junto a sus maridos, o, en algunos casos engañándolos.

Otros muchos eran utilizados por jóvenes amantes que no tenían experiencias sexuales y que recurrían a ellos a través de sus madres. Mujeres sobre todo que necesitaban conseguir información lo más precisa posible y que estos libros le facilitaban.

En otros casos, la víspera de la noche de bodas, el padre llamaba a su hijo y, en otra habitación, la madre a la hija. Al día siguiente, empezaba la vida conyugal y se buscaba que el debut fuera lo más sorprendente y exitoso posible. ¿Cómo lograrlo? De uno de los cajones extraían un libro de almohada donde aprender y distinguir cómo y con qué disfrutar. Luego, una vez juntos los dos jóvenes recién casados, podían decidir por cuál de las imágenes empezar. Cada uno de los dibujos era una pequeña obra de arte acompañada de una serie de textos en los que encontraban todos los trucos que ambos debían conocer para ofrecer el mayor placer a su partenaire, y naturalmente para obtenerlo. El libro venía acompañado de una serie de instrucciones en las que se incluía todo lo relacionado con la vida sexual, incluso los afrodisiacos que se podían ingerir en caso de perder el deseo sexual.



Los consejos de Sei Shônagon

En el siglo X, una dama de la corte de la emperatriz Sadako, Sei Shônagon, escribió *El libro de la almohada,* una serie de textos cortos que relatan escenas de la vida cotidiana en la corte, desde su particular punto de vista. El libro es un delicado compendio con sus consejos, historias de amor, juegos, intrigas, decepciones... en un tono cómplice, directo y todavía actual diez siglos después.



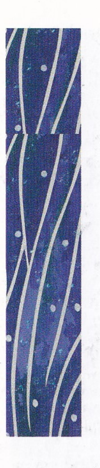
Los secretos de belleza de las geishas

EL MUNDO DE LAS FLORES Y LOS SAUCES

> «El mundo de la flor y el sauce es una sociedad diferente, con sus propias normas y leyes, con sus propios ritos y ceremonias. Permite las relaciones sexuales fuera del matrimonio, pero sólo si éstas se adecúan a ciertas reglas.»
>
> IWASAKI, MINEKO, *Vida de una geisha.*

La palabra japonesa *geisha* provoca en Occidente múltiples imágenes que nos evocan sensaciones que pasan de la voluptuosidad hasta la fantasía erótica más refinada. La sensualidad de los kimonos, pasando por sus cuerpos velados y sus hombros nacarados, apenas visibles, esas nucas delicadas y lascivas que se dejan adivinar bajo las gasas o tras la pantalla de un biombo de seda, esas mujeres de rostro redondo y pálido que destacan una boca tan minúscula como atractiva...

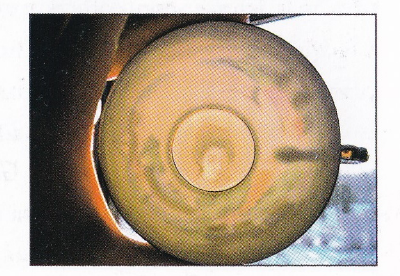
Pero nada de eso es casual. Los secretos de belleza de estas mujeres del País del Sol Naciente siguen con absoluta minuciosidad los consejos de una guía conocida como *kokono tokoro*, que se puede traducir como los nueve puntos de la belleza femenina en la que se explica cómo «utilizar» con éxito y sensualidad los ojos, la boca, las manos, la cabeza, los pies, el espíritu, la postura, el aire y la voz, para conseguir estimular el deseo de sus amantes.



Encanto personal

A principios de los años 20, el Japan Travel Bureau organizó su primera campaña publicitaria a escala mundial. Bajo el cartel publicitario se veía una pagoda del templo Toji (al Sureste de Tokio), un cerezo y una joven y bonita aprendiza de *geisha.* Ella sonreía tímida y graciosa con sus delicados trazos. Este cartel se reprodujo en todas las ciudades importantes de la época bajo el eslogan «Ven a visitar el País del Sol Naciente», en inglés, alemán, francés y ruso. Esta *maiko* de 16 años fue solicitada por todos los hombres de estado que visitaron Japón en ese momento y le sirvió sake a Charles Chaplin y Ernest Hemingway.

Las *geishas*, ni prostitutas ni cortesanas, reciben una educación exquisita y refinada desde niñas. Entre sus conocimientos se encuentra un detallado aprendizaje de las técnicas sexuales, por eso estas mujeres se encuentran siempre acompañadas de una simbología erótica y sensual. De hecho, para los japoneses la palabra «*geisha*» sigue resumiendo en la actualidad la quintaesencia del más puro refinamiento y sofisticación nipona, para quienes una mujer que controla los nueve puntos anteriores roza el ideal de lo bello, tiene *iki*. Una concepción muy alejada de la occidental, que las considera criaturas destinadas tan sólo a satisfacer los placeres carnales de los hombres.



Lo que las hace tan selectas en el arte de la seducción es que, en la sociedad nipona, el sexo es una parte muy importante de sus vidas y ésta debe ser muy sofisticada para estimular la líbido masculina.

EL ARTE DE LLEVAR EL KIMONO

El kimono (literalmente «cosa para vestir») es una túnica larga que constituye el imprescindible vestuario tradicional japonés y que sirve tanto para hombres como para mujeres. En las mujeres, es más estilizado dependiendo de la edad, posición social, diseño, estado civil y la estación del año. También hay diferencias entre casadas y solteras, ya que entre las primeras tienen tonos más conservadores, cortes más tradicionales y un empleo más sencillo del *obi*; en tanto que las últimas las llevan muy coloridos, de manga larga y flotante hasta los tobillos, como en el caso del *furisode*.

El kimono de una *geisha* es una parte muy importante de su arte. Su presentación, la forma de llevarlo y ponérselo, es, tanto o más importante que sus conocimientos culturales, musicales o de danza. De hecho, es el único gasto importante que deben hacer cada cierto tiempo, ya que a lo largo de un banquete fácilmente se cambiarán tres o cuatro veces de ropa y serán valoradas por ello. Lo que les obliga a tener, al menos, una docena de kimonos para las distintas ocasiones.

Los diseños de las telas están relacionados con las estaciones del año, así como los colores. El verano exige telas más ligeras, con colores y motivos apropiados a la estación. Mientras que el otoño requiere de los ocres y es cuando se renueva el diseño de las telas.

«Cuando los colores de una tela no concuerdan con las estaciones —leemos en *Genki Monogatari*— se tiñen las flores de la primavera y del otoño y todo esfuerzo es inútil, como el rocío.»

Los kimonos

Los kimonos femeninos más importantes son:

- *Furisode*: para las solteras, con llamativos colores y mangas largas.
- *Entero*: se usa para ocasiones formales y fiestas.
- *Ho-mongi*: posee un escudo en la espalda, rico en bordados, tejidos y tintes que bajan desde el cuello y pasan por los brazos. Se usa para ocasiones formales e informales.
- *Iromugi*: con varios escudos, común para las jóvenes y de uso informal.
- *Mochigi*: de manga corta, diseños y colores sobrios y sencillos.
- *Mofuku*: de color negro, se usa sólo para funerales, con un fondo blanco interior. Varía con las estaciones, tanto para solteras como para casadas.
- *Tomesode*: de color negro, posee hasta cinco escudos de familia Kamon; se usa para casadas en ocasiones formales y matrimonios con parientes cercanos.
- *Tsukesage*: sin escudos y de uso informal; los bordados, tintes y tejidos bajan desde los hombros, a ambos lados y por detrás.

Para hacer un kimono de mangas largas se necesitan 24 metros de tela; a pesar de ello, es más cómodo sentarse sobre las rodillas vistiendo kimono. Gracias a las muchas capas que tiene el *obi* y a la preparación que se hace al sentarse sobre las rodillas al estilo tradicional japonés, es mucho más cómodo que sentarse en una silla. El *obi* es un estorbo en una silla porque impide que la persona que lo lleva pueda echarse hacia atrás.



El *obi* es un cinturón, largo y ancho, que resulta indispensable para sujetarse el kimono. Con unas dimensiones y lazadas variadas, el *obi* refleja la posición social del que lo lleva, así como las tendencias de moda. Por ejemplo, el *obi* se ata detrás si eres una *geisha*, y delante para una *maiko* o una *yûjo*. El *obi*, al igual que el kimono, puede ser de dos tipos, de tela blanca posteriormente teñida, o de tela confeccionada con hilos de color. Y de nuevo, al igual que el kimono, un *obi* puede llevar forro o no.



Si el *obi* está atado muy alto, evitando cualquier muestra de pecho, eso quiere decir que la portadora todavía es virgen, mientras que si está algo más bajo, confirma que ya ha tenido relaciones sexuales con algún hombre.

Para ayudar a la *geisha* a vestirse, todas las mañanas acude a la *okiya* un vestidor. La *geisha* no lleva ropa interior cuando viste kimono; en su lugar se lleva alrededor de la cintura una pieza de tela larga y fina llamada *koshimaki*. Y no la lleva, no sólo por la incomodidad que supone, sino para que, en el caso de desnudarse, no le queden marcas en la piel provocadas por lo ajustado de las otras capas del kimono.



Doce capas de ropa

En el periodo Heian, las mujeres llegaban a ponerse hasta doce capas de ropa superpuesta, sin forro. Todas las capas superpuestas debían ser visibles, tanto en el cuello como en las mangas.

La occidentalización de Japón trajo grandes cambios al mundo en el que el kimono, que estaba diseñado para una mujer típicamente japonesa, con cintura ancha, caderas estrechas y poco pecho, acentuaba las partes del cuerpo femenino que el estándar japonés consideraba las más sensuales: el cuello, los tobillos y las caderas.

LOS NUEVE PUNTOS DE BELLEZA DE LAS *GEISHAS*

Las *geishas* eran instruidas en las más sofisticadas técnicas para excitar a un hombre. Conocían los secretos más antiguos de las destrezas amatorias, que eran comunicados de madres a hijas, para así conquistar y retener a un hombre a su lado.

Uno de los aprendizajes más importantes consistía en conocer los nueve puntos de belleza de las mujeres y aplicarlos, perfeccionando de esta manera el *iki* del que eran poseedoras. Cinco de los puntos correspondían a la belleza física exterior y cuatro a la belleza espiritual (etérea). Era una rutina que empezaba tratando de que la mujer se sintiera más satisfecha y atractiva exteriormente, y luego en su interior para que, de este modo, su belleza exterior y su confianza en sí misma brillaran como nunca entre el resto de las mujeres.

• **Ojos**



El maquillaje de una *geisha* tiene que ser muy expresivo y debe conseguir que sus ojos atraigan la atención no sólo por su belleza sino porque desprendan inteligencia, misterio y atracción. No debe usarse ningún tipo de maquillaje en las pestañas. En su lugar, debe tratarse de crear profundidad con el perfilador, aumentando el áurea de misterio a través de los ojos.

Como las caras de las japonesas son ovaladas, las *geishas* tratan de conseguir un efecto de alargamiento natural depilándose las cejas totalmente y pintándoselas luego un poco más arriba de lo que realidad las tenían. Las cejas perfectas durante el periodo Edo eran llamadas *katsura no mayu*, que podría interpretarse como la forma delicada de la luna llena. Una alternativa a la depilación total de las cejas consiste en depilarlas parcialmente, dándoles forma de arco y consiguiendo de este modo una mirada más atractiva y sensual.

Las jóvenes aprendices de *geisha*, las *maiko*, empiezan por pintarse el área alrededor de los ojos con un perfilador rojo y negro. A medida que progresan en su camino para convertirse en *geishas*, emplean más el negro, tanto para añadir profundidad a sus ojos, como para mostrar con su espíritu su evolución dentro de su estatus profesional.

Como vemos, la mirada es tanto o más importante que el maquillaje mismo, porque los ojos son los que en realidad transmiten lo que ella es. Cuando una *geisha* entra en una habitación, lo primero que debe hacer es bajar su mirada mostrando el maquillaje de sus ojos y demostrando así su docilidad. En Japón está considerado descortés

mirar directamente a los ojos de tu interlocutor; una mirada directa puede incomodar al otro e, incluso, interpretarse como un desafío. En el caso de las mujeres, además, bajar la mirada es un acto de sumisión y coquetería. Así que, para conquistar a la manera tradicional de las *geishas*, se deben entornar los ojos y bajar lentamente la mirada.

• Boca

Las *geishas* pintan sus labios de un intenso rojo para dar a su boca la apariencia de un pétalo de flor que las haga atractivas. Antiguamente, para conseguir mayor seducción utilizaban azúcar cristalizado en su pintalabios y así mostraban un aspecto más suculento *(ochobo guchi)*. Hoy en día, existen unas barras de labios que causan un efecto muy parecido. Se debe pintar la boca de rojo intenso un poco más pequeña de lo que en realidad es y perfilar los labios. Una opción es pintarse únicamente el labio inferior, tal y como hacen las *maiko* (aprendiz de *geisha*). Así parecen más apetecibles.



Dientes negros

El hecho de que, antiguamente, las geishas se pintaran los dientes de negro, se remonta al periodo Heian (794-1185). En esta época, para una mujer tener los dientes negros era símbolo de haber llegado a la edad adulta (y en algunas regiones, estar en «edad casadera»). Esta práctica se prohibió bajo la Restauración de Meiji (1867) y actualmente sólo se mantiene en algunos *hanamachi* de Kioto y en los círculos de las *tayû*, las antiguas cortesanas, que todavía existen en Kioto. Por eso, la geisha no podía comer platos calientes o extremadamente grasientos, pues eso podía provocar que la pintura desapareciera y perder así todo su encanto.

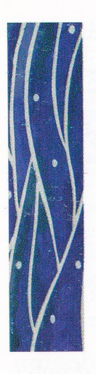
- **Piel**

Las mujeres consideradas como las más bellas de la historia de Japón debían tener la piel lo más blanca posible. Para conseguirlo, debían lavar su cara con una mezcla de polvo de salvado de arroz o de judías rojas y frutos secos, que guardaban en una bolsa de seda. También utilizaban una crema amarilla pálida, hecha a partir de excrementos de ruiseñor, ya que daba a la piel un color pálido parecido al de las perlas. Hoy en día sigue comercializándose este producto, a un precio muy elevado.



Cuando la aprendiza de *geisha* asciende de rango y se convierte en *maiko*, empieza a llevar el maquillaje característico –*shironuri*-. Es entonces cuando estrena el *ohikizuri*, un kimono de anchas mangas, sujeto con el *obi* que la sitúa en un nuevo estatus.

Si queremos lavarnos la piel como lo haría una auténtica *geisha* debemos llenar una pequeña bolsa de seda con polvo de arroz. Se deja entonces en agua caliente durante unos minutos y luego se escurre. Cuando se filtre el líquido lechoso, la bolsa ya estará preparada para usarla. Ya sólo te quedará lavar la cara con ella, realizando un pequeño masaje.



La cara blanca

La moda de la cara blanca llegó a Japón procedente de China y se la transmitieron a las mujeres de la corte imperial. Los chinos utilizaban el plomo blanco junto a polvos rojos, para destacar mejor los rasgos de las mujeres. En el siglo XVIII, todas las clases de la sociedad, y particularmente los actores, utilizaban los pigmentos como pinturas faciales. Pasados los años, se ha averiguado la toxicidad del plomo y se ha reemplazado su uso por otros cosméticos.

• Cabeza

La *geisha* va a la peluquería una vez por semana. El peluquero engrasa el cabello con aceite de camelia para darle brillo y a continuación hace un moño con forma de alfiletero. Luego, lo divide en dos partes iguales, como si fuera un melocotón. Para hacer el moño, ata el pelo alrededor de un trozo de tela. Ésta puede ser de cualquier color, aunque las *maikos* deben llevarlo de color rojo cuando están en el *mizuage*.

El peinado de una *maiko*, llamado *wareshinobu*, se caracteriza por un recogido en lo alto de la cabeza decorado con lazos, ornamentos y flores. Cuando una aprendiz de *geisha* está preparada para llevar a cabo su *mizuage* (pequeña ceremonia en que se cambia de peinado y vestimenta al pasar de *maiko* a *geisha*) debe ofrecer los *ekubo* (pasteles de arroz con una cruz encima y un pequeño círculo rojo en el centro, en clara metáfora sobre el momento de perder la virginidad). Pero, no hace falta esperar a los pasteles, se puede saber si una *geisha* es virgen o no, por su peinado y los adornos que lleva sujetos en el pelo. Parece mentira hasta qué punto este tipo de peinado es provocativo. Y si no, imaginaros a una *geisha* andando por la calle y lo que se ve desde detrás. Un melocotón con un pañuelo rojo asomando. ¿A qué os recuerda? ¡Utilizad la imaginación!

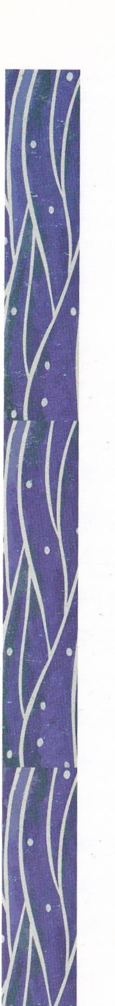
Un estilo menos decorado y con el recogido del pelo más bajo, llamado *ofuku*, significa que la *maiko* ha tenido ya su primera experiencia sexual. En este peinado se deja fuera del recogido un pequeño mechón de pelo que se estira fuertemente hacia atrás. Con el paso de los años, este mechón se cae y nunca más vuelve a crecer pelo en esa zona, dejando una pequeña calvicie en la coronilla que es exhibida con orgullo por las *geishas* adultas, como la medalla de honor de cuando eran *maiko*.

Ya desde el periodo Edo, las *geishas* siguen una serie de técnicas específicas para cuidarse el pelo. Así, para mantener un cabello sano y fuerte es muy importante utilizar regularmente una mascarilla capilar adecuada al tipo de cabello, así como evitar al máximo las posibles agresiones externas como el frío, el viento, la contaminación, o los cambios bruscos de temperatura. También suelen hacerse masajes tanto en el cuero cabelludo como en otras partes del cuerpo, como las plantas de los pies o las palmas de las manos, ya que una mala circulación sanguínea también afecta a la salud de su cabello.

Si en Occidente existe una fijación por las piernas de la mujer, los japoneses, en cambio, se fijan en el cuello y la nuca, motivo por el cual las *geishas* se ponen kimonos escotados por la espalda que dejan al descubierto esa parte del cuerpo. Además, el cabello recogido deja al descubierto una de las partes consideradas más eróticas por los japoneses: la nuca. Las *geishas* no olvidan nunca cuidarla y, como queda visible, la maquillan para atraer las miradas de los hombres, demostrando así la importancia que tiene su decoración. En muchos maquillajes se ven, incluso, sus primeras vértebras. Uno de los motivos más utilizados para destacarla es el llamado *sansbon-ashi* —tres piernas.

• Manos

Las manos también son una parte importante del repertorio de seducción de todas las mujeres, porque siempre están presentes en todo lo que hacemos. Las *geishas* usan sus



Almohadas y cabellos mojados

Hubo un momento en la historia de Japón en que se utilizó un tipo de almohada que tenía poco de blanda y mucho de material constructivo tipo ladrillo. Se trataba de un bloque de madera forrado en la parte central con tela, que se colocaba más o menos en la nuca y que en muchos casos contaba también con un pequeño cajoncito incorporado que servía muchas veces de cofre donde se guardaban los secretos más preciados.

La razón de tener que usar este tipo de invento no tiene nada que ver con el desconocimiento en el arte de fabricar almohadones (los conocían perfectamente), sino porque el peinado japonés, masculino o femenino, precisaba de tal elaboración y cuidados que era preferible mantener la cabeza lo más inmóvil posible durante la noche.

En la época feudal, lo habitual era que una vez al mes la gente acudiera a un peluquero o que éste acudiera a su casa (la gente rica tenía un peluquero particular permanente). Les lavaban la cabeza, les aplicaban unos aceites especiales que hacían las funciones de laca y los peinaban a la moda.

En el caso de los hombres, también tenían que someterse a este tipo de cuidados, y en las épocas en que se rapaban la parte superior de la cabeza aún con más razón. Todavía hoy se considera de mala educación sumergir la cabeza en el *o-furo* o el *onsen*, la bañera tradicional japonesa. Esta costumbre procede precisamente de esta época.

En Japón es costumbre lavarse la cabeza y el cuerpo siempre de forma independiente y la bañera es para relajar el cuerpo. En determinadas ocasiones, los hombres se mojan la cabeza escurriendo una toalla, pero las mujeres siempre suelen recogérselo, ya que es importante que su pelo no toque el agua.

manos para preparar el té, sujetar un abanico de la manera correcta, tocar el *shamisen* o preparar un arreglo floral. La forma en la que tocan las cosas muestra respeto y transmite un sentimiento de importancia a cada acción.

En Japón, las manos de la mujer reflejan la elegancia del movimiento de todo el cuerpo. Y hasta tal punto son importantes que muchas mujeres usan guantes durante todo el año para proteger sus manos del frío y el sol, y así mantenerlas mucho más jóvenes y tersas.

Las manos deben estar limpias, hidratadas y pálidas. Al contrario que en Occidente, el bronceado no se considera atractivo, por lo que muchas japonesas protegen todo su cuerpo del sol con cremas y sombrillas. Antiguamente, las largas mangas de los kimonos cumplían esta función protectora.

Además de las lociones de manos, que utilizaban tanto en invierno como en verano, y de las sesiones de manicura a las que ya entonces dedicaban horas, se pueden hacer masajes para mejorar su aspecto y elasticidad. También pueden hacer que sus manos transmitan elegancia con la práctica del *ikebana* (arreglo floral japonés), la ceremonia del té, tocando el *shamisen* o tomando clases de danza. Estas prácticas les ayudaban a aprender cómo utilizar las manos con sutileza y distinción.

• Pies

En la cultura nipona, también los pies son un elemento fundamental de la belleza femenina. Baste un texto del escritor clásico Saikaku, datado en el siglo XVII, como muestra de su importancia: «Aunque hubiera nacido en vecindad, su mujer tenía, sin embargo, una belleza por encima de lo común. Blanco era su cuello desde la raíz de las orejas y se advertía que sus pies no habían hollado la tierra de los campos». Como vemos, el aspecto de los pies es muy importante. Así, no podía serlo menos para las *geishas*, que

debían aprender a moverlos correctamente tanto a la hora de levantarse, como para andar o sentarse.

Más que andar, una *geisha* tiene que parecer que está flotando mientras camina. Al moverse balancea las caderas y mueve sus pies, casi sin levantarlos del suelo, como si estuviera golpeando de forma elegante algo con la punta de los dedos. La *geisha* se calza con los zori, sandalias de paja poco elegantes, aunque las de las *geishas* están lacadas o tienen algún adorno en la tela, o los *okobo*, zapatos de madera puntiagudos, bastante altos.

Históricamente, sólo las cortesanas *tay*û se permitían el lujo de mostrar sus pies al descubierto, algo que probablemente resultaba muy excitante, ya que estas mujeres llevaban muchas capas de kimonos y era la única parte del cuerpo, junto con el cuello, que quedaba a la vista. La *geisha* lleva también unos calcetines llamados *tabi*, calcetines blancos que llegan hasta el tobillo y que tienen una división para el dedo gordo. Se visten antes de ponerse el kimono, en el momento de colocarse la ropa interior, y llevan unos cuatro o cinco cierres en la parte trasera llamados *kohaze* que recogen por completo el tobillo.

Cuando se hace el amor, los pies también forman parte del acto sexual, por eso deben cuidarse para que sean tan bellos como el resto del cuerpo. Una forma de conseguirlo es adoptando la costumbre japonesa de descalzarse cuando entran en casa, ya que, además de ser una práctica de higiene para el hogar, ayuda a que los pies se relajen. Los baños de agua caliente, los masajes con cremas y aceites aromáticos, la pedicura y un calzado adecuado a los pies, también ayudan a tener unos pies cuidados y bonitos, así como los masajes aprendidos de la medicina tradicional china.

Tan importante como los pies es la forma de andar. Una de las más características durante el periodo Edo fue la manera del 8; o sea, moviendo las caderas de manera

voluptuosa hasta lograr mostrar la forma de ese número y andando como si le diera patadas a algo con la punta de los pies.

Otra de las formas de andar seduciendo era *tobiashi*, el andar resbaladizo. La *geisha* entraba sin hacer ruido en la sala con *nukiashi*, una manera de andar vistosa.

Su manera de andar era tan peculiar que los artistas de la época se referían a ella con admiración cuando hablaban de estas mujeres. Y utilizaban un estilo caligráfico que daba una sensación de movilidad a los dibujos para imitar este movimiento.

El movimiento tenía más importancia incluso que la belleza misma. La manera de andar, de sentarse y de estar de pie determinaba el tipo de mujer que tenían delante. La forma de mover los pies, son cosas que hacen que aumente la belleza de las *geishas*.

• **Postura**

Una imagen seductora empieza por una postura adecuada y una ropa apropiada. Las *geishas* son extremadamente cuidadosas con la postura que adoptan. El kimono, con su ceñido *obi* (cinturón) alrededor de la cintura, asegura que se mantenga la espalda erguida, el pecho firme, el estómago hacia dentro y las caderas rectas. Este gran lazo que se ajusta fuertemente a la talla de la *geisha* tiene tantas significaciones como formas de atarse. Para una prostituta obligada a desvestirse varias veces por día para realizar su trabajo, un simple lazo anudado por delante del vestido es suficiente. Para la cortesana de alto rango o la *geisha* se requiere un *obi* de varios metros de largo anudado por detrás y por las manos expertas de un ayudante.

El arte de vestir un kimono es una técnica ancestral que se aprende en escuelas especializadas, así que no son tantas las japonesas que saben ponérselo. Para tratar de imaginar cómo se siente una japonesa con kimono imagina que sobre la ropa interior llevas una bata a modo de viso. Sobre ésta, has de colocarte tantas toallas como sean necesa-

rias para disimular tu cintura y pecho, ya que el kimono ha de caer recto desde la espalda hasta los pies. Dos kimonos, uno blanco interior y otro exterior, completan el atuendo típico de las *geishas*.

La ropa occidental permite más libertad de movimiento, pero el kimono facilita el conocimiento del propio cuerpo, lo que es muy importante para mantener una postura correcta y atractiva. Además, actividades como el baile o la gimnasia, entre otras, le permiten a la *geisha* conocer su cuerpo con minuciosidad y aprender a armonizar todos sus movimientos.

Las mujeres japonesas siguen una serie de técnicas para lograr mantener una sensualidad con cada uno de sus gestos que luego en el momento de realizar el acto sexual se vea reflejada en su desnudez. Así por ejemplo, nunca cruzan sus piernas durante mucho tiempo porque es perjudicial para la circulación sanguínea y provoca varices, se sientan siempre con el estómago hacia dentro, colocan las rodillas paralelas y los pies muy juntos, no se dejan caer en la silla al sentarse, sino que lo hacen pausadamente…

• Seducción

El kimono, que refleja rango y belleza, es el instrumento indispensable para la seducción en el mundo de las flores y los sauces. Las muchachas jóvenes deben vestir con los colores más vivos, las telas de los estampados más recargados, los *obis* más largos. En el momento de entrar en una habitación, por pesado que pueda resultar este atuendo, la *geisha* nunca se muestra cansada. La postura es sinónimo de pausa y relajación. Respiran con el diafragma para ayudar en la relajación, inspiran profundamente por la nariz contando hasta cinco y expiran el aire lentamente por la boca contando hasta cinco otra vez. También deben asegurarse de que sus hombros no se muevan, ya que si lo hacen es una muestra de que no saben respirar correctamente.


百人女

Cada palabra y cada acción puede definir su personalidad y feminidad, por eso las *geishas* acentúan sus gestos con un abanico o una sombrilla. Usados con gracia, unas gafas o un abanico pueden dar a sus movimientos un aire muy seductor.

En el mundo de las *geishas*, la edad adulta se iniciaba tradicionalmente cuando una mujer se convertía en sexualmente activa. Ese hecho era un acontecimiento que se celebraba aproximadamente entre los 17 y los 19 años de la *geisha*, edad en que otras mujeres se casaban. Era en este momento cuando las mangas de los kimonos recibían especial atención, debido a su relación con el estatus social de una mujer. La carga simbólica de las mangas era muy evocadora y seductora. Las mangas largas y anchas connotan inocencia y pureza y son apropiadas para las niñas y las sirvientas. No ocurre lo mismo con una mujer que ya no es virgen.

El kimono de la *tayû* era muy largo y para evitar que se arrastrara por el suelo, ella recogía la tela con una mano justo a la altura de su magnífico y ancho *obi* de seda, permitiendo a los hombres entrever su ropa interior roja y ver sus pies, en muchos casos desnudos. Posteriormente, en la intimidad de sus apartamentos y una vez ya bajo la mirada de su cliente, ella se soltaba lentamente su melena, dejando que cayera sobre sus hombros y tapara su cuello. A continuación, se desataba su *obi* y abría el kimono para mostrarle los bellos adornos de seda que ocultaba en su interior. Este simple acto creaba una gran excitación, «cuando ella abrió su kimono —leemos en un texto de la época Edo—, su postura la reveló como una mujer de sangre y fuego, lista para satisfacer sus impulsos más sensuales y eróticos. Ella le intrigaba con una belleza inesperada y derramó sobre él su irresistible sensualidad. Estaba completamente desnuda». Es evidente que la figura de la *tayû* era una mezcla de hechicería y atracción y simbolizaba los placeres más carnales de la vida por los que los hombres se dejaban atrapar.

• Voz

Las *geishas* incluyen la voz en su lista de artes esenciales para la seducción. No sólo seducen las palabras, sino la manera de decirlas. La voz de cada *geisha* tiene una sensualidad especial que le ha costado largos años de práctica conseguir y un tono con el que transmiten la misma sensualidad que con sus ropas y actitudes.

Algunas personas creían que una voz ronca y profunda era seductora, pero hablar de esta forma podía resultar demasiado esfuerzo para las cuerdas vocales. Lo ideal acabó siendo que las *geishas* al hablar consiguieran emitir un sonido seductor, pero a la vez muy natural. Una forma divertida de modular la voz que luego acompañaría las reuniones de *geishas* con la música, adoptando los tonos y sonidos más sensuales.

EL RITUAL DEL BAÑO

Casi todas las instituciones tradicionales japonesas proceden de la cultura china; sin embargo, el concepto de belleza es original de Japón, donde el baño ha significado siempre la limpieza espiritual y física. Actualmente en Japón, el baño es un ritual muy importante, según la creencia *shinto* de que la dejadez personal es una ofensa para los dioses.

También la preparación de la *geisha* empieza, no podía ser de otra manera, por el ritual del baño. A media mañana, porque suelen acostarse a altas horas de la madrugada, toman un baño muy caliente, a la japonesa (unos 45 °C) donde si hay más de una persona, pasarán uno detrás del otro a tomarlo. El agua continúa limpia, porque uno se lava fuera y pasa posteriormente a sumergirse en la bañera de agua caliente una vez limpio y sin jabón en el cuerpo. Antes de meterse en la bañera, las mujeres lavan su cuer-

po y su cabello utilizando champús ricos en nutrientes, como salvado de arroz o aceite de oliva para eliminar la suciedad y el exceso de grasa.

A esta afición por el baño se une el hecho de que los japoneses no han tenido nunca problemas de moralidad hacia los desnudos, ya sean colectivos o en baños mixtos. Esta era —y es— la finalidad, por ejemplo, del *Hadaka matsuri*, festivales desnudos, que todavía se practican en la actualidad, y que consisten en limpiarse de impurezas en el río, lago o mar. Durante la celebración de estos festivales, se adora una buena muestra de objetos sagrados vinculados al ritual del *ofuro* —baño—. Los japoneses, que han conocido los placeres del baño durante siglos, hacen así del *ofuro* una parte integral de sus vidas.

Durante el primer periodo Edo prosperaron los locales dedicados a los baños. En ellos estaban empleadas mujeres jóvenes dedicadas a complacer a los clientes con el sake y el agua caliente. En estos recintos, la misión de las cortesanas era ayudar a los hombres a ponerse y quitarse la ropa, les daban masajes y les hacían el peinado típico de la época, el *chonmage*.

No pasó mucho tiempo hasta que estas chicas de las casas de baños hicieran algo más que pasarle el pelo por los dedos y ayudarlos a arreglarse. Así, estos establecimien-



Pechos firmes

Para mantener sus pechos más firmes, las cortesanas se sentaban con las piernas extendidas hacia delante y la espalda recta, colocando un cojín debajo de las nalgas para alzarlas y que las piernas pudieran tocar al suelo. Entonces movían los tobillos hacia fuera y hacia dentro mientras respiraban con fuerza. Este ejercicio fortalecía los músculos de la vagina y ayudaba a aumentar la energía sexual.

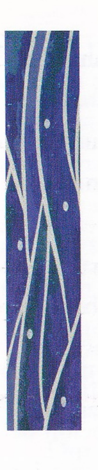
tos empezaron a ser una especie de burdeles disfrazados. En ellos, no sólo trabajaban las *yunas*, que además eran más baratas que las prostitutas, sino también las *asua ona*, las mujeres de la hoja de loto, y las *ashisasuri ona*, o masajeadoras de piernas, que atendían a los viajeros y eran conocidas precisamente por no respetar mucho la conducta casta.

Las mujeres de los pueblos también tenían sus interludios sexuales extramatrimoniales en las casas de baño. Aunque lo más frecuente era que los dos sexos se bañaran por separado, los baños mixtos existían tanto en la ciudad como en el campo, hasta que, en 1900, una ley menos respetuosa con la naturaleza humana los prohibió definitivamente. En los pueblos y en los *ontsen,* la gente seguía bañándose junta. Esta noción de bañarse al natural es el origen de la frase que se utiliza para referirse en japonés a los amigos íntimos: amigos desnudos —*hadaka no tsukiai.*

EL *MIZUAGE*

El rito de la desfloración de las *maikos* solía ser obra de un hombre rico y conocido y respetado en el *hanamachi*, que disfrutaba además de la confianza de la *okâsan*, que era quien acabaría dando o no la aprobación. Y eso, a pesar de que después de esa primera relación sexual, la *maiko* y su patrono de *mizuage*, por lo general, no mantenían ningún tipo de contacto, y sólo en algunos casos se acababa convirtiendo en el *danna* —protector— de la joven *geisha* durante unos años.

De hecho, cuando una *maiko* era muy popular en el *hanamachi*, se realizaba una puja entre varios hombres por el preciado *mizuage* de la chica, lo que obligaba a las *maikos* a mantener su virginidad intacta hasta que alguien hubiera pagado por ella. La suma



Elegir al hombre

A veces, una *geisha* puede desear acostarse con un hombre que encuentra más atractivo que los demás, aunque debe hacerlo con discreción, ya que su reputación está en juego y no puede evidenciarlo. Es él quien tiene que pedirlo, de modo que tiene que procurar, utilizando todos sus encantos, que el *danna* inicie una relación duradera con ella, que será, en definitiva la encargada o no de aceptarla. A partir de entonces, cubrirá algunas de las deudas que ella ha contraído, le dará dinero para pagar parte de sus gastos... pagará incluso su trabajo habitual de acompañante, o incluso un poco más, porque tiene derecho a ciertos «privilegios».

de dinero ofrecida a la *okâsan* por desvirgarla era un símbolo de la popularidad de que disfrutaba la *maiko* en ese momento, y de su previsible éxito posterior como *geisha*. El precio alcanzado podía llegar a ser tan elevado que en algunos casos compensaba con esa primera vez todo el dinero que se había invertido en su formación. Se trataba de una gran responsabilidad, por tanto, elegir bien quién era el hombre que iba a tener ese placer. Existían dos puntos de partida para seleccionar al caballero en cuestión: no podía ser un hombre joven, puesto que podía ser muy bruto e impulsivo (la edad era un grado) y tenía que tener dinero suficiente para que compensara esa primera vez que iba a ser irrepetible.

El *mizuage* no era un proceso fácil y lo normal es que tuviera una duración de hasta siete días. Una vez elegido el hombre encargado de llevarlo a cabo por parte de la *okâsan* de la casa, se procedía a unos largos preparativos. Se dice que, durante los primeros encuentros, el patrono utilizaba clara de huevo para lubricar la zona genital de la maiko e iba preparándola mientras introducía poco a poco los dedos, hasta que llegaba el día,

marcado por el almanaque, en que, medio vestidos, el patrono acababa completando el *mizuage* de la joven.

El *mizuage* no era una ceremonia secreta en el mundo de las flores y los sauces, sino que se celebraba y comentaba. De manera que no sólo muchas *maikos* compartían patrono de *mizuage*, si éste había dado «buen resultado» con otras, sino que el rito se celebraba por todo el *hanamachi* y la *maiko* repartía dulces y pequeños regalos en los establecimientos más frecuentados por ella dentro del barrio, para compartir con todo el mundo el inicio de una nueva vida.



¿Lo sabías?

«La *okâsan* o una de las *geishas* más experimentada preparaba una habitación. Colocaba tres huevos encima de la colcha, a la altura de las almohadas, y luego se retiraba a una habitación contigua. De vez en cuando tosía o carraspeaba para tranquilizar a la chica y recordarle que estaba cerca. (...)
Entonces, el hombre le decía a la *maiko* que se tumbara; luego rompía los huevos, se tragaba las yemas y le untaba los muslos con las claras. A continuación le decía: 'Esto es *mizuage*, querida', y apagaba la luz. A la noche siguiente, la habitación estaba preparada del mismo modo y él volvía a romper los huevos, consumía las yemas y aplicaba las claras entre las piernas de la chica. 'Esto es *mizuage*. Que duermas bien, querida'. Repetía lo mismo la noche siguiente, y a la siguiente. No obstante, el hombre cada vez hundía un poco más los dedos con las resbaladizas claras de huevo. Al final de la semana, la *maiko* se había acostumbrado a ese pequeño ritual y estaba muy relajada. Llegado a ese punto, el hombre, muy fortalecido tras haber ingerido todas aquellas yemas de huevo, cumplía el *mizuage*.» (Lyza Daby, *Geisha*).



Tradicionalmente, tras el *mizuage*, la *maiko* pasaba a llevar un peinado diferente, llamado *ofuku*, e iniciaba la ceremonia del *erikae*, en la que cambiaba el color de su kimono interior, pasando a llevar uno de color blanco en lugar del rojo que había llevado hasta ese momento. Eran las señales que indicaban que la *maiko* había perdido su virginidad, lo que solía causarle vergüenza al principio, pero luego la llenaba de orgullo.

Actualmente, ni el *erikae* ni el peinado *ofuku* son sinónimos de la pérdida de la virginidad, puesto que tal ceremonia está prohibida explícitamente por la ley antiprostitución japonesa de los años 50, aunque existan todavía muchos rumores sobre el tema.

EL *IKI*

Parte del atractivo que tenían las cortesanas consistía, precisamente, en que eran poseedoras de *iki*, un estatus especial, un cierto tipo de elegancia y de saber estar que las *geishas* tenían y transmitían con sus movimientos y sus adornos.

En Japón, las *geishas* siguen siendo la personificación del *iki*, un cierto tipo de elegancia y un estilo descarado pero elegante que tiene relación con una manera especial de ver la vida. En el *iki*, tanto las emociones humanas como los ideales estéticos están entretejidos: cuando una mujer hoy en día decide convertirse en *geisha*, eso es ya una muestra de *iki*. Tener *iki* no es realmente un arte que la *geisha* pueda aprender, sino que es algo que debe existir dentro de ella y que se perfecciona mediante el *minarai*, o el aprendizaje por observación.

El *iki* no es un ideal abstracto al que tienen que ceñirse las *geishas* a lo largo de su vida, sino un estado refinado e inocente que tienen innato. En este contexto, el amor se convierte en un juego metafísico, comenzado en el estadio menos refinado, *yaho*, y cul

minando en el más refinado, *iki*. Alcanzar la meta en este juego es convertirse en una maestra del amor, *tsu*. Los héroes y antihéroes descritos en la literatura popular de Edo se sitúan en algún punto a lo largo de este continuo entre *yaho* e *iki*, que va de la completa ignorancia a la más alta sofisticación que sólo acaban por alcanzar las cortesanas. Aquellos que sólo en parte conocen las reglas del juego son los más ridiculizados. Sin embargo, la ignorancia completa se tolera, pues uno que es ignorante no puede seguir las reglas y permanece fuera del juego.

A comienzos del siglo XIX, el mayor logro al que podía aspirar una *geisha* era que dijeran de ella que tenía *iki*. En esos momentos, las *geishas* eran la combinación perfecta de los estilos de dos tipos de mujeres totalmente diferentes: las *yûjo* y las *shiroto*. Las primeras eran las cortesanas, o prostitutas, todo lo contrario del *iki*: sus extravagantes y desmañados kimonos, su excesivo maquillaje y su rimbombante uso del lenguaje a menudo eran objeto de burla. Las *shiroto*, por otra parte, eran mujeres que trabajaban en la casa, como amas de casa o sirvientas, y vestían de una forma mucho más humilde pero, por supuesto, no tenían mucho interés y nunca lograrían tener *iki*.

El *iki* de una *geisha* era un delicado equilibrio entre estas dos categorías estéticas tan antagónicas. A menudo necesitaba horas y horas para poder perfeccionar sus maneras de vestir, su forma de comportarse y sus habilidades artísticas para mantener este difícil equilibrio.

Aunque el tiempo y los esfuerzos que las *geishas* ponían en conseguir el *iki* pueden sugerir lo contrario, el objetivo principal era y sigue siendo conseguir una elegancia sobria y refinada. Las *geishas* que tenían *iki* usaban maquillaje ligero pero delicado (mientras que las *shiroto* no usaban nada y las *yûjo* demasiado). El kimono de una *geisha* también tenía un patrón exquisito, con el *obi* atado en un lazo poco ceñido o doblado en cuadrado. La forma de vestir de una *geisha* sugería erotismo, no lo mostraba descaradamente, como en el caso de las *yûjo*.

Como dice Liza Dalby en su obra *Geisha*: «A pesar del tiempo que pasaban para lograr el efecto deseado, *iki* no significaba artificioso, sino más bien todo lo contrario. El objetivo era lograr una elegancia sencilla. Las *geishas iki* se aplicaban el maquillaje con gracia, mientras que las esposas no se maquillaban y las prostitutas se maquillaban demasiado. Una *geisha* podía llevar un kimono con un dibujo de estilo *komon*, o tal vez con unas rayas o un único color, y el *obi* atado con un lazo suelto o doblado. (...)

El erotismo, de hecho, tiene un papel importante en el *iki*. Las *geishas* saben perfectamente cómo ser seductoras: un mechón de pelo suelto en un peinado por lo demás perfecto, o un vistazo fugaz de color rojo debajo del cuello de un kimono negro, son las armas que utilizan para ser eróticas, pero sin llegar a ser descaradas.

Dentro del *hanamachi* se dice que para tener *iki*, una mujer tiene que haber probado, por ejemplo, los frutos del amor, tanto los amargos como los dulces, y por eso las muchachas jóvenes rara vez tienen *iki*. El *iki*, pues, se consigue con los años y la experiencia.

Además de evitar los evidentes excesos del mal gusto, el verdadero estilo *iki* tenía un cariz atrevido y poco convencional. Las *geishas* de la *hanamachi* de Fukugawa, situada en Tokio, se convirtieron en sinónimos del *iki* a causa de su vestuario. Vestían una especie de chaqueta ancha, un *haori*, encima del kimono, que les otorgaba cierto aspecto masculino afín a la elegancia de una atractiva mujer que lleva un vestido confeccionado a mano.

No obstante, el erotismo todavía subyace en cualquier cosa que se pueda decir sobre el *iki*, y, sin duda, contribuye a su capacidad de seducción. La provocación de un cabello suelto contra la perfección de un peinado de peluquería, la visión del rojo en el cuello de un kimono negro, un *shamisen* tocado en el momento oportuno y rasgueado con la punta de los dedos... Estas son imágenes clásicas del *iki*, y no resulta sorprendente que todas ellas correspondan a las *geishas*.»



El arte de amar: juegos y juguetes eróticos

> «La danza de la diosa Ame-No-Uzume creció salvajemente mientras recordaba los mil orgasmos gozados. Sus pezones se endurecieron y su sexo se abrió al recordar los incontables amantes que la habían penetrado.»
>
> *Leyenda de Ame-No-Uzume.* Japón, siglo XVII.

Procedente en gran parte de China, la tradición de juegos y juguetes eróticos desarrollada en el País del Sol Naciente es bastante antigua. Ya en el Japón tradicional, los *yatsume-ya*, o sex-shops, y los *komamonoya*, vendedores ambulantes de objetos sexuales, eran muy frecuentes. En la época Edo ya se vendían muchísimos productos de todos tipos, formas y tamaños, para aumentar el entretenimiento y el placer tanto de hombres como de mujeres.

Según la tradición, en estos puestecillos ambulantes podían encontrarse multitud de dildos: consoladores de distintas formas y tamaños que se ofrecían a las mujeres; también habían refuerzos para la erección, material para facilitar una mejor masturbación, estimuladores clitorianos, afrodisiacos, lubricantes, contraceptivos, libros y grabados con instrucciones sobre distintas prácticas y posturas sexuales.

—«Los hombres tienen una especie de… bueno, de anguila —dijo—. Las mujeres no la tienen. Pero los hombres sí. (…) La cosa es así: esta anguila se pasa toda la vida intentando encontrar una casa, ¿y qué crees tú que tienen las mujeres dentro de ellas? Una cueva donde a las anguilas les gusta vivir. Esta cueva es de donde sale la sangre todos los meses, cuando las «nubes cubren la luna», como suele decirse. (…) La cueva de una mujer a la que nunca ha entrado una anguila es muy apreciada por los hombres. ¿Entiendes? A esto le llamamos *mizuage*».

Arthur Golden, *Memorias de una geisha*.

Luego, ya en el siglo XIX, las capitales europeas vieron nacer lujosas casas de prostitución que se servían de abundante material erótico, parte del cual patentizaba una asombrosa inventiva, como las sillas de amor, donde era posible practicar cómodamente algunas de las más inusuales posturas. La mayoría de esos entretenimientos llegaron directos de Oriente. También en esa misma época se pusieron de moda las llamadas *chinoiseries*, y, con el arte, los vestidos, la comida y los libros orientales, llegaron también algunos singulares objetos eróticos, como las *rin no tama* o «bolas chinas» (insertas en la vagina, vibran con el menor movimiento y sin que nadie se percate) y otros muchos objetos derivados directamente de la sabiduría oriental que llevaba siglos utilizándolos.

JUGUETES SEXUALES

Desde hace siglos, en Asia es muy corriente el uso de juguetes eróticos. Hasta tal punto que muchos de ellos ya se vendían a domicilio en la época Edo. De hecho, en Japón existe desde siempre una verdadera industria del *gadget* sexual femenino pensado para ayu-

dar a obtener el mayor placer, aumentarlo o llevar a cabo prácticas que, sin ellos, sería imposible realizar. Ésta es una más de las pruebas que evidencian que el disfrute de la sexualidad no ha sido algo tabú para las mujeres japonesas. De hecho, el primer consolador conocido en la historia del Japón ya fue ofrecido a la emperatriz Shotoku por su amante, el bonzo Dokyo, a quien su avanzada edad prohibía el exceso físico en sus prácticas sexuales. La leyenda cuenta que fue hasta tal punto efectivo el regalo, que la emperatriz acabó por caer enferma ¡a fuerza de utilizar su nuevo juguete!

Harigata (dildos)

En Japón, país número uno en el uso de *gadgets* sexuales, el dildo –consolador– es una tradición de las más antiguas practicadas por las féminas. De hecho, los maridos se los ofrecían a sus mujeres desde hace siglos, porque las veían muy poco y creían que de este modo evitaban el adulterio.

En la Edad Media, cuando un *daimyo* —miembro de la aristocracia militar que dominó Japón en el siglo IX — era obligado a trabajar en la provincia, su mujer estaba obligada por ley a quedarse en la casa de la capital —Edo—, y esta separación entre esposos podía durar años. Para suplir su falta, el señor ofrecía a su mujer un regalo simbólico destinado a darle placer y a ayudar en la espera. A veces era un simple objeto de decoración, con sugerentes formas, que bajo el nombre de «objeto de la ausencia» (*ruzu-azuke*) simulaba un falo y estaba cubierto con una funda de seda bordada que recordaba a la mujer que debía guardar fidelidad a ese «miembro». En otras ocasiones, el *daimyo* podía ofrecerle a su mujer un objeto menos simbólico y le regalaba, entonces, una escultura de madera que representaba una divinidad. Vista de espaldas, la escultura tenía forma de falo. La esposa solitaria se divertía con la pequeña estatua esperando el regreso de su marido.

Ciertos maridos, comprensivos y preocupados por sus esposas, podían incluso regalar un kit completo de objetos eróticos de distintas formas y tamaños precisamente ordenados y presentados en una pequeña caja. Estos «postizos» se llamaban *harigata* y eran muy populares. Eran unos penes artificiales que solían estar hechos de cuero, aunque a veces también podían ser de madera, de cuerno o marfil.

El *harigata* era esculpido o moldeado de manera que pareciera un pene real y su tamaño a menudo era exagerado. Al insertarlo en la vagina, la mujer, reclinada en la espalda, dejaba que el *harigata* obrara su magia y la llevara al clímax.

La joven *yûjo*, en su iniciación en el *toco no higi* (sabiduría de la alcoba), era instruida también para dar placer a un hombre con el dildo, del mismo modo que aprendía técnicas para hacerle llegar al clímax rápidamente mientras ella fingía un orgasmo. Mientras que la *geisha* que no tenía amante, y que por tanto no podía gozar de las esencias del sexo, era denominada «pescado seco». Sin embargo, ella tenía una manera más placentera de dar satisfacción a sus necesidades y recurría, entonces, a su *harigata*.

En el *shunga,* muchas veces se podía ver un hombre realizando el acto sexual con una mujer, y a veces hasta con una *onna-gata* (un hombre vestido de mujer). También existían imágenes de mujeres usando un consolador (todo y estas tendencias, cualquier disciplina sexual, ya sea entre hombres o mujeres, o de diferente sexo, podía ser objeto de un *shunga*).

La *geisha* a menudo utilizaba un *kotori* (literalmente «pajarito») o arnés suspendido por una cuerda, con un dildo de cuero, un cuerno de búfalo, o un caparazón de tortuga. Se sentaban sobre él, y el dildo daba placer solitario cuando ella se sentaba.

En los viejos manuales sexuales del periodo Edo se recomendaba el *ryochi-dori*, el dildo doble, que era usado por la cortesana como pene extra cuando actuaba en tríos.

Fortalecer la vagina

Según la tradición popular explicada en los antiguos manuales de Edo, antes de empezar a trabajar, la cortesana pasaba por un riguroso entrenamiento para su primera noche de relaciones sexuales con un cliente. Igual que a las prostitutas que habían llegado antes que ella a este oficio, le enseñaban a ponerse un huevo en la vagina, sujetarlo y luego romperlo cuando le daban la señal. Esto permitía fortalecer sus músculos vaginales de modo que pudiera agarrar un pene estrechamente y lograr así el mayor placer.

***Rin-no tama* (bolas chinas)**

A finales del siglo XV, entra en Japón un nuevo juguete de diversión sexual. Son las bolas *rin-no tama*, que originariamente estaban fabricadas en plata. Existen diversas variantes, hechas de diferentes materiales, pero las tradicionales consisten en tres bolas que deben introducirse en la vagina en el siguiente orden: la primera, la mayor, es de acero con unas pequeñas protuberancias; la segunda y la tercera son más pequeñas y por lo general son huecas, y están fabricadas con marfil, o metal y a veces una de ellas contiene un líquido, como puede ser el mercurio, para aumentar el placer con su movimiento.

Otra de las variantes más conocidas consta de una sola bola metálica hueca y un poco más grande que un huevo de codorniz. En su interior hay otra bola sólida que al moverse dentro de la primera produce un agradable sonido. Colocado en el interior de la vagina, el *rin-no tama* se mueve con el movimiento de la mujer, sin ofrecer exactamente un gran placer, pero logrando que la mujer que lo lleva sea consciente de esa parte de su cuerpo.

La tercera de las variantes consta de dos bolas. Una contiene una gota de mercurio y la otra una diminuta lengua de cobre. Las bolas vibran incluso cuando están en la palma de tu mano y emiten un sonido sutil de alta frecuencia.

Introducidas en la vagina, a algunas mujeres les ha ayudado a despertar la sensibilidad de su musculatura interior. No hay una sensación única ni un momento especialmente indicado para introducirlas, es algo que varía con cada mujer y que depende de las circunstancias, pero que en sí no tiene ninguna contraindicación. El caso es que se busca producir unas sensaciones (según muchas mujeres extremadamente especiales y más intensas que las de un vibrador), en la vagina y la región pélvica. No hay límite de horas para llevarlas puestas, si una lo resiste o puede permitírselo.

Recordemos que la *geisha* es conocida por su sonrisa secreta cuando se sienta sobre sus talones, moviéndose suavemente hacia adelante y hacia atrás. Puede que este gesto de relajada alegría proceda del placer que dan las bolas chinas insertadas en su vagina, de modo que cualquier movimiento de su cuerpo produzca una vibración persistente.

Higozuiki (anillos de refuerzo para el pene)

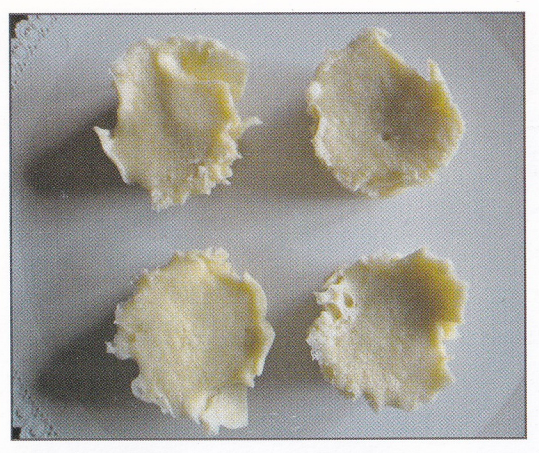
La *yûjo* era celebrada por sus habilidades y sus conocimientos sexuales fuera de lo común. Uno de los trucos más utilizados con los clientes consistía en poner encima del pene del varón anillos elaborados con babosa de mar seca, *higozuiki*. Un anillo colocado alrededor de la cabeza del pene o justo antes.

Estos accesorios servían para suscitar y mantener una erección constante y más duradera, provocada al interrumpir el retorno del riego sanguíneo en el pene por estrechamiento. Esto no sólo le permitía al varón estar más tiempo erecto, sino que también proporcionaba más placer a la cortesana con quien estaba.

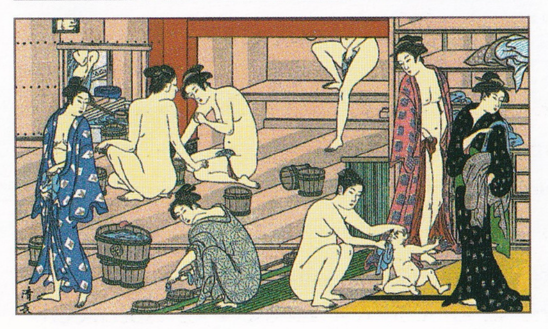
Azumagata (vaginas artificiales)

En los «sex shops» japoneses del siglo XIX, un hombre podía elegir libremente entre una amplia variedad de vulvas artificiales para su placer, caso de no estar con una mujer.









En ellos se encontraba, desde una réplica exacta de la vagina de una muchacha joven, algo más pequeña que las otras, hasta un tosco melón en el que se había practicado un simple orificio.

Muñecas sexuales

En el Japón del siglo XVII había gran devoción por el placer y la belleza exquisita de las cortesanas. Sin embargo, si un caballero no tenía posibilidad de procurarse los favores de una *oiran*, podía adquirir una *ukiyo ningyo*, una muñeca erótica para dar rienda suelta a sus necesidades sexuales más apremiantes.

Estas muñecas representaban tanto a mujeres como a hombres jóvenes de los barrios del placer, y fueron producidas en grandes cantidades durante la era de Edo. Algunas son posiblemente retratos de ciertas cortesanas que se habían hecho más populares entre los clientes.

JUEGOS SEXUALES

Muchas leyendas del viejo Edo hacen referencia a multitud de juegos sexuales que se practicaban entre los amantes. Una de las más conocidas nos habla de un monje que tenía un pene infatigable y que cayó preso de los apetitos de la señora de un castillo y de sus tres doncellas. Las mujeres lo hicieron prisionero y constantemente inventaban con él juegos eróticos, entre los que se incluía encerrarlo en una gran saca a la que hacían un agujero lo suficientemente grande para que el hombre asomara su miembro cuando era requerido. Veamos ahora algunos de los más practicados entonces, muchos de los cuales han llegado casi intactos a la actualidad.

Striptease

Las cortesanas solían llevar *getas* (sandalias de madera) muy altas, de manera que sus piernas parecieran mucho más largas y el efecto visual fuera más erótico, además de evitar que se arrastrara el kimono. Esta pieza de su indumentaria era un deber absoluto y nunca se la debían quitar mientras bailaban. Las *getas* están diseñadas tanto para hombres como para mujeres. La única diferencia es la forma del pie; mientras que las *getas* de las mujeres tienen una forma redondeada, las de los hombres tienden a ser bastante más cuadradas.

En el viejo Edo Yoshiwara, la cortesana era la máxima atracción. Sus actuaciones eran exclusivas, sólo para los ojos de su amo. Más allá de sus habitaciones privadas había un mundo de sexo en constante ebullición. En este mundo sensual era muy común la *yûjo* subida en el escenario de un teatro interpretando una canción o el pasaje de una obra de *kabuki*. Una vez arriba, la mujer cantaba una canción vulgar a medida que se deshacía gradualmente de su *obi* y abría su kimono revelándose a los espectadores.

Hasta pasado el periodo Meiji, los *misemono*, espectáculos populares en ferias y festivales, incluían entre sus actos a una chica que se iba quitando el kimono mientras los hombres deslizaban entre sus partes un bastón con una pluma.

«Si alguna vez has estado en una estación termal o en cualquier otro lugar turístico y te has entretenido con mujeres que se hacen pasar por *geishas*, pero que en realidad son prostitutas, comprenderás la bromita del Mameha. Las mujeres que representan la Danza del Arroyo lo que hacen realmente es *striptease* —comenta Liza Dalby a propósito de una anécdota de las *geishas*—. Hacen que se meten poco a poco en el agua, que les cubre cada vez más, y tienen que irse subiendo el kimono para que no se les moje, hasta que los hombres terminan viendo lo que estaban esperando y empiezan a vitorear y a brindar unos con otros.»

Pero esta no era una misión de las *geishas*, sino de las *yûjo*. En la danza de la *geisha*, el movimiento no era una finalidad en sí mismo, sino un medio: una serie de pasos que conducían a una postura determinada que debía completarse con el vestuario, pero no debía llegarse a quitar nunca la ropa, ni siquiera a enseñar los pies desnudos.

En Yoshiwara también había otro tipo de espectáculos evocativos e, incluso, de tono atrevido, como hombres con penes excepcionalmente largos, o mujeres con vello públi-co extravagante que mostraban en público sus «encantos» provocando a los espectadores que acabarían por pagar los favores de una cortesana. Algunos de ellos rozaban la alta pornografía, como la exhibición abierta de las relaciones sexuales entre un semental (un caballo, por lo general) y una mujer. De este hecho ha quedado constancia en diferentes momentos entre los años 1790 y 1863, momento en que esta práctica se prohibió, al morir una mujer tras el acto.

Encuentros sexuales en grupo

A finales del siglo XIX, antes de que un hombre eligiera una chica del barrio de placer de Yoshiwara, se le enseñaba el *shashin mitatecho* —álbum de retratos de las prostitutas que estaban trabajando—. Era frecuente que un hombre que pudiera gastarse dinero eligiera a más de una chica, puesto que dependía sólo de la capacidad adquisitiva del cliente la elección que hiciera. Así, durante el periodo Edo, tener muchas parejas, o hacer intercambios de pareja, era bastante frecuente, sobre todo en días especiales o de celebración. Una mujer podía compartir a un hombre con otras, normalmente prostitutas, o un hombre podía compartir a su esposa con otros hombres, sin que eso estuviera «penado» moralmente.

Antes de conocer a una *tayû*, como hemos visto, el cliente tenía que pasar por un intermediario en una casa de té que estableciera el contacto entre ellos. Si a la *tayû* no le apetecía mantener relaciones con el cliente, podía rechazarlo, igual que, si se le antojaba, podía tener un amante especial al cual prefería por encima de todos los demás, pero que dejaba de considerarse cliente justo en ese momento y pasaba a tener el estatus superior de protector. En este caso, antes de mantener relaciones con más de una mujer, el cliente siempre debía preguntarle a la *yûjo* si era de su agrado.

Una vez aceptada la petición, múltiples eran las posibilidades que tenían, muchas de las cuales estaban perfectamente representadas en escenas de los *shunga* donde se veía a un hombre sodomizando o haciéndole una felacióna un joven y, al mismo tiempo, haciendo el amor con una mujer, tal vez acompañado de otros hombres. Los tríos sexuales eran una práctica bastante común durante aquella época, ya que los japoneses todavía no habían entrado en contacto con la estricta moral católica o victoriana y consideraban el sexo simplemente como un placer cercano a los dioses, como un juego en el que simplemente se dedicaban a perfeccionar sus técnicas amatorias siempre que tenían la ocasión, sin ningún sentimiento de culpa o pecado por hacerlo.

La danza del regazo

El novelista erótico del siglo XVII, Ihara Saikaku, explicó en uno de sus libros que las mujeres comunes de la ciudad a menudo obtenían tanto placer como sus parejas masculinas, e incluso a veces llegaban al punto de la ninfomanía. El sexo y el placer no era patrimonio de las *yûjos* y de sus clientes.

El disfrute se llamó entonces «danza del regazo», y hacía referencia al placer mutuo que recibían los amantes. Al practicarla, la mujer se sentía más sexy y femenina que con cualquier otra práctica, tanto si iba con el kimono o con poca ropa.



Voyeurismo

En Japón, el voyeurismo es desde hace siglos un pasatiempo muy popular. Es también un tema clásico del *shunga*, donde incluso los animales se suman a veces a la diversión de ver sin ser vistos y disfrutar con las prácticas de los otros.

Es muy conocida la historia de una incorregible libertina, publicada de forma anónima en 1711 quien, gracias a una píldora que le dio un espíritu para hacerla lo suficientemente pequeña como para caber en un bolsillo, podía «colarse» a su antojo en todas las relaciones sexuales ajenas. En la vida real, los curiosos del antiguo Edo, utilizaban telescopios para espiar las prácticas de los vecinos sexualmente más activos y disfru-

tar así con los encuentros ajenos, además de con los propios. En muchas de las casas tradicionales japonesas, de madera y con paredes de papel utilizadas para separar las habitaciones, era difícil disfrutar de una verdadera intimidad, y esto facilitaba el voyeurismo. Por eso, este hábito se cultivó tanto en el dibujo y en la pintura como en la literatura y, cómo no, se llevó a la práctica. La intimidad de los amantes era «violada» con relativa frecuencia por ojos y oídos cercanos. En una sociedad que daba tanta importancia a las prácticas sexuales, tanto las aprendizas de *geishas* como las mismas prostitutas tenían numerosas ocasiones de perfeccionar sus técnicas sexuales observando a los demás. En la novela *Cinco amantes apasionadas*, de Saikaku, escrita en 1686, leemos:

> «Despreocupándose de sus peinados, que podían deshacerse, sin hablar, respirando fuertemente por la nariz, ambos jadeaban con el corazón palpitante. Pero no apartaban los ojos de un intersticio de la cortina por el que podía verse el interior; temían, sobre todo, ser sorprendidos por la esposa del hermano mayor.
>
> Sin embargo, no habían prestado atención a lo que ocurría tras ellos. Sólo cuando se levantaron pudieron descubrir a un recogedor de leña que había dejado su fardo en el suelo. Con la podadera en una mano, agotaba con la otra su taparrabos. Su rostro expresaba un vivo asombro por el espectáculo del que, no sin agrado, acababa de ser testigo. Ellos no habían sospechado que estaba contemplándoles. Si no era ése el caso del refrán 'ocultar el rostro, pero no las posaderas', nada lo era.»

Masturbación

La cortesana disfrutaba de una estimulación muy elaborada a través de los dedos por parte de su amante. Lo que incluía introducir el pulgar en su ano y sus otros dedos junto con la lengua en la vagina. La cortesana también utilizaba estimuladores vegetales como



Átame...

Tanto en el *Hojojutsu* como en el *shibari* se utilizaban –y se utilizan- distintos tipos de cuerdas dependiendo de la parte del cuerpo o la forma de atar que se utilizaba:

- ***Hon nawa***: soga principal.
- ***Torinawa***: en algunos casos eran transportadas dentro de la chaqueta y también por dentro de las mangas. Se les solía hacer un pequeño lazo llamado *jakuguchi* en un extremo.
- ***Torihimo***: cuerda en forma de ocho, de 1,80 a 2,70 metros unida en el cen tro por una costura o nudo. Así quedaban dos lazos que en algunos casos incluían un gancho metálico (*kagi*) en uno de ellos.
- ***Hayanawa***: soga corta para iniciar el control.
- ***Konawa***: soga corta utilizada para atar los pulgares de manos y pies.

rábanos, setas y zanahorias, para llegar al orgasmo. En muchas escenas de la época pueden verse parejas copulando mientras otro personaje se masturba al lado, aprovechando el placer de ellos para darse el propio.

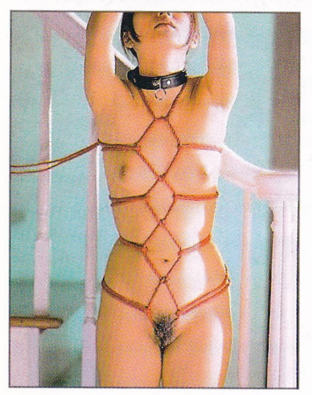
Aaiki

Una de las reglas de las *geishas* es dominar el *Aaiki* o capacidad de practicar el acto sexual hasta que el amante queda completamente exhausto.

Nawa Shibari (bondage)

Desde tiempos inmemoriales, los japoneses han convertido el hecho de hacer nudos en un arte digno de admiración. Se utiliza tanto para envolver objetos, como para atar el





obi, o hasta personas, ya sea para defenderse o también para obtener placer.

Durante las diferentes épocas de la historia del Japón, las cuerdas y las sogas fueron incluidas y empleadas para varios fines por los guerreros medievales; fueron usadas como armas y hasta como simples elementos cotidianos. Sobre el cinturón de la armadura, el guerrero samurai solía llevar una cuerda *(koshi nawa)* que tenía distintas utilidades. Normalmente era usada en la montura para atar al caballo y también a los prisioneros *(tori mawa)*.

«La soga hace a la mujer hermosa.
Su cuerpo es el lienzo y las sogas son mi pincel.»

CHIBA SENSEI

El arte del combate, las técnicas y estrategias que se desarrollaron como método para sujetar y transportar a los prisioneros fueron detalladamente compiladas y estudiadas por muchos, entre ellos Ryu Ha desde mediados del siglo XVI. Finalmente, una de sus variantes se convirtió en un arte marcial: el *Hojojutsu* (arte de atar con una cuerda). En sus enseñanzas, se aprendía a capturar al enemigo con las cuerdas utilizando el menor tiempo posible. Era muy importante no causar daños innecesarios a los prisioneros, ya que en muchos casos todavía no habían sido sentenciados y juzgados por la ley. Eso situó a los japoneses como los más rápidos tanto en la velocidad de controlar al enemigo como en la captura del mismo. El hecho de atar a un prisionero con la cuerda se llamaba *Tori*

Nawa y la cuerda utilizada, *asanawa*. Ésta tenía que ser de cáñamo.

Las reglas para una buena práctica del *Hojojutsu* eran:

- No se debe permitir al prisionero moverse de sitio.
- No se deben causar secuelas psíquicas o mentales en el prisionero.
- No hay que divulgar nunca las técnicas utilizadas.
- Hay que hacer que el resultado de las ataduras sea atractivo visualmente.

Los *torimono* eran los oficiales encargados de realizar las tareas de arresto y transporte de los prisioneros. Estos grupos estaban formados por un mínimo de cuatro oficiales. Uno era el que realizaba las técnicas de atado y los demás lo rodeaban tomando el control pasivo de la situación; de esta manera era posible ocultar las técnicas a los ojos de los criminales e incluso a la gente común.

Para entenderlo mejor debemos situarnos en la época del Japón medieval, momento en el que el Bushido y las religiones japonesas están muy relacionadas también con el arte de atar y de capturar a los enemigos.

Poco después, bajo el gobierno de Tokugawa, se hicieron comunes cuatro clases de castigo: el azote, presionar partes del cuerpo del preso con una roca pesada, restricción y suspensión del cuerpo con las cuerdas. Así se perfeccionó el uso de la cuerda, que era manejada para disminuir el ritmo de la circulación sanguínea, provocar inmovilidad y poner al prisionero en posiciones de humillación. De este modo, se conseguía un doble castigo: físico y mental.

Para establecer las formas de atar que le reservaban a cada uno de los prisioneros, se usaban distintos colores de cuerda, que simbolizaban cada uno de los crímenes cometidos y la clase social a la que pertenecía el preso.

Tras la reglamentación de Ryu, aumentaron y evolucionaron el número y el tipo de nudos, y poco a poco pasaron de ser técnicas violentas y crueles a ser utilizadas puntualmente con propósitos estéticos y personales para lograr placer. La primera ilustración de *Hobaku-Jutsu* que es utilizada para los propósitos del placer la encontramos a finales del periodo del Edo, momento en el que, bajo el régimen de Ietsuna y Tsunayoshi, shogunes del Tokugawa, el acto del castigo se convirtió en un entretenimiento para las masas.

Así, el *shibari* —amarrar, atar— se incorporó como uno de los temas de los *shuga*. En muchos de ellos se muestra a una prostituta desnuda hasta la cintura y atada a un palo como castigo. O bien, una chica desnuda atada con elaborados nudos, o una cortesana atada a un poste y amordazada con su propio pelo, con los ojos bien abiertos y la cabeza inclinada hacia atrás y los pies levantados hacia arriba en éxtasis, mientras un hombre la penetra. Sin embargo, el propósito del *bondage* siempre es atar sin dañar ni cortar la circulación. El nudo más pequeño debe ser eficaz y estético.

El *shibari* se diferencia del *bondage* occidental en la precisión de los nudos, y en la sutileza con que se colocan las cuerdas aumentando la presión con un simple movimiento de la persona. Con esta técnica se logra tensar las cuerdas hasta que sólo los órganos sexuales quedan libres de las cuerdas. La estética de la atadura es también muy importante, logrando figuras de gran impacto visual y psicológico. Y, a pesar de que en origen es una técnica utilizada en el terreno militar, las técnicas utilizadas son serenas y se tiene mucho cuidado en evitar cualquier tipo de lesiones.

Dentro del *shibari* se encuentran, como mínimo, dos prácticas distintas: el acercamiento sadomasoquista tradicional que tuvo lugar durante las prácticas de tortura del periodo Edo, época en la que se acentuaba el dolor, el sufrimiento y la humillación de la persona que sufría la atadura, y el acercamiento sensual, para el cual la meta buscada es el estímulo erótico, logrando una mezcla perfecta entre lo placentero y lo tortuoso.



Para conseguirlo, se ata el cuerpo con calma, estimulando el cuerpo en zonas concretas e intentando presionar en muchos de los puntos clave que más adelante heredará el *shiatsu* en sus tratamientos.

Homosexualidad

El Japón medieval fue una época en la que se alcanzó un alto grado de desarrollo y tolerancia hacia las distintas manifestaciones de la sexualidad humana, asumidas y practicadas sin problemas. En ese momento vemos exaltaciones a la homosexualidad, tanto en poemas amorosos y decretos del gobierno como entre los monjes budistas —los bonzos— en los que se reconocen esas prácticas. En la trama básica de muchos de los cuentos amorosos que suceden entre bonzos y muchachos del siglo XIV es bastante frecuente la homosexualidad, consistente en el encuentro, cortejo y fusión amorosa entre un sacerdote y un jovencito de aproximadamente unos 15 años, que se halla o ha estado viviendo en el templo como estudiante. En el nudo de la trama surge siempre algún problema. Y dicho problema suele resolverse mediante el suicidio o la separación de uno de los amantes, lo que desata una profunda melancolía en el sobreviviente. Éste, en tal situación, experimenta la verdad última del *mujo*, la inanidad de la vida, lo que produce en él una iluminación religiosa. Esto lo lleva a dedicarse el resto de su vida a las prácticas religiosas. Lo que puede parecer trágico, de no ser porque en el mundo del Japón medieval, la iluminación religiosa o *hosshin* constituía un fin mucho más valioso que la felicidad mundana.

Antes de la introducción del cristianismo, es decir, hasta la época Edo, la homosexualidad en el Japón era aceptada por la sociedad. Poco después, en la era Meiji, se introduce el cristianismo y el concepto moral occidental que condena esta conducta. Durante los siglos XV y XVI son muchos los misioneros jesuitas portugueses que aparecen que-

jándose de la homosexualidad de los sacerdotes japoneses. Había, ciertamente, leyes que prohibían a los monjes tener tratos con mujeres, leyes que costaba trabajo guardar a los japoneses, dada la notoria falta de disciplina de los monasterios. Pero ningún tipo de prohibición pesaba sobre las restantes formas de sexualidad.

También hay múltiples pruebas de homosexualidad entre los señores feudales y los samurais. Al parecer, ésta era una práctica común en todos los estamentos de los samurais, y estaba muy asociada al vínculo feudal entre señor y vasallo. Sin ningún apuro, los guerreros samurais solían seleccionar a un joven concreto como su favorito y lo mantenían cerca durante la batalla. En tiempo de paz, estos favoritos sexuales eran empleados como secretarios.

En la obra *Koshoku Ichidai Otoko (Vida de un amante)*, memorias ficticias de un Don Juan japonés de 54 años, escritas por Ihara Saikaku a finales del siglo XVII, el narrador, Yonosuke, hace un cálculo de su vida sexual: «A lo largo de mis 54 años de vida, el número de mujeres con que he dormido suma la cantidad de 3.742, y el de muchachos has llegado a 725. Estoy totalmente seguro de estas cifras, pues hice un documento en cada ocasión». Yonosuke no hace puntuaciones cuando se refiere a las relaciones sexuales con hombres, ni se identifica a sí mismo como bisexual. Al enumerar, nos indica su simple pasión, dando por hecho tanto la hetero como la homosexualidad, asumiendo aparentemente que su lector también lo hará.

El incienso

La atractiva visión de la bella mujer *heian*, quemando incienso en su habitación, intrigaba a los hombres que la espiaban desde detrás del biombo. Con el incienso se hacía el juego de los 20 perfumes y éste servía para atraer al amado.



Una de las tradiciones más frecuentes con el incienso consistía en esparcir pequeñas bolitas negras de incienso en forma de hojas por encima de las brasas. Luego, con el fin de enamorar a su amado, le enseñaba a «coger» la columna ascendente con una mano, haciéndole partícipe de su fantasía. La cortesana, envuelta por una nube de humo azul pálido, cerraba las manos como si quisiera atraparlo y acercárselo a la nariz.

El hombre no podía decir cuál prefería ni recordar cuál de las partículas secas desprendía un aroma especial que lo embargaba, simplemente caía rendido a sus encantos, casi sin poder negarse. El incienso desconcertaba su olfato y desorientaba todos sus sentidos, por eso había que tener mucho cuidado al utilizarlo, ya que podía darse el caso de que, aburrido con este juego, acabara por abandonar a la chica y se marchara con su rival.

Otra de las funciones del incienso, asociado al barrio de los placeres, consistía en utilizarlo como señal en las puertas de los *hanamachi*. Cuando una *geisha* entraba en una casa de té, la encargada de custodiar la puerta encendía unas barritas de incienso —*o-hana*— que tenían una hora aproximada de duración. Cuando la *geisha* salía, al final de su jornada, su salario se calculaba en función del número de barritas quemadas que había en la puerta. El precio de cada barrita consumida estaba establecido por el Despacho de Registros de Gion. En 1930, cada una

de ellas costaba el equivalente al precio de dos botellas de sake. Las *geishas* más esperadas podían llegar a pedir que se encendiera más de una barrita al mismo tiempo, o que las barritas tuvieran menos duración de lo habitual.

Meditación erótica

La literatura Edo desarrolla una metafísica del sexo que no necesariamente refleja la realidad, pero que aspira a que se cumpla.

El *Shikido Okagami*, libro-guía utilizado en los barrios de placer, de finales del siglo XVIII, indica que el sexo se veía como un Tao, un camino hacia la trascendencia. Este texto japonés, dedicado por completo a la sexualidad, habla poco sobre el sexo en términos técnicos, y se centra en estadios espirituales en un proceso de transcendencias. Trata sobre metafísica y no sobre técnica, puesto que la meta de esta búsqueda es literalmente trascender la sexualidad.

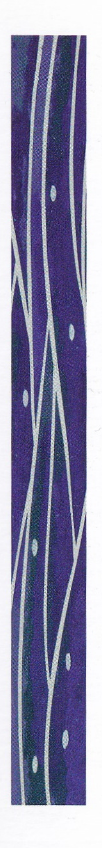
En Asia, la sexualidad se estableció en términos completamente diferentes de los occidentales. En el pasado mitológico, son las mujeres las educadoras de los hombres en términos de práctica sexual. Se hace referencia al Yin y el Yang, las dos fuerzas del Universo, la masculina y la femenina, la oscuridad y la luz que irremediablemente tienden a unirse alcanzando el placer supremo. Los hombres representan el Yang y necesitan encontrar la armonía; mientras que las mujeres, con el Yin, pueden conseguirla. Por lo tanto, la práctica sexual no sólo es natural, sino necesaria.

La meditación se ha usado durante miles de años para encontrar la paz interior y nutrir el alma. Pero también puede servir para encontrar la sexualidad interior a través de la meditación erótica. Para ello, deben utilizarse técnicas de respiración, de alimentación y de descanso concretas, y conocer y practicar el arte de la masturbación. El objeto de la meditación erótica es liberarse de toda vergüenza sexual o incomodidad, e incre-



mentar el placer y la disposición para el amor que cada uno tiene. Es un viaje interior para elevar los sentidos amatorios, intensificar la conciencia del cuerpo y las emociones y experimentarlos como una unidad en la sexualidad.

Las cortesanas decían que si se conseguía estar completamente consciente cuando no se estaba practicando el sexo, también se podía estarlo mientras lo practicabas. Y ésa era una de sus mayores armas. Mientras los hombres, las más de las veces, caían rendidos, ellas controlaban en todo momento la situación y no dejaban que sus compañeros supieran lo que sentían por ellos durante el coito, ni si alcanzaban el placer.



Suehiro Maruo: *la perversión prohibida*

Intentar entender la importancia del *hentai* (literalmente «perversión») en el manga y la cultura japonesa es difícil, pues son muchos los factores, tanto históricos como sociales, que han hecho evolucionar este género y van muy en consonancia con la evolución de la propia sociedad japonesa. Como podemos imaginar, el hentai trata sobre toda esa parte del *manga* y *anime* en que la historia se centra en el sexo, de forma más o menos explícita (depende de la censura), desde el *hentai* suave, que hace de puente con el *echii* (historias que se centran en el sexo, pero en las que no se ve sexo explícito), hasta las tendencias más fuertes: humillación, tentáculos, sadomasoquismo, gore… De entre los autores más significativos que tenemos actualmente, destaca Suehiro Maruo, cuyo trabajo es muy representativo, aunque no sea un superventas en su país y haya sido muy censurado. Tras *La sonrisa del vampiro* y *Midori, Lunatic lover's* reúne varias historias cortas del autor, formato que Maruo aprovecha para profundizar en su universo personal mediante historias extrañas y fascinantes en las que siempre hay contenido sexual. Horror, sexo, sadismo, violencia... pero cada una tratada de manera totalmente personal, de modo que nada en estos *manga* resulta fácil ni vulgar. Al contrario, el estilo de Maruo impregna cada viñeta. Un estilo que sorprende por su elegancia y perfección en el dibujo.

La meditación permite manejar la energía sexual en un flujo positivo y regular las emociones. De hecho, en eso residía, y reside, una de las diferencias más importantes entre hombre y mujer: la distinta resistencia en el sexo. El hombre pierde energía con el acto sexual, mientras que la mujer no se agota. Además, y esto era utilizado en el barrio del placer, el hombre reacciona más rápidamente a los estímulos exteriores.

Cómo se debe empezar

En los tratados que se utilizaban en los barrios de placer, vemos cómo a las cortesanas se les aconsejaba escoger bien el momento del día más apropiado para meditar. Debía ser un momento propicio para la soledad, para poder escuchar su yo interior y reflexionar. Debían darse un descanso que les permitiera, también, liberar el estrés y el cansancio. Muchas veces dejaban los *tabi* cerca de alguna fuente de calor durante unos minutos y luego se los ponían de nuevo. Su calidez alrededor de los pies les ayudaba a relajarse. Entonces, en un espacio privado y tranquilo, con una superficie confortable como un tatami o una alfombra, se tumbaban para dejar completamente extendida la columna vertebral.

Otra de las posturas aconsejadas consistía en cruzar las piernas y sentarse con la espalda recta. Después, con los ojos cerrados o suavemente entornados, respiraban profundamente a través de la nariz, llenaban de aire el estómago y exhalaban por la boca. Debían prestar mucha atención a la respiración, porque era uno de los puntos fundamentales para poder alcanzar el máximo placer con la meditación erótica.

Si se acaba reconociendo la meditación como parte fundamental del Universo, no sólo es posible concentrarse en el aquí y ahora, sino que también se logra reconocer y valorar la vida actual y asumir que todo está en perpetuo cambio. La máxima más seguida en aquel tiempo aconsejaba vivir el presente y disfrutar el momento como si estuvieran siempre con su amante preferido.

La meditación es prestar atención a lo que se está haciendo, tanto si estás sentado tranquilamente en tu jardín oliendo las flores como pensando en la dureza y suavidad del cuerpo de tu amante. Dedicar tiempo a pensar en las cosas que dan paz, armonía, belleza y tranquilidad es fundamental. Por eso, la *geisha* pasaba mucho tiempo apreciando la belleza de una flor, una mariposa en pleno vuelo o el tacto de un kimono de seda.





Sexo en Japón: ahora

En el Imperio del Sol Naciente las cosas han cambiado mucho desde las primeras ilustraciones de los *shungas* hasta la actualidad. Japón es un país que ha dado un giro radical dentro de su sociedad y, tras el derrumbe que supuso la Segunda Guerra Mundial y las dos bombas atómicas, en su resurgir ha acabado siendo una de las primeras potencias económicas del mundo.

Este auge económico no ha impedido que se mantuvieran las costumbres tradicionales, representadas en lo erótico por las *geishas* (si en algún sitio se evidencia de forma clara esta «doble» visión de la vida, es en relación con las costumbres eróticas y sensuales), intercaladas con las más avanzadas y sofisticadas actitudes.

Mientras en Gion se mantiene toda la estructura derivada del mundo de las flores y los sauces, aunque algo disminuidas respecto al auge que tuvo en siglos anteriores, en pleno centro de Tokio encontramos a las señoritas mejor ataviadas y más seductoras, y en alguno de sus barrios la oferta sexual nos ofrece, incluso, la posibilidad de comprar ropa interior usada. Sólo en Japón podemos encontrarnos por la calle una oferta sexual tan variada como para incluir desde la prostitución clásica hasta adolescentes con su











característico traje de marinerita, que venden su ropa interior al salir de clase, pasando por las loli-com que intercambian favores sexuales por unos yenes para comprarse el último modelo de bolso.

LA ERÓTICA DEL UNIFORME ESCOLAR JAPONÉS

No exagero nada si digo que algunas adolescentes japonesas harían lo que fuera, hasta prostituirse, por tener un Louis Vuitton, un Prada o un Loewe de la última colección. Este afán por tener algún objeto de temporada les «empuja» a buscar un «mecenas» que les proporciones el dinero necesario. Porque, como podemos imaginar, estos caprichos no los puede pagar el sueldo del característico empleo a tiempo parcial de la juventud y por eso se las han ingeniado para conseguirlo.

Así, el mercado del sexo en Japón ha ampliado sus miras en los últimos años de una forma notable. Este fenómeno se ha extendido hasta tal punto que la película *Bounce Ko Gals* (1997) de Masato Harada explica en un estilo semi-documental el problema de las *kogals*, estudiantes japonesas adictas a las modas y las nuevas tendencias con pocos escrúpulos para conseguir lo que desean, incluyendo la prostitución como un hecho no sólo frecuente, sino también tolerado.

En una sociedad dominada por los hombres, todavía predominan preceptos contra la mujer, principalmente la mujer adulta, pues es considerada como «poco valiosa», mientras que la belleza infantil o adolescente es admirada.

Existe en Japón una tradición de viejos verdes y pervertidos, desde nuestro punto de vista, que fenómenos culturales tan ampliamente populares como el *manga* (cómic japonés) y el *anime* (películas de animación japonesas) se empeñan en recordarnos una y otra

vez. El problema surge cuando la admiración deriva en explotación sexual, aunque sean las propias adolescentes las que la provoquen.

Vista la facilidad de adquisición de aquello que necesitan, parte de las adolescentes de Japón se han lanzado a citarse con *salariman* —oficinistas— de mediana edad (o mayores, depende de la necesidad de dinero) de los que obtener el dinero necesario para poder permitirse estar a la última. Estas relaciones —*enjo kosai*— pasan por un simple paseo cogidos de la mano de la adolescente con el señor elegido o una cena íntima, hasta acudir a un *love hotel* —hoteles pensados para tener rápidos encuentros sexuales esporádicos— para practicar sexo.

Aunque pueda parecer lo contrario, un estudio hecho en Tokio hace unos años revela que el 25 por ciento de las jóvenes japonesas que asistían al instituto habían concertado al menos en una ocasión una cita de este tipo, y en la actualidad parece que este fenómeno ronda el 15 por ciento.

Esta actitud se dio a conocer mundialmente en 1996 con el cortometraje *Cotton Candy,* de Roshell Bissett en el cual se muestra la vida de varias jovencitas de colegio practicando este tipo de actividades. Las chicas, una vez establecida la cita, empiezan por aceptar un café y acaban en la cama en lo que, en la línea del carácter del país, se han denominado «relaciones de ayuda». Algo aprobado, según las encuestas, por el 44 por ciento de las chicas y casi el 20 por ciento de hombres japoneses.

Sin embargo, la tendencia está cambiando en los hombres que buscan la compañía de las *joshikosei* —jóvenes estudiantes—. Ahora no todos quieren una relación sexual, los hay que pagan sólo por salir o comer juntos y les compran ropas o bolsos de marca por puro placer, o necesidad de compañía. Son los «papás», partícipes de una prostitución sin sexo. Habría que explicar en primer lugar, que en lo que se refiere a fetichismo, un amplio porcentaje de los hombres japoneses se sienten inclinados hacia los unifor-

mes de colegio de las chicas, *seeraa-fuku*, los de enfermera y los de azafata. Asimismo, son personajes típicos en los *mangas* de alto contenido sexual que suelen leerse en los metros camino del trabajo.

Sin embargo, esto es Japón, no Tailandia. Y estas adolescentes suelen ser de clase media y tienen un nivel de vida relativamente acomodado, no necesitan el dinero para comer, tan sólo para comprar caprichos y, al ritmo de vida que viven, cada vez son más las «necesidades». Así que han multiplicado las formas de conseguir el preciado dinero. Estas vistosas adolescentes se pasean por las calles de Tokio luciendo su mejor atrezzo con el móvil en la mano mientras intentan cerrar citas.

El teléfono es imprescindible para entrar en contacto con ellas, ya que previamente se han anunciado en algún cartel colgado en un bar, en una cabina telefónica, en barrios concretos que ya empiezan a ser conocidos por estas citas o en sus webs personales. Muchas tienen la memoria de sus móviles con vídeos personales para enviar a quien se los compre, o han creado páginas en Internet para entablar las primeras comunicaciones, o tienen una web de las llamadas *deai-kei* (busca-parejas), donde publican sus números personales y esperan citas.

Son tantos los anuncios que llegan a empapelar cabinas de teléfono enteras, con sus fotos, su número de móvil... y la letra clave: la H de hot (caliente en inglés). Se hacen llamar loli-com, por *Lolita*, lejana y errada referencia a la nínfula de Nabokov. El lenguaje atenuante sirve para restar importancia al significado de los hechos: tener relaciones con una loli-com es aceptado; la pederastia, no. Luego, una vez contactado el cliente, acuden al sitio acordado, suben a un coche y regresan a sus casas como si no hubiera pasado nada.

Como era de esperar, el fenómeno de las *enjo kosai* no es exclusivo de las grandes ciudades niponas, sino que existe en todo el país. En las comunidades rurales también

se da, y los clientes son, como es lógico, personas conocidas, con lo que de complicidad y aceptación supone por parte de todos. De hecho, los diarios, las series televisivas y los *manga* incluyen frecuentemente este tipo de temas, lo que ha hecho que la sociedad nipona se enfrente ante el paradigma de autodefinirse en ese aspecto y no comentarlo para evitar las críticas.

Hasta tal punto el problema empieza a ser preocupante para la sociedad japonesa que, hace unos años, en el metro de Osaka se encontraba un cartel donde se reproducía una fotografía en blanco y negro de una inusual pareja, vista de espaldas: un hombre con traje, símbolo del oficinista japonés, y una joven vestida con uniforme marinero, identidad inconfundible de las estudiantes de secundaria. En el texto que lo acompañaba se podía leer: «Las *enjo kosai* son prostitución». Y más abajo, las penas que establecía la ley al respecto.

LA ROPA INTERIOR USADA: UN COMERCIO EN ALZA

Puede sonar a invención típica de un loco dibujante de *manga*, pero fenómenos como el *burusera* (venta de ropa interior de las adolescentes) es un mercado en alza en Japón. Por las tardes, al salir del instituto, algunas adolescentes van a vender sus posesiones más preciadas: bragas, ropa interior o uniforme de colegio a locales escondidos. Son tiendas *(bloomer shops)* que suelen encontrarse en el interior de algunos edificios particulares, los más conocidos están en el barrio de Kabukichô, en Tokio. Las prendas, que la propietaria se quita en el mismo momento de la transacción delante del comprador, y que si vende junto a una fotografía de su cara o con algún tipo de fluido aumentan el valor, se exponen en el mostrador de la tienda a un precio no inferior al doble del de su compra.









CHARACTER DESIGN:Akihiko Yoshida
初回同梱特典
予約特典
小説冊子
「廃墟の姉弟」
当店オリジナル特典
オリジナル
テレカ
こちらがテレカ絵柄です
3/24
その横顔を見つめてしまう
~A Profile 完全版~
DVD-ROM
メーカー
5/26









No puede sorprendernos mucho esta actitud, en una cultura en la que existe una palabra japonesa, *panchira*, específica para designar el acto de atisbar las bragas de una chica en el metro o subiendo unas escaleras.

Otra de las formas de conseguir dinero es relacionarse con un *terekura*, algo así como un club telefónico de conversaciones a dos. Son servicios telefónicos previamente contratados por los que cobrarán un porcentaje y en los que ellas podrán, si quieren, conseguir el teléfono de la persona que las llama y no a la inversa. Una vez contratado el servicio, las chicas llaman a un número gratuito que se anuncia en los alrededores de las escuelas, y hablan o dejan grabados mensajes con voz seductora, y los receptores de la llamada o de la grabación pagan un dinero aparte del que ellas cobrarán. Otras chicas simplemente dejan su número de teléfono móvil o de busca donde puedan encontrarlos sus «amigos» potenciales, de la misma forma que uno encuentra por las mañanas cientos de pegatinas de servicios sexuales telefónicos o propaganda. Y de esta manera surgen nuevos clientes.

EL *HENTAI*: LO PERVERTIDO

Debemos remontarnos a los siglos XVIII y XIX en la estampa japonesa para encontrarnos con los primeros antecedentes de *hentai*. Al igual que el *manga* y *anime* tienen varios géneros, entre ellos el *hentai*, la estampa japonesa de esos siglos (que recibe el nombre de *Ukiyo-e*) tenía el género *shunga*. Luego, a principios del siglo XX, la legislación se volvió más moralista con la influencia occidental, y en 1907 se creó el código penal japonés, que castigaba la obscenidad con la cárcel. Ya en los años 20, con el movimiento artístico Mavo, se comenzó a luchar contra la censura del erotismo de forma más polí-

tica. Diferentes autores de Mavo jugaban con la identidad sexual de los individuos en sus obras, representándose a veces como hombres, a veces como mujeres, o también como transexuales. Estos son sin duda los primeros orígenes culturales de lo que en el *hentai* se conocerán como *dickgirls*.

La verdad es que en Japón hay pocas posibilidades de ver desnudos al completo, ni en fotografía ni en película, razón por la cual es probable que tengan tanto éxito los *manga*. Todo esto explica que no hubiera muchos problemas para instaurar una serie de leyes que promulgaban la censura, en el año 1948, un año después de la constitución, en formas mas o menos extrañas para nosotros: «...No es necesario evitar mostrar el área púbica, pero no se debe mostrar ningún detalle que atraiga la atención de la audiencia... no debe haber ninguna particularidad anatómica». A la vez que hay otra ley que indica: «Los genitales de niños o chicas jóvenes no son censurables al no ser gente sexualmente madura». A su vez, el artículo 175 del antiguo código penal de 1880 penando la obscenidad seguía vigente, con pocas modificaciones.

El dibujante japonés Go Nagai está considerado como el padre del *hentai*, autor del manga *Harenchi Gakuen*, serializado en la revista «Shonen Jump» entre los años 1968-70. Esta obra dejó de serializarse a causa de las presiones de las diferentes organizaciones de padres que lograron prohibir su publicación. Go Nagai siguió siendo erótico en sus siguientes obras: ¿a alguien le suena *Mazinger Z*?

En 1984 aparece el primer *hentai* considerado como tal: *Cream Lemon*. Luego, cientos de publicaciones, juegos de ordenador... un mercado floreciente marcado por las leyes creadas por la propia censura que impedían mostrar los órganos sexuales y los coitos. Así, el *hentai* buscó sustitutos y nació el *hentai* de tentáculos como medio para esquivar la censura, que no permitía dibujar los penes masculinos bajo un estricto entendimiento del código penal, pero que de este modo los mostraba de forma ¿alternativa?

A su vez, para evitar las leyes, se comenzaron a dibujar chicas con aspecto infantil pero senos superdesarrollados, y fueron el antecedente visual de lo que en la calle más tarde fue el fenómeno de las loli-com.

Una de las derivaciones del *hentai* son los *doujinshi*; éste es el nombre que se da a los fanzines que se dedican a pervertir algún clásico del *manga* o el *anime* y hacerlo *hentai*. Como por ejemplo, enfrentar a los personajes de *Dragon Ball* con los de *Mazinger Z* y hacer que estos tengan relaciones sexuales, o hacer que Heidi y Marco acaben practicando el 69...

El *hentai* tiene, además, sus propias reglas de dibujo para evitar las confusiones: línea clara, ojos gigantescos y brillantes, cabezas desmesuradas, tendencias futuristas, y, sobre todo, la sumisión femenina, con una preferencia por las mujeres muy jóvenes y de formas generosas en cuanto al volumen de sus atributos sexuales, y los más variados gustos por las distintas posturas... llamémoslas rebuscadas. Según los sociólogos, el porqué de la existencia del *hentai* en la sociedad japonesa se halla en las tensiones que se producen en una patriarcal sociedad nipona que se resiste a dejar de serlo.

Y entonces nació el *bukkake*, atribuido al director japonés de cine pornográfico Kazuhiko Matsumoto, en 1998. El *bukkake* fue el resultado de la imposición del mosaico pixelado que debía situarse sobre cualquiera de los órganos sexuales que aparecieran en pantalla. Al no poderse mostrar la penetración, se empezaron a buscar nuevas formas de presentar los actos sexuales que resultaran satisfactorias para el público, pero sin violar las leyes japonesas. El bukkake es una práctica sexual en grupo, donde una serie de hombres se turnan para eyacular sobre una mujer u hombre arrodillado.

La ley sobre la pornografía es poco precisa en Japón y ha ido variando a lo largo de los años, mostrándose cada vez más permisiva. Debido a una mayor internacionalización de lo erótico, provocada por la irrupción de Internet, la tendencia en los últimos

años ha sido disminuir poco a poco la censura que prohibía mostrar los genitales, y en la actualidad la «protección» se limita a la publicación de simples tiras translúcidas u opacas que tapan poco más que el clítoris en las representaciones de penetración.

Sin embargo, el pasado 13 de marzo de 2004 la ley volvió a actuar y el juez Yugiro Nakatani condenó a Motonoshi Kishi, de 54 años de edad, a un año de cárcel y tres meses de inhabilitación por la publicación de la revista *Misshitsu*. La sentencia se ha recurrido, con el argumento de que el artículo 175 entra en conflicto directo con el derecho constitucional y está pendiente de resolución.

OSHIMA: ALGO MÁS QUE UN DIRECTOR DE PORNO

«Mi placer radica en darte placer a ti y obedecer todos tus deseos» le dice Kichi a Abe Sada, su amante criada, en una de las escenas más conocidas de *El imperio de los sentidos* (1976). Y por eso, al final de la película vemos caminar por las calles de Tokio a una mujer arrastrada por el desvarío y llevando en la mano el falo cercenado del amante. No sólo por esta última e impactante escena, sino por todo *El imperio de los sentidos*, Nagisa Oshima se convirtió en director fetiche en Occidente tras la proyección de la película.

El filme no narra sólo una intensa relación con todas las posibilidades y variantes que establece el sexo y el erotismo, sino que además traspasa los límites: conduce el acoplamiento de la pareja a un nivel absoluto y pocas veces franqueable, hasta conseguir llevar el erotismo y la sexualidad hasta su última y más exagerada dimensión: la muerte.

Sada empieza a demostrar una total veneración hacia el miembro viril de Kichi, que está en permanente estado de erección, un órgano ideado para el placer casi exclusivo de la mujer. La búsqueda de un realismo sexual a través de secuencias explícitamente por-


SIX 69 NINE
Wの快楽
リップ
バギナ
Oh!
股
Wの快感
生
アナル
VIBRATION
ON OFF ON

nográficas provocó que la cinta fuese prohibida por la censura en algunos países, incluido Japón, donde no pudo ser exhibida hasta el año 2001.

El sexo y la pornografía son el punto de partida de muchas otras películas de Oshima. Así, los protagonistas de *Seishun zankoku monogatari* (1960) practicaban su sexualidad como una forma de huída. Algo semejante ocurría en *Etsuraku* (1965), donde los placeres de la carne trasladaban un corrosivo mensaje ideológico.

Tras el éxito europeo de *El imperio de los sentidos*, una compañía francesa facilitó al realizador japonés el apoyo financiero necesario para producir *El imperio de la pasión* (1978). Tiempo después, dirigió *Max, mi amor* (1986), donde se ponía en imágenes la relación entre un simio y una mujer (Charlotte Rampling).

EL PARAÍSO DE LOS VIBRADORES «HELLO KITTY»

La modernidad en Japón no sólo consiste en tener los ordenadores más adelantados, y el robot Aibo, también la aplican el desarrollo tecnológico e imaginativo de otros objetos… sexuales. De modo que si lo que quieres es encontrarte con extraños objetos que te sirvan para divertirte en tus prácticas sexuales, Japón es sin duda tu destino. Y si no tienes posibilidad de dirigirte al país del Sol Naciente, siempre puedes darte un paseo por Internet, donde están al alcance de cualquiera esos curiosos *gadgets*. Allí encontrarás todo tipo de juguetes relacionados con el *anime*: vibradores de Hello Kitty, DVDs para adultos, juegos *hentai*, *manga*, famosas revistas para adultos, e incluso divertidas camisetas con motivos japoneses. Sin olvidar, claro está, algo tan típico como los vestidos de *cosplays* (disfraces) a los que tan aficionados son los japoneses, muchos de ellos adultos que se visten como sus héroes de cómic.





SMA-148/90min/¥2,980
KARMA
など
S1
3/19 SALE
「エスワン」
11タイトル
大好評発売中
VD現金で
3割～

GLOSARIO

Cortesana: mujer que se dedicaba a la prostitución. Había muchos tipos de cortesanas, algunas de ellas muy versadas en artes tradicionales y con altos salarios, y otras mucho más asequibles.

Danna: patrono. Hombre que corre con todos los gastos que una *geisha* pueda tener, a cambio de un trato preferente.

Geisha: mujer de las artes.

Geiko: nombre que se dan a sí mismas las *geishas* de Kioto.

Haiku: poesía japonesa de versificación breve y sincrética adaptada a los sonidos de su lengua. Se distingue por tener tres versos de 5, 7 y 5 sílabas.

Hakujin: «las blancas«, clase de prostitutas no profesionales de Kioto de antes de principios del siglo XX.

Hanamachi: literalmente significa «ciudad de las flores». Es el distrito donde viven y trabajan las *geishas*, un barrio más o menos repleto de *okiya* (casas de *geishas*) y *ochaya* (casas de té), lugares donde las *geishas* acuden a reuniones y banquetes.

Honko: *geishas* masculinas.

Iki: Refinada elegancia sutil y seductora que tienen, o deberían tener, todas las *geishas*.

Kanji: caracteres ideográficos importados de China que se utilizan para escribir en japonés.

Karyukai: «el mundo de la flor y el sauce», término convencional para definir la sociedad de las *geishas*.

Kenban: organismo oficial para el registro de *geishas*. Creado a finales del siglo XVIII para tener controladas a las *geishas*, ante el imparable ascenso de su popularidad.

kokono tokoro: los nueve puntos de belleza de las *geishas*.

Korobi geisha: «*geisha* para revolcones», prostituta.

Koto: arpa japonesa.

Maiko: aprendiza de *geisha*.

Mizuage: antigua costumbre, hoy en desuso y prohibida además por las leyes antiprostitución de 1958, que consistía en desvirgar a una *maiko* a cambio de una gran suma de dinero.

Obi: franja de tela que se ata alrededor de la cintura cuando se viste un kimono.

Ochaya: casa de té.

Oiran: cortesana, mujer de placer que trabaja en los barrios autorizados.

Okâsan: literalmente «madre». Es el nombre que reciben las dueñas de las casas de té donde trabajan o viven las *geishas*.

Okiya: casa de *geishas* y *maikos*, reconocida oficialmente.

Olisbos: pene artificial. Se emplea desde la antigüedad para suplir situaciones de impotencia, para prácticas autoeróticas o lesbianas y en ceremonias de culto fálico.

Onna geisha: primeras *geishas* femeninas.

Shamisen: *bondage*.

Shomben geisha: «*geisha* retrete», prostituta.

Shunga: «cuadros de primavera», grabados eróticos característicos del periodo Edo.

Taikomochi: hombres considerados precursores de las *geishas*. Se dedicaban también al entretenimiento, antes de que los clientes se fueran con las cortesanas.

Tayû: cortesanas de más alto rango entre las *yûjos*, durante el periodo Edo.

Ukiyo-e: término de raíz budista que se refiere al concepto de fugacidad, de impermanencia. Este concepto servirá para designar las obras de arte del periodo japonés que abarca los años 1602 a 1867 y que refleja los placeres cotidianos efímeros, fluctuantes, en la ciudad de Edo (actual Tokio). El arte del *Ukiyo-e* muestra al pueblo japonés en su vivir cotidiano, asistiendo al teatro *kabuki* o a los barrios de placer establecidos en la ciudad desde 1657. Desarrollado durante la época Edo, la impresión sobre madera, sin embargo, se practicaba en Japón desde el siglo VIII, momento en el que se importó de China.

Yonaki: «gritar de noche», orgasmo. Las *yûjo* solían referirse a él de un modo frío, como *naki* o *iero*, «colocar los gritos», como parte de su técnica de simulación.

Yoshiwara: barrio de placer situado en Edo (la actual Tokio). El más famoso de todo el país.

Yûjo: «mujer de placer», prostituta.





PARA SABER MÁS

Cholley, Jean, *Courtisanes du Japon*, Editions Philippe Picquier, París, 2001.

Dalby, Liza, *Geisha*, Mondadori, Barcelona, 2000.

Dalby, Liza, *La historia de Murasaki. Una cortesana en el palacio imperial*, Mondadori, Barcelona, 2001.

Downer, Lesley, *Madame Sadayakko*, Lumen, Barcelona, 2004.

Fukumoto, Hideko, *Femmes à l'aube du Japon moderne*, Des femmes, París, 1997.

Fukumoto, Hideko, *Geishas et prostituées*, Petit Véhicule, París, 2002.

Golden, A, *Memorias de una geisha*, Alfaguara, Madrid, 1999.

Guillain, Robert, *Las geishas*, Laia, Barcelona, 1988.

Iwasaki, Mineko, *Vida de una geisha*, Ediciones B, Barcelona, 2002.

Mishima, Yukio, *Confesiones de una máscara*, Espasa, Madrid, 1949.

Mori, Ogai, *Vita sexualis*, Trotta, Madrid, 2001.

Saikaku, *Historias de cortesanas*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.

Soriano, F. (Ed.), *Fisuras*, Revista de Bolsillo sobre Arquitectura, nº 6, 1998.

El sofists del sexo

¿Quieres desc... ados de las geishas? ¿Sabes cómo conquistaban a los hombres? ¿Te gustaría conocer sus prácticas sexuales?

Este libro ilustrado es un viaje al deslumbrante mundo de las geishas y el *haryukai* —el mundo de las flores y los sauces—, un vibrante universo de amor, lujo y sofisticación. **Secretos de alcoba de las geishas** es una exhibición de elegante sensualidad para inspirar el día a día.

Desde la preparación para la llegada del amante a los juegos sexuales prohibidos, practicados tras las paredes de papel de arroz, esta pequeña joya en forma de libro contiene una visión completa del arte japonés del erotismo y el sexo.

Incluye, entre otros temas:

- Los secretos de seducción de las geishas
- Trucos para multiplicar el placer
- El ideal de belleza japonés
- Sofisticados juegos eróticos
- El arte amatorio de las geishas
- Los shunga: los tratados eróticos más antiguos de Asia

Carmen Domingo es escritora y periodista. Colabora en la prensa escrita y en la radio, además de ser la autora de libros como *Cada oveja con su pareja* y *Cocina japonesa para occidentales*, publicados en esta misma editorial. Es una amante de la cultura del Japón, país que visita regularmente. (www.carmendomingo.com)

Keiko Arai es profesora de literatura japonesa. Vive cerca de Tokio.

OCEANO AMBAR

ISBN 84-7556-42
9 788475 564289